José L. Sicre

LOS PROFETAS DE ISRAEL Y SU MENSAJE

Antología de textos



EDICIONES CRISTIANDAD

JOSE L. SICRE

LOS PROFETAS DE ISRAEL Y SU MENSAJE

Antología de textos

PROLOGO

Los libros proféticos constituyen uno de los bloques más importantes del Antiguo Testamento. Para la Iglesia primitiva fueron de sumo interés. En nuestro tiempo, los profetas están de moda. Nada de esto debe extrañarnos, porque los profetas ejercieron un influjo decisivo en la religión israelí.

Pero estos libros tan interesantes resultan también de los más difíciles para un lector moderno. Ante todo, porque los profetas se expresan a menudo en lenguaje poético, y todos sabemos que la poesía es más densa que la prosa, menos atractiva para gran número de personas. Por otra parte, el mensaje de los profetas hace referencias continuas a las circunstancias históricas, políticas, económicas, culturales y religiosas de su tiempo. Numerosas alusiones, evidentes para sus contemporáneos, resultan enigmáticas para el hombre actual.

Cuando se dan charlas o conferencias sobre los profetas es fácil superar estas barreras. he podido experimentarlo en los ambientes más distintos, desde el estrictamente universitario de España hasta el más sencillo de los campesinos y obreros salvadoreños.

Después de esas charlas, ocurría con frecuencias que personas interesadas en conocer más a fondo a los profetas me preguntaban qué textos debían leer, o por qué libro empezaban. Nunca conseguía dar una respuesta satisfactoria, porque enseguida me venían a la mente el cúmulo de dificultades que encontrarían al ponerse en contacto directo con el texto. Por otra parte, los numerosos estudios técnicos, o de poner en contacto con sus ideas más que con sus palabras. Al final, el lector quizá sepa lo que pensaba Isaías o Amós sobre un punto concreto, pero es probable que no haya leído ni uno sólo de sus poemas.

Surgió de este modo la convicción de que convenía hacer una antología de los principales textos proféticos, pero agrupándolos por temas, para que el mensaje resultase más claro y la exposición más pedagógica. Este proyecto lo fui relegando, en parte por el deseo de escribir una obra seria y extensa sobre la justicia social en los profetas, que titulé Con los pobres de la tierra. Una vez publicada, y cuando ocupaciones de tipo burocrático me impiden dedicarme a estudios demasiado técnicos, creí llegado el momento de abordar este antiguo proyecto.

La selección de los textos se orienta en torno a los dos grandes polos del mensaje profético: la denuncia y el anuncio. Me baso para ello en el relato de la vocación de Jeremías, al que Dios llama «para arrancar y arrasar, edificar y plantar». Estas imágenes, tomadas del mundo de la agricultura (arrancar, plantar) y de la construcción (arrasar, edificar), expresan muy bien el doble aspecto de la predicación profética y son de suma actualidad. A muchas personas sólo les atrae la primera táctica: se inclinaba por la crítica dura, radical, cerrada casi a la esperanza. Otras, quizá con ingenuo optimismo, sólo piensan en una labor constructiva, «edificante», como si la crítica fuese un elemento pernicioso para la Iglesia. La vocación de Jeremías nos indica que ambas actitudes son necesarias en los planes de Dios. Y el mensaje profético, tomado en su conjunto, sigue esta doble pauta.

La extensión de los comentarios es algo que me preocupaba. No debían ser muy amplios, porque lo importante es el contacto directo con el texto. Pero tampoco tan breves que dejasen al lector en la misma oscuridad del comienzo. La línea adoptada supone algo intermedio. Más que detenerme en el comentario, he procurado situar el texto dentro de la problemática correspondiente y de la época en que surge. Esto lo ilumina suficientemente, al menos como punto de partida. En los dos volúmenes sobre Profetas, que L. Alonso Schökel y yo publicamos hace pocos años en Ediciones Cristiandad, puede encontrar el lector un comentario más amplio a cada pasaje. Aquí he recogido algunos de esos materiales, pero casi todo es nuevo.

Al tratarse de un libro de divulgación he suprimido sistemáticamente todo tipo de notas filológicas y de discusiones técnicas. El especialista sabe que este procedimiento es peligroso; puede provocar en el lector la impresión de que las cosas son sencillas. Pero conviene correr este riesgo. Los textos proféticos, como cualquier producción artística, se pueden entender a distintos niveles. A veces he comparado este fenómeno con los niveles de comprensión de una sinfonía o de una película. «Amadeus», de Milos Forman, ha sido un éxito reciente, que atrajo a gran cantidad de público. En principio, supongo que todos los espectadores la entendieron. Pero el conocedor de la música de Mozart, que identifica inmediatamente un pasaje de «Don Giovanni», o advierte hacia el final el paso reiterado del «Requiem» a «La flauta mágica», capta sugerencias y matices que pasan desapercibidos a la mayoría de los espectadores. Igual ocurre con los textos proféticos. El especialista notará que quedan muchas cosas sin comentar. Pero no escribo para ellos, sino para ese gran público que desea conocer algo la personalidad y el mensaje de los profetas. Si este libro les anima a un contacto más profundo con los textos y sus autores, habrá cumplido su misión.

Es normal que una antología literaria vaya precedida de un estudio sobre el autor o los autores recopilados. También en este caso me pareció necesario incluir una introducción sobre el fenómeno profético y los principales problemas que plantea al hombre de hoy. Quizá extrañe a alguno la relativa amplitud con que he tratado los géneros literarios, en comparación con el número de páginas dedicadas a otras cuestiones. el motivo es sencillo. Los otros puntos se encuentran fácilmente desarrollados en cualquier introducción a la Biblia. sin embargo, los valores literarios quedan con frecuencia en la penumbra. Y es una lástima, porque muchos de los profetas son auténticos genios de la literatura universal. Los datos que aporto no significan un estudio estilístico serio, pero espero que despierten en el lector una mayor sensibilidad hacia la forma externa del mensaje profético.

1ª PARTE

¿QUÉ ES UN PROFETA?

Los problemas planteados por los profetas y los libros proféticos a la ciencia bíblica han sido objeto de numerosos estudios, que reflejan el interés y la complejidad de dichas cuestiones. Muchas de ellas preocupan también al cristiano sin especial formación teológica. Otras lo desbordan, y tratarlas aquí sólo contribuiría a aumentar esa dosis de aburrimiento que, como escribía Kierkegaard, fue invadiendo el mundo desde el momento de la creación. Limitaré, pues, estas páginas introductorias a plantear y responder de forma muy sencillas las preguntas que con más frecuencia me han surgido al hablar de estos temas.

1. ¿Qué es un profeta?

Para la mayoría de la gente, el profeta es un hombre que «predice» el futuro, una especie de adivino. Esta concepción tan difundida tiene dos fundamentos: uno, erróneo, de tipo etimológico; otro, parcialmente justificado, de carácter histórico. Prescindo del primero para no cansar al lector con cuestiones filológicas. En cuanto al segundo, no cabe duda de que ciertos relatos bíblicos presentan al profeta como un hombre capacitado para conocer cosas ocultas y adivinar el futuro: Samuel puede encontrar las asnas que se le han perdido al padre de Saúl (1 Sm 9, 6-7.20); Ajías, ya ciego, sabe que la mujer que acude a visitarlo disfrazada es la esposa del rey Jeroboán, y predice el futuro de su hijo enfermo (1 Re 14, 1-16); Elías presiente la pronta muerte de Ocozías (2 Re 1, 16-17); Eliseo sabe que su criado, Guejazí, ha aceptado ocultamente dinero del ministro sirio Naamán (2 Re 5, 20-27), sabe dónde está el campamento arameo (2 Re 6, 8s), que el rey ha decidido matarlo (2 Re 6, 30s), etc. Incluso en tiempos del Nuevo Testamento seguía en vigor esta idea, como lo demuestra el diálogo entre Jesús y la samaritana; cuando él le dice que ha tenido cinco maridos, y que el actual no es el suyo, la mujer reacciona espontáneamente: «Señor, veo que eres un profeta». Y en la novela de *José* y *Asenet*, escrita probablemente en el siglo I, se dice: «Leví advirtió el propósito de Simeón, pues era profeta y veía con anterioridad todo lo que iba a suceder» (23, 8); cf. *Apócrifos del Antiguo Testamento* III (Ed. Cristiandad, Madrid 1982) 189-238, cita en p. 231.

Esta mentalidad se encuentra también difundida en ambientes cultos. El autor del Eclesiástico escribe a propósito de Isaías: «Con espíritu poderoso previó el futuro y consoló a los afligidos de Sión; anunció el futuro hasta el final y los secretos antes de que sucediesen» (48, 24-25). Y el gran historiador judío del siglo I, Flavio Josefo, hablando de Juan Hircano dice que poseyó las tres cosas que hacen más felices: la realeza, el sacerdocio y la profecía. Este último don lo explica del modo siguiente: «Efectivamente, la divinidad tenía tanta familiaridad con él que no ignoraba ninguna de las cosas futuras; incluso previó y profetizó que sus dos hijos mayores permanecerían al frente del gobierno» (*Guerra judía*, 1, 2, 8).

Se trata, pues, de una concepción muy divulgada, con cierto fundamento, pero que debemos superar. Los ejemplos citados de Samuel, Ajías, Elías, Eliseo, nos sitúan en la primera época del profetismo israelí, anterior al siglo VIII a.C. Leyendo los libros de

Amós, Isaías, Oseas, Jeremías, etc., advertimos que el profeta no es un adivino, sino un hombre llamado por Dios para transmitir su palabra, para orientar a sus contemporáneos e indicarles el camino recto. A finales del siglo VI a.C., Zacarías sintetizaba la predicación de sus predecesores con esta exigencia: «Convertíos de vuestra mala conducta y de vuestras malas acciones» (1,4). Esta exhortación a convertirse va acompañada con frecuencia de referencias al futuro, prediciendo el castigo o prometiendo la salvación. En determinados momentos, los profetas son conscientes de revelar cosas ocultas. Pero su misión principal es iluminar el presente, con todos sus problemas concretos: injusticias sociales, política interior y exterior, corrupción religiosa, desesperanza y escepticismo.

En el Antiguo Testamento aparecen como profetas personajes muy distintos. Esto ha sido objeto de diversos estudios sobre la «sociología del movimiento profético». Pero, en líneas generales, los rasgos más llamativos de la personalidad profética me parecen los siguientes:

a) El profeta es un <u>hombre inspirado</u>, en el sentido más estricto de la palabra. Nadie en Israel tuvo una conciencia tan clara de que era Dios quien le hablaba y de ser portavoz del Señor como el profeta. Y esta inspiración le viene de un contacto personal con él, que comienza en el momento de la vocación. Por eso, cuando habla o escribe, el profeta no acude a archivos y documentos, como los historiadores; tampoco se basa generalmente en la experiencia humana general, como los sabios de Israel. Su único punto de apoyo, su fuerza y su debilidad, es la palabra que el Señor le comunica personalmente, cuando quiere, sin que él pueda negarse a proclamarla. Palabra que a veces se asemeja al rugido del león, como indica Amós (1, 2), y en ocasiones es «gozo y alegría íntima» (Jr 15, 16). Palabra con frecuencia imprevista e inmediata, pero que en momentos cruciales se retrasa (Jr 42, 1-7). Palabra dura y exigente en muchos casos, pero que se convierte en «un fuego ardiente e incontenible encerrado en los huesos», que es preciso seguir proclamando (Jr 20,9). Palabra de la que muchos desearían huir, como Jonás, pero que termina imponiéndose y triunfando. Este primer rasgo resulta desconcertante a muchas personas. Por eso volveré sobre él más tarde, cuando terminemos este breve esbozo del profeta.

b) El profeta es un <u>hombre público.</u> Su deber de transmitir la palabra de Dios lo pone en contacto con los demás. No puede retirarse a un lugar sosegado de estudio o reflexión, ni reducirse al limitado espacio del templo. Su lugar es la calle y la plaza pública, el sitio donde la gente se reúne, donde el mensaje es más necesario y la problemática más acuciante. El profeta se halla en contacto directo con el mundo que lo rodea: conoce las maquinaciones de los políticos, las intenciones del rey, el descontento de los campesinos pobres, el lujo de los poderosos, la despreocupación de muchos sacerdotes. Ningún sector le resulta indiferente, porque nada es indiferente para Dios.

c) El profeta es un <u>hombre amenazado.</u> En ocasiones sólo le ocurrirá lo que dice Dios a Ezequiel: «Acuden a ti en tropel y mi pueblo se sienta delante de ti; escuchan tus palabras, pero no las practican (...). Eres para ellos coplero de amoríos, de bonita voz y buen tañedor. Escuchan tus palabras, pero no las practican» (Ez 33,30-33). Es la amenaza del fracaso apostólico, de gastarse en una actitud que no encuentra respuesta en los oyentes. Pero esto es lo más suave que puede ocurrirle. A veces se enfrentan a situaciones más duras. A Oseas lo tachan de «loco» y «necio»; a Jeremías de traidor a la patria. Y se llega incluso a la persecución, la cárcel y la muerte. Elías debe huir del rey en muchas ocasiones; Miqueas ben Yimlá termina en la cárcel; Amós

es expulsado del Reino Norte; Jeremías pasa en prisión varios meses de su vida; igual le ocurre a Jananí. Zacarías es apedreado en los atrios del templo (2 Cr 24, 17-22); Urías es acuchillado y tirado a la fosa común (Jr 26, 20-23). Esta persecución no es sólo de los reyes y de los poderosos; también intervienen en ella los sacerdotes y los falsos profetas. E incluso el pueblo se vuelve contra ellos, los crítica, desprecia y persigue. En el destino de los profetas queda prefigurado el de Jesús de Nazaret.

Silenciaríamos un detalle importante, si no dijésemos que la amenaza le viene también de Dios. Le cambia la orientación de su vida, lo arranca de su actividad normal, como le ocurre a Amós (7, 14s) o a Eliseo (1 Re 19, 19-21); le encomienda a veces un mensaje muy duro, casi inhumano, teniendo en cuenta la edad o las circunstancias en que se encuentra.

Aclararé este punto con dos ejemplos muy distintos. El primero, tomado de las tradiciones sobre Samuel, quizá tenga un fondo más legendario que histórico, pero ayuda a hacerse una idea de las tremendas exigencias de Dios:

> *"El niño Samuel oficiaba ante el Señor con Elí. La palabra del Señor era rara en aquel tiempo y no abundaban las visiones. Un día Elí estaba acostado en su habitación. Sus ojos empezaban a apagarse y no podía ver. Aún no se había apagado la lámpara de Dios, y Samuel estaba acostado en el santuario del Señor, donde estaba el arca de Dios. El Señor llamó:*
>
> *Samuel, Samuel!*
> *Y éste respondió:*
> *¡Aquí estoy!*
> *Fue corriendo a donde estaba Elí y le dijo:*
> *Aquí estoy, vengo porque me has llamado.*
> *Elí respondió:*
> *No te he llamado, vuelve a acostarte*
> *Samuel fue a acostarse, y el Señor lo llamó otra vez. Samuel se levantó, fue a donde estaba Elí, y le dijo:*
> *Aquí estoy, vengo porque me has llamado.*
> *Elí respondió:*
> *No te he llamado, hijo; vuelve a acostarte.*
> *(Samuel no conocía todavía al Señor; aún no se le había revelado la palabra del Señor).*
> *El Señor volvió a llamar por tercera vez. Samuel fue a donde estaba Elí, y le dijo:*
> *Aquí estoy, vengo porque me has llamado.*
> *Elí comprendió entonces que era el Señor quien llamaba al niño, y le dijo:*
> *Anda, acuéstate. Y si te llama alguien, dices: «Habla, Señor, que tu siervo escucha».*
> *Samuel fue y se acostó en su sitio. El Señor se presentó y lo llamó como antes:*
> *¡Samuel, Samuel!*
> *Samuel respondió:*
> *Habla, Señor que tu siervo escucha"* (1 Sam 3,1-10).

Este es el relato de la vocación de Samuel, conocido quizá por la mayoría de los lectores. Pero se olvida con frecuencia lo que sigue:

El Señor le dijo:

Mira, voy a hacer una cosa en Israel, que a los que la oigan les retumbarán los oídos. Aquel día ejecutaré contra Elí y su familia todo lo que he anunciado sin que falte nada. Comunícale que condeno a su familia definitivamente, porque él sabía que sus hijos maldecían a Dios y no les reprendió. Por eso juro a la familia de Elí que jamás se expiará su pecado, ni con sacrificios ni con ofrendas" (1 Sm 3, 11-14).

Muchos autores ponen en duda la historicidad del relato y de la comunicación de Dios a Samuel niño. Pero este detalle es secundario para nosotros. Nos interesa el concepto que refleja este texto sobre la misión del profeta. Samuel es un niño, educado desde pequeño con el sacerdote Elí, que lo trata como un padre. Sin embargo, recibe de Dios el encargo más duro: transmitirle su propia condena y la de sus hijos. Con razón añade el autor que, a la mañana siguiente, Samuel «no se atrevía a contarle a Elí la visión» (v. 16), y si lo hace es forzado por el mismo Elí.

El segundo ejemplo está tomado de Ezequiel. Dios le anuncia un acontecimiento sumamente doloroso: la muerte de su esposa. Pero, incluso entonces, no podrá dejarse dominar por la pena ni cumplir los ritos fúnebres habituales. La existencia del profeta está en todo momento al servicio de Dios, y también este hecho será punto de partida para transmitir su mensaje:

" Me vino esta palabra del Señor:

Hijo de Adán, voy a arrebatarte repentinamente
el encanto de tus ojos;
no llores ni hagas duelo ni derrames lágrimas;
laméntate en silencio como un muerto,
sin hacer duelo;
líate el turbante y cálzate las sandalias;
no te emboces la cara ni comas el pan del duelo.
Por la mañana yo hablaba a la gente,
por la tarde se murió mi mujer
y a la mañana siguiente hice lo que se me había mandado.
Entonces me dijo la gente:
¿Quieres explicarnos qué nos anuncia
lo que estás haciendo?
Les respondí: Me vino esta palabra del Señor:
Dile a la casa de Israel: Esto dice el Señor:
Mira, voy a profanar mi santuario,
vuestro soberbio baluarte,
el encanto de vuestros ojos, el tesoro de vuestras almas.
Los hijos e hijas que dejasteis caerán a espada.
Entonces haréis lo que yo he hecho:
no os embozaréis la cara ni comeréis el pan del duelo;
seguiréis con el turbante en la cabeza
y las sandalias en los pies,
no lloraréis ni haréis duelo;

os consumiréis por vuestra culpa
y os lamentaréis unos con otros.
Ezequiel os servirá de señal:
haréis lo mismo que él ha hecho" (Ez 24, 15-24).

Estos ejemplos, que podrían multiplicarse, bastan para demostrar que la existencia del profeta no sólo está amenazada por sus contemporáneos, sino también por el mismo Dios. No es extraño que alguno de ellos, como Jeremías, llegará a rebelarse en ciertos momentos contra esta coacción (Jr 20, 7-9.14-20), si bien se trató de crisis pasajeras.

d) Por último, conviene recordar que la profecía es un carisma. Como tal, rompe todas las barreras. La barrera del sexo, porque en Israel existen profetisas, como Débora (Jue 4) o Hulda (2 Re 22). La barrera de la cultura, porque no hacen falta estudios especiales para transmitir la palabra del Señor. La barrera de las clases, porque personas vinculadas a la corte, como Isaías, pequeños propietarios, como Amós, o simples campesinos, como Miqueas, pueden ser llamados por Dios. Las barreras religiosas, porque no es preciso ser sacerdote para ser profeta; más aún, podemos afirmar que gran número de profetas eran seglares. La barrera de la edad, porque Dios encomienda su palabra lo mismo a adultos que a jóvenes.

2. Breve nota sobre la inspiración profética

En el esbozo anterior hemos puesto como primer rasgo el hecho de la inspiración. Es algo que judíos y cristianos aplicamos a todos los autores bíblicos, pero que en los profetas adquiere especial relieve. «Así dice el Señor», «esto me comunicó el Señor», «esto me hizo ver el Señor», «oráculo del Señor», son fórmulas que se repiten hasta la saciedad en este bloque de libros. Mucha gente se pregunta cómo debemos entender estas afirmaciones. No pretendo resolver en pocas líneas un problema tan complejo. Quien desee profundizar en el tema puede leer la densa obra de L. Alonso Schökel, *La Palabra Inspirada* (publicada recientemente en 3ª. ed. por Ediciones Cristiandad), o el excelente artículo de Karl Rahner, Inspiración, en Conceptos fundamentales de la Teología II (Ed. Cristiandad 1979) 781-790. Por mi parte, me limito a sugerencias muy sencillas que puedan esclarecer la cuestión.

Como punto de partida es útil referirse a un campo más conocido para nosotros y al que aplicamos frecuentemente el concepto de «inspiración»: La creación artística. En ella, la inspiración aparece como un hecho real, constatable e indiscutible, pero difícil de definir y precisar. Una poesía, una obra de teatro, una sinfonía o una escultura están «inspiradas». Pero, ¿en qué consiste esa «inspiración» de su autor? En líneas generales podríamos decir que en la fusión perfecta de la técnica propia de un artista con el espíritu que lo alienta. De estos dos elementos, el más importante es el segundo, el espíritu. La técnica, fundamental en el arte, no lo es todo; incluso puede provocar una obra tan fría que, a pesar de ser perfecta, nos deje la sensación de «no estar inspirada». La obra de arte se produce cuando el artista tiene «algo que decir» y «sabe decirlo».

El ejemplo del arte nos lleva a dos conclusiones: 1) el concepto de inspiración es casi imposible de definir; 2) una obra puede estar «inspirada» aunque los recursos técnicos del artista sean deficientes o elementales. El villancico «Noche de Dios» es de las composiciones más inspiradas, aunque sus recursos armónicos son extremadamente simples.

Aplicando estos criterios al terreno bíblico, lo primero que debemos tener presente es que la inspiración de un texto no depende de su mayor o menor técnica literaria, sino de que el autor esté alentado por un «espíritu» y tenga algo que decir. En el enfoque tradicional de la inspiración bíblica, este problema está resuelto de antemano, porque el «espíritu» que alienta al autor es el Espíritu de Dios y lo que debe transmitir es «palabra de Dios».

Sin embargo, esta interpretación, con todo lo que tiene de exacta, corre el peligro de resultar simplista, concediendo a todos los autores el mismo nivel de inspiración y dando el mismo valor a afirmaciones de contenido muy distinto. De esta forma, terminamos siendo injustos con la palabra de Dios, incluso la ridiculizamos. El proverbio: «Más vale vivir en el rincón de la azotea que dentro de la casa con mujer pendenciera» está perfectamente formulado, pero no es preciso recurrir a una especial revelación divina para su autor. De igual modo, no podemos equiparar la inspiración del autor del libro de Job, o del Deuteronomio, con la del autor que redacta el segundo libro de los Macabeos, limitándose a resumir los cinco libros de Jasón de Cirene.

La teoría oficial sobre la inspiración olvida que muchos autores bíblicos nunca reivindican este don. Este hecho es palpable en los «historiadores» y en los «sabios». El epílogo del Eclesiastés, escrito por un discípulo, presenta la obra de su maestro de manera muy sencilla, sin recurrir a especial comunicación de Dios: «El Predicador, además de ser un sabio, enseñó al pueblo lo que él sabía. Estudió, inventó y formuló muchos proverbios; el Predicador procuró un estilo atractivo y escribió la verdad con acierto» (Ecl 12, 9-10). Y el traductor griego del libro del Eclesiástico se expresa de forma parecida: «Mi abuelo Jesús, después de dedicarse intensamente a leer la ley y los profetas y los restantes libros paternos, y de adquirir un buen dominio de ellos, se dedicó a componer por su cuenta algo en la línea de la sabiduría e instrucción, para que los deseosos de aprender, familiarizándose también con ello, pudieran adelantar en una vida según la ley» (Prólogo, letra c).

Con más modestia aún se expresa el autor del segundo libro de los Macabeos: «Jasón de Cirene dejó escrita en cinco libros la historia de Judas Macabeo y sus hermanos (...). Nosotros vamos a intentar resumirlo en un solo volumen... procurando ofrecer entretenimiento a los que se contentan con una simple lectura, facilitar a los estudiosos el trabajo de retener datos de memoria y ser útiles a los lectores en general. Para quienes hemos emprendido la penosa tarea de hacer este resumen no ha sido un trabajo fácil, sino de sudores y vigilias, como no es fácil el trabajo del que organiza un banquete, que tiene que atender al gusto de los demás» (2, 23-27).

¿Es justo que más tarde se reivindicase para estos autores una especial inspiración de Dios? La Iglesia así lo ha decidido, pero los teólogos están obligados a repensar estos datos y formular nuestra fe tomándose en serio no sólo al hombre de hoy, sino también, y sobre todo, al mismo Dios.

Con los profetas no ocurre lo mismo que con historiadores y sabios. Ya hemos indicado la certeza e insistencia con que afirman transmitir la palabra de Dios. Sugieren una comunicación directa, casi física, entre ellos y el Señor. Esto desconcierta al hombre moderno. Pero, si evitamos el literalismo, sus fórmulas expresan una verdad profunda, bastante comprensible. Pensemos en las personas que podemos considerar profetas de nuestro tiempo: Martín Luter King, Oscar Romero, etc. Estos hombres estaban convencidos de que comunicaban la voluntad de Dios, de que decían lo que

Dios quería en ese momento histórico. Por eso no podían echarse atrás, aunque les costase la vida. Si hubiésemos podido preguntarles: ¿Es que Dios le ha hablado esta noche? ¿Se le ha revelado en visión?, tendrían que responder: Efectivamente, Dios me ha hablado; no en sueños ni visiones, pero sí de forma indiscutible, a través de los acontecimientos, de las personas que me rodean, del sufrimiento y la angustia de los hombres. Y esta palabra externa se convierte luego en palabra interior, «encerrada en los huesos», como diría Jeremías, que no se puede contener.

El hombre corriente puede poner en duda la validez de este convencimiento del profeta. Lo atribuirá a sus propios deseos y fantasías; el profeta sabe que no es así. Y actúa de acuerdo con esa certeza.

Naturalmente, cabe una pregunta posterior: ¿No puede equivocarse el profeta? ¿No puede, a pesar de su buena voluntad, transmitir como palabra de Dios lo que sólo es palabra suya? Evidentemente, sí. De esta forma surge el problema de los falsos profetas, a los que dedicaremos el siguiente apartado.

3. Los falsos profetas

Dentro del Antiguo Testamento se distinguen dos grupos: el de los profetas de divinidades extranjeras (como Baal) y el de los que pretenden hablar en nombre de Yahvé. Al primero lo encontramos especialmente en tiempos de Elías (1 Re 18). Para la historia del profetismo carecen de importancia, a no ser por el influjo pernicioso que pudieron ejercer sobre el pueblo. Más grave es el caso del segundo grupo, porque fundamentan sus falsas promesas en una pretendida revelación del Dios verdadero.

Según Bright, los falsos profetas surgen con motivo de la persecución de la reina Jezabel, durante el siglo IX a. C. En estos momentos difíciles, no todos consiguieron resistir a la prueba y se pasaron al bando del rey. Los encontramos en 1 Re 22 enfrentados a Miqueas ben Yimlá. Y de ellos nos hablan Oseas (6, 5), Isaías (28,7), Miqueas (3,5.11), Jeremías (23, 9-40; 27-29), Ezequiel (13, 2s; 14, 9).

Edmon Jacob indica cuatro causas de la proliferación de los falsos profetas:

- el peso sociológico de la monarquía, que atrae en torno a ella personas dispuestas a defender sus intereses;

- la importancia concedida a la tradición, que los convierte en papagayos, repetidores de ideas antiguas, sin prestar atención a Dios ni a los acontecimientos;

- el deseo de agradar al pueblo y de no enfrentarse a él;

- el deseo de triunfar y asegurarse una forma de vida.

En el Deuteronomio, la pena asignada a los falsos profetas es la muerte (13,1-6). Sin embargo, si prescindimos de la matanza ordenada por Elías en el monte Carmelo contra los profetas de Baal (1 Re 18,19s), y de la realizada por Jehú, con carácter más político que religioso (2 Re 9-10), el Antiguo Testamento no conoce más casos de aplicación de esta ley. Son precisamente los profetas verdaderos los que mueren (Zacarías, Miqueas, Juan Bautista, Jesús).

El problema más grave que plantean los falsos profetas no es el de su origen o el de la evolución del movimiento, sino el de los criterios que ayudan a distinguirlos de los verdaderos.

Es un tema de interés histórico y teológico que preocupó a muchos autores, especialmente a Jeremías. Pero es también de gran actualidad, ya que en la Iglesia conviven opiniones muy diversas y muchos cristianos no saben a qué atenerse.

a) Criterios internos.

R. Chave indica nueve: inmoralidad (adulterio, borracheras, venalidad, mentira), impiedad, magia, sueños engañosos, optimismo, profesionalismo, éxtasis, deseos de querer profetizar, no cumplimiento de sus profecías. Resultan demasiados criterios, y tomados uno a uno no prueban suficientemente. Por ejemplo, ¿en qué consiste el optimismo? ¿Se puede decir que los profetas verdaderos sean pesimistas? ¿Qué es moral e inmoral? Por otra parte, resulta difícil encontrar todos estos defectos en una misma persona. Por eso, otros autores se han fijado en criterios distintos:

El modo de revelación: el verdadero profeta excluye los métodos adivinatorios, incluyendo los sueños, las suertes, etc. Pero no resulta claro, porque los verdaderos profetas pueden tener sueños y los sacerdotes echan las suertes. Además, hay falsos profetas que no usan procedimientos adivinitarios, como Ananías (ver Jr 28).

La conciencia de haber sido enviado, de estar investido de una autoridad divina. Es muy subjetivo. También los falsos profetas pueden tenerla.

El criterio moral. Es muy relativo. Oseas se casa con una prostituta; Jeremías miente a los ministros del rey (38, 24-27). Pero debemos reconocer que los verdaderos profetas tienen una conducta moral y una predicación que falta en los otros.

El espíritu. Según Mowinckel, los profetas de Judá anteriores al destierro se muestran reticentes con respecto al espíritu; lo importante para ellos es el poder, la fuerza, el juicio. Este criterio es falso. También en Judá se habla de la importancia del espíritu antes del destierro (Miq 3, 8) y Ezequiel lo reivindica con frecuencia (3,12-14; 8,3; 43,5). Por otra parte, este criterio no sirve para el Reino Norte, donde se estima grandemente el espíritu como don de Dios.

Oráculo de condenación-oráculo de salvación. Los primeros serían típicos de los verdaderos profetas, los segundos de los falsos. Tampoco es cierto. Los verdaderos profetas hablan de la salvación. Sus discípulos así lo entendieron y acentuaron al redactar los libros.

Cumplimiento-incumplimiento de las profecías. Dt 18,22 lo pone como criterio fundamental. Pero este criterio no se siguió estrictamente en Israel, porque es muy difícil. ¿Cómo se cumplieron las promesas del Deuteroisaías sobre la vuelta del destierro? ¿O las de Jeremías sobre la destrucción total? ¿O las de Habacuc, pocos años antes de la destrucción de Jerusalén? No parece conveniente utilizar este criterio como el fundamental; entre otras cosas, porque sólo sirve a posteriori, no en el momento de la discusión. Por consiguiente, los criterios internos no aportan una claridad total al problema.

b) Criterios externos.

Ramlot aduce los siguientes:

- **Criterio comunitario**. El pueblo de Dios (en este caso Israel, y luego la Iglesia) ha canonizado a unos y rechazado a otros.

- **Criterio de las contrariedades**, el sufrimiento y la muerte. Para Jeremías, por ejemplo, la única profecía auténtica es la que constituye una carga impuesta desde fuera, algo que no se busca, sino que Dios impone. Esto lleva a encontrar oposición por todas partes, persecución, cárcel, insultos, muerte.

- **Criterio de intercesión**. Según Jr 27, 18 y Ez 13, 5, es un criterio distintivo. El verdadero profeta intercede por el pueblo ante Dios, pidiendo su perdón, mientras el falso profeta se despreocupa de ello, quizá porque no tiene conciencia del pecado del pueblo.

De estos tres criterios aducidos por Ramlot, los dos primeros son a posteriori. Sólo el tercero, la intercesión, se puede valorar en el momento histórico. Pero la intercesión se da muchas veces a solas entre el profeta y Dios, con lo cual deja de servir de criterio perceptible por la gente. Además, la intercesión falta en muchos profetas.

Con respecto al Antiguo Testamento, no existe problemas para nosotros, porque la Iglesia nos indica qué profetas son los verdaderos. Las dudas surgen cuando pensamos en figuras contemporáneas. El Sermón de la Montaña nos ofrece un criterio mucho más clarificador de lo que puede parecer a primera vista: «Cuidado con los falsos profetas, ésos que se os acercan con piel de oveja, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. A ver, ¿se cosechan uvas de las zarzas o higos de los cardos, Así, los árboles sanos dan frutos buenos; los árboles dañados dan frutos malos. Un árbol sano no puede dar frutos malos, ni un árbol dañado dar frutos buenos, y todo árbol que no da fruto bueno se corta y se echa al fuego. Total, que por sus frutos los conoceréis» (Mt 7,15-20)

Lo más interesante de este texto es que recomienda una actitud de vigilancia y de espera. Y ninguna de estas cosas resulta agradable. Preferimos emitir un juicio rápido, apasionado a veces, en favor o en contra del personaje. Es el camino más seguro para equivocarse. Dar tiempo al tiempo y analizar los frutos producidos por ese mensaje es la única actitud segura. Por otra parte, esos frutos se deben considerar a la luz del evangelio. Por muy desagradable que nos resulte una persona o el contenido de sus palabras, si nos animan a mantenernos fieles al espíritu de Jesús, y esa enseñanza la corrobora con su vida, estamos obligados a considerarlo un verdadero profeta. Al contrario, por agradable que nos resulte una persona, por mucho que sintonicemos con ella, si nos aleja del camino del evangelio, será un «lobo rapaz», disfrazado «con piel de oveja».

Con esto llegamos a un tema que sólo puedo insinuar aquí. El desconcierto de muchos cristianos ante la diversidad de opiniones que escuchan sólo se explica a causa de su pereza intelectual, que les impide buscar la luz en el evangelio. Quieren recetas rápidas, decisiones terminantes, sin esforzarse por tener criterios propios fundamentados

en la persona y el mensaje del único que es «el camino, la verdad y la vida».

4. Los medios de comunicación de los profetas:

1) La palabra

El medio más habitual entre los profetas para transmitir el mensaje de Dios es, naturalmente, la palabra. Muchos podrían pensar que ese mensaje lo comunican mediante un discurso o un sermón, que son los géneros más habituales entre los oradores de nuestro tiempo. A veces lo hacen, pero generalmente emplean una gran variedad de géneros literarios, tomados de los ámbitos más distintos. A continuación indicaré diferentes ejemplos, para que el lector se haga una idea de la riqueza y vitalidad de la predicación profética.

a) Géneros tomados de la sabiduría tribal y familiar.

Desde antiguo, la familia, el clan, la tribu, han empleado los recursos más diversos para inculcar un recto comportamiento, hacer reflexionar sobre la realidad que rodea a niños y adultos: exhortación, interrogación, parábola, alegoría, enigmas, bendiciones y maldiciones, comparaciones. De todos ellos encontramos ejemplos en los profetas. Comenzaremos con una de las parábolas más famosas, la dirigida por Natán a David tras el adulterio con Bersabé y el asesinato de su esposo, Urías. Natán no aborda el caso directamente, le tiende al rey una trampa:

"Entró Natán ante el rey y le dijo:

> *Había dos hombres en un pueblo: uno rico y otro pobre. El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes; el pobre sólo tenía una corderilla que había comprado; la iba criando, y ella crecía con él y con sus hijos, comiendo de su pan, bebiendo de su vaso, durmiendo en su regazo: era como una hija. Llegó una visita a casa del rico, y no queriendo perder una oveja o un buey, para invitar a su huésped, cogió la cordera del pobre y convidó a su huésped.*
>
> *David se puso furioso contra aquel hombre, y dijo a Natán:*
>
> *¡Vive Dios, que el que ha hecho eso es reo de muerte! No quiso respetar lo del otro, pues pagará cuatro veces el valor de la cordera.*
>
> *Entonces Natán dijo a David:*
>
> *¡Ese hombre eres tú!"* (2 Sm 12, 1-7).

En otro caso, el profeta Ezequiel quiere denunciar al rey de Judá porque, después de prometer fidelidad al rey de Babilonia, viola el juramento y busca la ayuda de Egipto. Para llevar a cabo su denuncia recurre a una alegoría:

> *"El águila gigante, de gigantescas alas,*
> *de gran envergadura, el plumaje tupido,*
> *de color abigarrado, voló al Líbano;*
> *cogió el cogollo del cedro,*
> *arrancó su pimpollo cimero*

y se lo llevó a un país de mercaderes,
plantándolo en una ciudad de traficantes.
Después cogió simiente de la tierra
y la echó en terreno sembradío.
La sembró ribereña, junto a aguas abundantes,
para que germinara y se hiciera
vid aparrada, achaparrada,
para que orientara hacia ella sus sarmientos,
y le sometiera las raíces.
Y se hizo vid,
y echó pámpanos y se puso frondosa.
Vino después otra águila gigante,
de gigantescas alas y de espeso plumaje,
y entonces nuestra vid,
aunque estaba plantada en buen terreno,
junto a aguas abundantes,
sesgó sus raíces hacia ella
y orientó hacia ella sus sarmientos, para recibir más riego
que en el bancal donde estaba plantada,
y así echar ramas y dar fruto
y hacerse vid espléndida.
Esto dice el Señor: ¿Se logrará?, ¿o la desceparán
y se malogrará su fruto
y se marchitarán sus renuevos?"

(Ez 17, 1-9); el texto continúa explicando la alegoría).

Al ámbito sapiencial corresponde también la bendición y maldición, como éstas que encontramos en Jr 17, 5-8:

Así dice el Señor:

"¡Maldito quien confía en un hombre y busca apoyo en la carne,
apartando su corazón del Señor!
Será cardo estepario que no llegará a ver la lluvia,
habitará un desierto abrasado, tierra salobre e inhóspita.
¡Bendito quien confía en el Señor y busca en él su apoyo!
Será un árbol plantado junto al agua,
arraigado junto a la corriente; cuando llegue el bochorno,
no temerá, su follaje seguirá verde,
en año de sequía no se asusta, no deja de dar fruto."

El pasaje anterior une la bendición-maldición con las comparaciones, otro género frecuentemente entre los sabios. Jr 17, 11 constituye un ejemplo más:

"Perdiz que empolla huevos que no puso
es quien amasa riquezas injustas:
a la mitad de la vida lo abandonan,
y él termina hecho un necio."

La pregunta es una forma de hacer reflexionar y de inculcar una conclusión

inevitable. Es lo que ocurre en Am 3,3-6, donde el profeta prepara paso a paso la cuestión final:

"¿Caminan juntos dos que no se han citado?
¿Ruge el león en la espesura sin tener presa?
¿Grita el cachorro en la guarida sin haber cazado?
¿Cae el pájaro al suelo si no hay una trampa?
¿Salta la trampa del suelo sin haber atrapado?
¿Suena la trompeta en la ciudad
sin que el vecindario se alarme?
¿Sucede una desgracia en la ciudad
que no la mande el Señor?"

b) Géneros tomados del culto.

Podemos clasificar en este apartado himnos, oraciones, instrucciones y, quizá, los oráculos de salvación.

En Amós tropezamos con un caso curioso; a lo largo del libro encontramos en diversos momentos lo que parecen fragmentos de un himno al poder de Dios:

"El formó las montañas, creó el viento,
descubre al hombre sus pensamientos,
hizo la aurora y el crepúsculo
y camina sobre el dorso de la tierra:
se llama Señor, Dios de los ejércitos (4,13).
Creó las Pléyades y Orión,
convierte las sombras en aurora,
el día en noche oscura;
lanza la destrucción contra la fortaleza,
y la destrucción alcanza a la plaza fuerte (5, 8-9).
El Señor de los ejércitos,
que al tocar la tierra la zarandea,
en un flujo y reflujo como el del Nilo,
y hacen duelo sus habitantes;
que construye en el cielo su escalinata
y cimenta su bóveda sobre la tierra;
que convoca las aguas del mar
y las derrama sobre la superficie de la tierra;
se llama el Señor" (9, 5-6).

Es posible que este himno (que plantea numerosos problemas de traducción e interpretación, de los que prescindo) no fuese compuesto por Amós, sino tomado por él y distribuido a lo largo del libro, en momentos claves, para subrayar la omnipotencia divina. En Isaías sí encontramos un himno de primera mano, compuesto por el profeta o por el redactor del libro:

"Te doy gracias, Señor,
porque estabas airado contra mí,
pero ha cesado tu ira y me has consolado.
El es mi Dios y salvador: confiaré y no temeré,

porque mi fuerza y mi poder es el Señor,
él fue mi salvación.
Y sacaréis agua con gozo
de las fuentes de la salvación.
Aquel día diréis:
Dad gracias al Señor, invocad su nombre,
contad a los pueblos sus hazañas,
proclamad que su nombre es excelso.
Tañed para el Señor, que hizo proezas,
anunciadlas a toda la tierra;
gritad jubilosos, habitantes de Sión:
«Qué grande es en medio de ti
el Santo de Israel»" (Is 12).

La instrucción (torâ) es un género típico del culto. Lo emplea el sacerdote cuando responde a alguno de los problemas concretos que le plantean. Los profetas también usan el género, aunque puede ocurrir, como en el caso de Amós, que sea con intenciones distintas, en plan irónico:

"Marchad a Betel a pecar, en Guilgal pecad de firme:
ofreced por la mañana vuestros sacrificios
y a tercer día vuestros diezmos;
ofreced ázimos, pronunciad la acción de gracias,
anunciad dones voluntarios,
que eso es lo que os gusta, israelitas
-oráculo del Señor-" (Am 4, 4-5).

De un sacerdote del antiguo Israel cabe esperar una exaltación del culto, la invitación a frecuentar los grandes santuarios, cumpliendo todos los ritos prescritos o aconsejados. Amós indica que todo eso responde sólo al capricho de los hombres («eso es lo que os gusta, israelitas»), no a la voluntad de Dios. La lleva a cabo, y después de firmar el contrato ora al Señor, pidiéndole al final la explicación de este misterio:

"¡Ay, mi Señor! Tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, con brazo extendido, nada es imposible para ti. Tú eres leal por mil generaciones, pero castigas el pecado de los padres en los hijos que les suceden. Dios grande y esforzado, cuyo nombre es Señor de los ejércitos. Grande en ideas, poderoso en acciones, cuyos ojos están abiertos sobre los pasos de los hombres, para pagar a cada uno su conducta, lo que merecen sus acciones. Tú hiciste signos y prodigios en Egipto un día como hoy, en Israel y entre todos los hombres, y te has ganado fama que dura hasta hoy. Sacaste de Egipto a tu pueblo, Israel, con prodigios y portentos, con mano fuerte y brazo extendido, y con gran terror. Les diste esta tierra, que habías jurado a sus padres darles, tierra que mana leche y miel, y entraron a poseerla. Pero ellos no te obedecieron, no procedieron según tu ley, no hicieron lo que les habías mandado hacer; por eso les enviaste todas estas desgracias. Mira, los taludes llegan hasta la ciudad para conquistarla, la ciudad está entregada en manos de los caldeos, que la atacan con la espada, el hambre y la peste. Sucede lo que anunciaste, y lo estás viendo. Y tú, Señor, me dices: 'Cómprate el campo con dinero, ante testigos', mientras la ciudad cae en manos de los caldeos" (Jr 32,16-25).

La respuesta a esta oración viene poco después, cuando Dios comunica al profeta que la compra del campo contiene un mensaje de esperanza: a pesar de las circunstancias actuales, «se comprarán campos en esta tierra, de la que decía: 'Está desolada, sin hombres ni ganados, y cae en manos de los caldeos'» (32, 43).

Más discutible es que el oráculo de salvación pertenezca al ámbito del culto. Quizá su contexto primitivo fuese el de la guerra, cuando un sacerdote o profeta anunciaba la victoria en nombre de Dios y animaba no tener miedo. Este género es muy utilizado por Deuteroisaías, del que entresaco un ejemplo:

"Tú, Israel, siervo mío; Jacob, mi elegido;
estirpe de Abrahán, mi amigo.
Tú, a quien cogí de los confines del orbe,
a quien llamé de sus extremos,
a quien dije: «Tú eres mi siervo,
te he elegido y no te he rechazado».
No temas, que yo estoy contigo;
no te angusties, que yo soy tu Dios:
te fortalezco, te auxilio,
te sostengo con mi diestra victoriosa.
Mira, se avergonzarán derrotados
los que se enardecen contra ti;
serán aniquilados y perecerán
los que pleitean contra ti;
los buscarás sin encontrarlos
a los que pelean contra ti;
serán aniquilados, dejarán de existir
los que guerrean contra ti.
Por que yo, el Señor, tu Dios,
te agarro de la diestra,
y te digo: «No temas, yo mismo te auxilio».
No temas, gusanito de Jacob, oruga de Israel,
yo mismo te auxilio -oráculo del Señor-,
tu redentor es el Santo de Israel.
Mira, te convierto en trillo aguzado, nuevo, dentado:
trillarás los montes y los triturarás,
harás paja de las colinas;
los aventarás, y el viento los arrebatará,
el vendaval los dispersará;
y tú te alegrarás con el Señor,
te gloriarás del Santo de Israel" (Is 41, 8-16).

c) Géneros tomados del ámbito judicial.

A veces se emplea el discurso acusatorio, la requisitoria, la formulación casuística, o algunos elementos de estos géneros para insertarlos en un contexto más amplio. Por ejemplo, el discurso de Ez 22,1-16:

"Y tú, hijo de Adán, juzga,
juzga a la ciudad sanguinaria,
denunciándole todas sus abominaciones,

diciendo: Esto dice el Señor:
Ciudad que derrama sangre dentro de sí,
acelerando su término,
y que se ha contaminado fabricándose ídolos (...).
Mira, príncipes de Israel hay en ti
que actúan a su arbitrio hasta derramar sangre.
Al padre y a la madre desprecian en ti,
al forastero lo oprimen en ti,
al huérfano y a la viuda los explotan en ti (...).
Hay en ti gente que calumnia hasta derramar sangre (...).
En ti se practica el soborno hasta derramar sangre."

Son las acusaciones típicas de un fiscal en un proceso.

En este contexto se sitúa también lo que llama Schulz «declaración jurídico-sacral», esencial en Ezequiel: la enumeración de una serie de comportamientos justos termina con la declaración de que esa persona merece vivir (en contra del discurso acusatorio, que implica, al menos en ciertos casos, la condena a muerte):

"El hombre que es justo,
que observa el derecho y la justicia,
que no come en los montes
y no levanta sus ojos a los ídolos
de la casa de Israel;
que no profana a la mujer de su prójimo
ni se llega a la mujer en su regla;
que no explota a nadie,
devuelve la prenda empeñada,
no roba,
da su pan al hambriento y viste al desnudo;
que no presta con usura ni acumula intereses;
que aparta su mano de la iniquidad
y juzga imparcialmente los delitos,
que camina según mis preceptos
y guarda mis mandamientos, cumpliéndolos fielmente,
ese hombre es justo. Vivirá -oráculo del Señor-" (Ez 18, 5-9).

Este mismo espíritu jurídico, tan acentuado en algunos textos de Ezequiel, es el que le lleva a una serie de formulaciones casuísticas. El texto que acabamos de citar continúa:

"Si éste engendra un hijo criminal y homicida,
que quebranta algunas de estas prohibiciones
o no cumple todos estos mandatos (...)
morirá ciertamente
y será responsable de sus crímenes.
Y si éste engendra un hijo,
que a pesar de haber visto
los pecados de su padre no los imita (…)
ese hombre no morirá por la culpa de su padre."

Entre los géneros tomados del ámbito judicial uno de los que más ha interesado a

los comentaristas es el de la requisitoria profética (rîb). En páginas posteriores incluiremos Miq 6, 1-8, ejemplo típico de este género.

d) Géneros tomados de la vida diaria.

Incluyo en este apartado una serie de cantos que surgen en las más diversas situaciones de la vida: el amor, el trabajo, la muerte, etc. La famosa «canción de la viña» de Isaías es presentada por el profeta como una canción de amor:

"Voy a cantar en nombre de mi amigo
un canto de amor a su viña:
Mi amigo tenía una viña en fértil collado.
La entrecavó, la descantó y plantó buenas cepas;
construyó en medio una atalaya y cavó un lagar.
Y esperó que diese uvas, pero dio agrazones.
Pues ahora, habitantes de Jerusalén,
hombres de Judá,
por favor, sed jueces entre mí y mi viña.
¿Qué más cabía hacer por mi viña
que yo no lo haya hecho?
¿Por qué, esperando que diera uvas, dio agrazones?
Pues ahora os diré a vosotros
lo que voy a hacer con mi viña:
quitar su valla para que sirva de pasto,
derruir su cerca para que la pisoteen.
La dejaré arrasada:
no la podarán ni la escardarán,
crecerán zarzas y cardos;
prohibiré a las nubes que lluevan sobre ella.
La viña del Señor de los ejércitos
es la casa de Israel,
son los hombres de Judá su plantel preferido.
Esperó de ellos derecho,
y ahí tenéis: asesinatos;
esperó justicia, y ahí tenéis: lamentos" (Is 5, 1-7).

Ezequiel nos ofrece un ejemplo de «canción de trabajo» doméstico, realizado por un ama de casa, que le servirá para aplicarla al futuro de Jerusalén:

Pon la olla, ponla, echa en ella agua;
echa en ella tajadas,
las mejores tajadas, pernil y espaldilla;
llénala de huesos escogidos.
Coge lo mejor del rebaño;
luego apila debajo la leña,
cuece las tajadas en la olla
y hierve los huesos (…)
¡Ay, ciudad sanguinaria!
Yo mismo agrando la pira,
arrimo más leña, enciendo la hoguera,
consumo la carne, saco el caldo

y los huesos se queman" (Ez 24,3-5.9-10).

En otra ocasión encontramos un «canto a la espada»:

"¡Espada, espada afilada y además bruñida!
Afilada para degollar, bruñida para fulgurar.
La llevaron a bruñir antes de empuñarla;
ya está afilada la espada, ya está bruñida
para ponerla en manos del sicario.(…)
Que se duplique la espada, que se triplique;
la espada de los acribillados,
la espada grande acribilla,
que los tiene acorralados (…)
Da estocadas a diestra y tajos a siniestra;
donde tu hoja sea requerida" (Ez 21,13-21).

Entre estos cantos que surgen en distintos momentos de la vida, el más importante y frecuente es la elegía, entonada con motivo de la muerte de un ser querido, que los profetas utilizan para presentar la trágica situación de su pueblo en el presente o en el futuro. La más antigua y concisa la encontramos en Amós:

"Cayó para no levantarse la doncella de Israel,
está arrojada en el suelo y nadie la levanta.
Pues así dice el Señor a la casa de Israel:
La ciudad de donde partieron mil se quedará con cien;
de donde partieron cien, se quedará con diez" (Am 5,2-3).

Elementos elegíacos y alegóricos se unen en este otro texto de Ezequiel para describir la situación de los últimos reyes judíos:

"Entona esta elegía por los príncipes de Israel:
¡Qué leona tu madre en medio de leones!
Tumbada entre leoncillos amamantaba a sus cachorros.
Crió a uno de sus cachorros, que se hizo leoncillo
y aprendió a desgarrar la presa, devorando hombres.
Reclutaron gente contra él, lo atraparon en la fosa,
y con ganchos se lo llevaron a la tierra de Egipto.
Y viendo desvanecida y burlada su esperanza,
tomó otro de sus cachorros y lo hizo leoncillo.
Merodeaba entre los leones hecho ya un leoncillo;
hacía estragos en los palacios y arrasaba las ciudadelas;
tenía el país y sus moradores amedrentados con sus rugidos.
Cargaron contra él los pueblos y lo atraparon en la fosa.
Con cólera y con ganchos lo llevaron al rey de Babilonia;
enjaulado se lo llevaron para que no volviera a oírse su rugido
en las montañas de Israel" (Ez 19,1-9).

Muy relacionados con el ámbito vital de la elegía se encuentran los «ayes». «Ay» «ay», es uno de los gritos entonados por las plañideras cuando acompañan el cortejo

fúnebre. Los profetas utilizan este género para indicar que determinadas personas (más bien grupos) se encuentran a las puertas de la muerte por sus pecados:

"¡Ay de los que añaden casas a casas
y juntan campos con campos,
hasta no dejar sitio,
y vivir ellos solos en medio del país!
Lo ha jurado el Señor de los ejércitos:
Sus muchas casas serán arrasadas,
sus palacios magníficos quedarán deshabitados,
diez yugadas de viña darán sólo un tonel,
una carga de simiente dará una canasta (Is 5,7-10).

¡Ay de los que llaman al mal bien y al bien mal,
que tienen las tinieblas por luz
y la luz por tinieblas,
que tienen lo amargo por dulce
y lo dulce por amargo! (Is 5,20).

¡Ay del que acumula bien ajeno,
¿por cuánto tiempo?
y amontona objetos empeñados!
De pronto se alzarán tus acreedores,
despertarán y, sacudiéndote bien, te desvalijarán;
porque saqueaste a tantas naciones,
los demás pueblos te saquearán;
por tus asesinatos y violencias
en países, ciudades y poblaciones" (Hab 2, 7-8).

e) Géneros estrictamente proféticos.

Dos casos merecen especial atención: el oráculo de condena dirigido a un individuo y el oráculo de condena contra una colectividad. Ambos constan de diversos elementos, pero son esenciales la denuncia del pecado y el anuncio del castigo. En las tradiciones de Elías encontramos ejemplos significativos. Cuando el rey Ajab se ha apoderado de la viña de Nabot tras su asesinato, el profeta le sale al paso para interpretarlo:

"¿Has asesinado y encima robas? Por eso, así dice el Señor: En el mismo sitio donde los perros han lamido la sangre de Nabot, también a ti los perros te lamerán la sangre" (1 Re 21,17ss).

En otra ocasión, el rey Ocozías, enfermo, envía a consultar a un dios pagano. Elías interviene de nuevo:

"¿Es que no hay rey en Israel para que mandes a consultar a Belcebú? Por eso, así dice el Señor: No te levantarás de la cama donde te has acostado. Morirás sin remedio" (2 Re 1,3-4).

Esta formulación tan sucinta la encontramos también en Amós cuando se enfrenta con el sumo sacerdote de Betel, Amasías:

"Escucha la palabra del Señor. Tú dices: "No profetices". Pues, bien, así dice el Señor: Tu mujer será deshonrada, tus hijos e hijas caerán a espada; tu tierra será repartida a cordel, tú morirás en tierra pagana" (Am 7, 16-17).

En estos tres casos, aunque las situaciones son muy distintas, se emplea siempre la misma estructura. Denuncia («asesinar y robar», «consultar a Belcebú», «prohibir profetizar») y anuncio del castigo (que es siempre la pena de muerte), precedido por la llamada «fórmula del mensajero» («así dice el Señor»).

Como indica Wextermann, nos encontramos en un ambiente de juicio, con una falta, un juez y una sentencia. La falta denunciada consiste en la transgresión del antiguo derecho divino. El juez es siempre el mismo Dios, guardián del derecho, que puede actuar incluso contra el rey, su vasallo. La sentencia es en los tres casos la pena de muerte. Pero el mensajero (Elías o Amós) no posee poder ejecutivo y el efecto de la sentencia queda en suspenso (al contrario de lo que ocurre en la maldición mágica, que se supone de efecto inmediato); tendrá lugar más tarde, dentro de un plazo relativamente breve.

De lo anterior no debemos deducir que el profeta, al condenar a un individuo, se atenga siempre a este mismo esquema, sin poder modificarlo. A veces recurre a metáforas para desarrollar el anuncio del castigo, como hace Isaías en su oráculo contra el mayordomo de palacio, Sobna:

"Así dice el Señor de los ejércitos:
Anda, ve a ese mayordomo de palacio, a Sobna,
que se labra en lo alto un sepulcro
y excava en la piedra una morada:
¿Qué tienes aquí, a quién tienes aquí,
que te labras aquí un sepulcro?
Mira: el Señor te aferrará con fuerza
y te arrojará con violencia,
te hará dar vueltas y vueltas como un aro,
sobre la llanura dilatada.
Allí morirás, allí pararán tu carroza de gala,
baldón de la corte de tu señor" (Is 22, 15-18).

El oráculo de condenación individual es breve, directo, se pronuncia en presencia del interesado, que escucha la sentencia. El oráculo de condenación colectiva se dirige a todo el pueblo, a un grupo o a las naciones extranjeras y aparece como un desarrollo del anterior, con un horizonte más amplio.

La acusación abarca una multitud o una serie de faltas. Generalmente consta de dos miembros: el primero denuncia de forma general, el segundo ataca un pecado concreto. Por ejemplo:

"A Damasco, por tres delitos
y por cuatro, no le perdonaré.
Porque trilló a Galaad
con trillos de hierro (Am 1,3).

A Gaza, por tres delitos

y por cuatro, no le perdonaré.
Porque hicieron prisioneros en masa
y los vendieron a Edom" (Am 1,6).

El anuncio del castigo también tiene dos partes: intervención de Dios y consecuencias:

"Romperé los cerrojos de Damasco
y aniquilaré a los jefes de Valdelito
y al que lleva cetro en Casa Delicias,
y el pueblo sirio irá desterrado a Quir" (Am 1,5).

El oráculo individual es vivo, inmediato; el colectivo se vuelve más literario y, con ello, más libre y extenso. La creatividad del profeta le induce a introducir cambios en la estructura fundamental. Por ejemplo, no es raro que invierta el orden de los elementos, situando el anuncio de castigo antes de la acusación, o las consecuencias antes de la intervención de Dios. Esta misma creatividad hace que el profeta amplíe a veces el esquema primitivo, hasta el punto de que en Jeremías y Ezequiel resulta casi irreconocible.

En tan pocas páginas no se puede describir la riqueza del lenguaje profético. Por otra parte, nos hemos limitado a los géneros que emplean, sin descender a otros detalles estilísticos quizá más importantes, pero que habría que analizar caso por caso. Un lector con sensibilidad literaria habrá advertido en lo anterior numerosos detalles de interés y encontrará otros muchos en las páginas que siguen.

5. Los medios de comunicación:

2) Las acciones simbólicas

Para transmitir su mensaje, los profetas no se limitan a la palabra. A veces la acompañan de gestos y acciones para darle más fuerza. Partamos de un ejemplo concreto.

> *"Un día salió Jeroboán de Jerusalén y el profeta Ajías de Siló, envuelto en un manto nuevo, se lo encontró en el camino; estaban los dos solos, en descampado. Ajías agarró su manto nuevo, lo rasgó en doce trozos y dijo a Jeroboán: Cógete diez trozos, porque así dice el Señor, Dios de Israel: Voy a arrancarle el reino a Salomón y voy a darte a ti diez tribus"* (1 Re 11,29-31).

¿Para qué destrozar un manto nuevo? ¿O descuartizar una pareja de bueyes (1 Sm 11,6-7)? ¿O tirar unas flechas por la ventana (2 Re 13, 14-19), cargar con un yugo al cuello (Jr 27, 1-3.12), o dibujar una ciudad en un ladrillo (Ez 4, 1-3)? Para una mentalidad práctica, la acción simbólica parece una pérdida absurda de tiempo, energías y dinero. Podría haberse transmitido el mismo mensaje sin necesidad de ese despilfarro.

Sin embargo, no es así. Las palabras serían las mismas. Pero la fuerza expresiva, la capacidad de atraer la atención del oyente, es mucho mayor en la acción simbólica. Visualizan algo que las palabras sólo pueden enunciar con frialdad. «Se meten por los ojos».

Quizá por ello los profetas emplearon a veces este tipo de acciones, aunque tenemos la impresión de que estuvieron bastante condicionados por el gusto de la época. Por ejemplo, entre los profetas del siglo VIII es difícil encontrarlas, mientras son frecuentes en Jeremías y Ezequiel, profetas de finales del siglo VII y comienzos del VI. Esto demuestra que la importancia de las acciones simbólicas es relativa; juegan un papel secundario dentro del modo de expresarse de los profetas. A pesar de todo merece la pena conocerlas más de cerca.

En la mayoría de los relatos sobre acciones simbólicas podemos encontrar, según Fohrer, seis elementos:

La **orden** de ejecutarla; viene siempre de Dios y este mandato, introducido por la fórmula del mensajero («así dice el Señor»), es para el profeta un elemento decisivo, que exige obediencia.

El **relato** puede ser muy variado; en más de la mitad de los casos no se cuenta la ejecución de la acción simbólica, se da por supuesta.

La **interpretación** se da mediante palabras que desvelan el sentido de lo realizado; este elemento es esencial, para evitar interpretaciones erróneas.

Los **testigos oculares**. Si exceptuamos ciertos casos de Jeremías y Ezequiel, aparecen mencionados con mucha frecuencia; cuando faltan es por buenas razones, como en la mudez de Ezequiel, que sólo tiene sentido para el profeta.

El **compromiso de Dios** a ejecutar lo simbolizado.

El **nexo** entre la acción simbólica y lo simbolizado.

No siempre se dan todos los elementos. Pero esto es secundario. Lo importante es conocer algunos ejemplos concretos.

> *El Señor me dijo: Vete a comprar una jarra de loza; acompañado de algunos concejales y sacerdotes, sal hacia al valle de Ben Hinnón, adonde la Puerta de los Cascotes, y proclama allí lo que te diré. Rompe la jarra en presencia de tus acompañantes y diles: Así dice el Señor de los ejércitos: Del mismo modo romperé yo a este pueblo y a esta ciudad; como se rompe un cacharro de loza y no se puede recomponer* (Jr 19, 1-2.10-11).

Se trata de un caso interesante, en el que todos los elementos quedan incluidos dentro de la orden de Dios; en ella se habla de la presencia de testigos, se interpreta el sentido de la acción, el Señor se compromete a cumplir lo simbolizado y existe relación entre la acción simbólica y el futuro anunciado (romper la jarra, romper a la ciudad). Sólo falta el relato de la realización, que el profeta considera innecesario.

A continuación nos fijaremos en una cadena de acciones simbólicas realizadas por Ezequiel, todas ellas relacionadas entre sí, y que encuentran un final sorprendente en la interpretación. El texto, que ha sufrido numerosos añadidos y comentarios, lo reduzco a su probable formulación primitiva:

> *"Y tú, hijo de Adán, coge un adobe,*
> *póntelo delante y graba en él una ciudad,*

ponle cerco, construye torres
de asalto contra ella,
y haz un terraplén contra ella;
pon tropas contra ella
y emplaza arietes a su alrededor (4,1-2).

Y tú, coge trigo y cebada,
alubias y lentejas, mijo y escanda;
échalo todo en una vasija
y con ello hazte de comer.
Comerás tasado tu alimento:
una ración diaria de ocho onzas (=250 gramos),
a una hora fija la comerás.
Beberás el agua medida:
la sexta parte de una cantarilla,
a una hora fija la beberás (4,9-11).

Y tú, hijo de Adán, coge una cuchilla afilada,
coge una navaja barbera
y pásatela por la cabeza y por la barba.
Después coge una balanza y haz porciones.
Un tercio lo quemarás en la lumbre
en medio de la ciudad
un tercio lo sacudirás con la espada,
un tercio lo esparcirás al viento (5,1-2).

Dirás a la casa de Israel:
Esto dice el Señor:
Se trata de Jerusalén:
la puse en el centro de los pueblos,
rodeada de países,
y se rebeló contra mis leyes y mandatos
pecando más que otros pueblos,
más que los países vecinos.
Por eso, así dice el Señor:
Aquí estoy contra ti para hacer justicia en ti
a la vista de todos los pueblos.
Por tus abominaciones
haré en ti cosas que jamás hice
ni volveré a hacer.
Te haré escombros a la vista de los que pasen.
Serás escarnio y afrenta para los pueblos vecinos,
cuando haga en ti justicia con castigos terribles.
Yo, el Señor, lo he dicho" (5,5-6.8-9.14-15).

Hay que colocarse en la situación que presupone el libro. Ezequiel se encuentra deportado en Babilonia, junto con otros paisanos judíos. Estos esperan que su trágica situación pase pronto y puedan volver a la tierra prometida. Lo inimaginable es que Jerusalén pueda sufrir una nueva desgracia. En este ambiente, Ezequiel comienza su acción cogiendo un ladrillo y grabando en él el escueto plano de una ciudad, que luego

asedia con torres, terraplenes y tropas. Como un niño que juega con sus ejércitos de plástico. Los espectadores saben que no se trata de un juego de niños. Y piensan que esa ciudad sitiada debe ser su mortal enemiga, Babilonia. El profeta no dice nada. Sigue con una nueva acción relacionada con el asedio: el hambre. Y añade una tercera, que sugiere las terribles consecuencias de la caída de la ciudad: un tercio de la población muere en el incendio, un tercio muere a espada, un tercio se dispersa huyendo. Los paisanos han comprendido la relación entre las distintas acciones. Pero seguro que las han interpretado mal, depositando en ellas falsas esperanzas. Por eso es imprescindible la interpretación, que evita los malentendidos: «Se trata de Jerusalén». Las palabras siguientes no se detienen en explicar el sentido de las acciones, obvio para los espectadores, sino en justificar la actitud de Dios con la capital.

En los pasajes anteriores predomina el elemento visual. A veces, el relato de la acción simbólica adquiere un tinte más literario u oratorio, con claro predominio de la palabra. Es lo que ocurre en este otro texto de Ez 21, 24-27:

> *"Y tú, hijo de Adán, traza dos rutas para la espada del rey de Babilonia; las dos arrancarán del mismo país. Pon una señal en el arranque de cada ruta para la espada: 'A Rabat de los amonitas; a Judá, que tiene en Jerusalén su plaza fuerte'. Ha hecho alto el rey de Babilonia en la bifurcación de la calzada, donde se dividen las dos rutas, para consultar el vaticinio: baraja las flechas, pregunta a los ídolos, inspecciona el hígado. Ya tiene en su mano derecha el vaticinio: ¡A Jerusalén! ¡A prorrumpir en alaridos y lanzar gritos de algazara, a emplazar arietes contra las puertas, a hacer un terraplén y construir torres de asalto!"*

De nuevo juega el profeta con el elemento sorpresa. El rey de Babilonia está a punto de comenzar su campaña anual. Y se le trazan dos posibilidades: contra los amonitas, contra los judíos. Los espectadores esperan lo primero. En este momento, la acción simbólica se convierte en descripción literaria, con tensión creciente. El lector contiene el aliento cuando el rey «hace alto en la bifurcación de la calzada». Es preciso leer el texto despacio, dando tiempo a la imaginación para ver cómo se barajan las flechas, se consulta a los ídolos, se inspecciona el hígado de un animal muerto. Hasta que, finalmente, se obtiene la respuesta, contraria a los deseos del espectador: «¡A Jerusalén!» Magnífico ejemplo de la libertad con que emplean los profetas las estructuras literarias habituales.

En los ejemplos citados, se emplean elementos externos para simbolizar algo: un adobe, alimentos de diverso tipo, un cinturón de lino. Hay casos en que la misma persona del profeta se convierte en objeto central de la acción. Es lo que le ocurre a Isaías en el relato del capítulo 20. Para entenderlo conviene cambiar el orden de los versos, restituyendo su orden cronológico. Todo comienza con un mandato impensable de Dios: -«Anda, desátate el sayal de la cintura, quítate las sandalias de los pies. El lo hizo y anduvo desnudo y descalzo».

Es difícil imaginar a un personaje como Isaías, tan sobrio y casi hierático, paseando de esta forma por Jerusalén durante meses y meses. ¿Qué quiere expresar con ello? La respuesta tiene lugar mucho más tarde:

> *El año en que el general enviado por Sargón, rey de Asiria, llegó a Azoto, la atacó y la conquistó. Entonces el Señor habló por Isaías, hijo de Amós:*

Como mi siervo Isaías ha caminado desnudo y descalzo durante tres años, como signo y presagio contra Egipto y Cus [= Etiopía], *así el rey de Asiria conducirá a los cautivos de Egipto y a los deportados de Cus, jóvenes y viejos, descalzos y desnudos. Sentirán miedo y vergüenza por Cus, su confianza, y por Egipto, su orgullo. Y aquel día los habitantes de esta costa dirán: Ahí tenéis a los que eran nuestra confianza, a los que acudíamos en busca de auxilio para que nos libraran del rey de Asiria; pues nosotros, ¿cómo nos salvaremos?*

Nos encontramos en el año 715 a.C. cuando Isaías comienza su acción simbólica. Desde el 734, Judá está pagando tributo a Asiria. Políticos y pueblo desean liberarse de ese yugo. Cuentan con la ayuda de egipcios y etíopes para levantarse contra sus dominadores. Pero Isaías desconfía de ellos y adopta la costumbre de marchar por Jerusalén desnudo y descalzo, igual que los prisioneros de guerra. El sentido queda claro dos años más tarde, 713, cuando las tropas asirias conquistan Azoto, demostrando con ello su superioridad. La rebelión es un locura, como ha estado sugiriendo Isaías desde el comienzo.

Otras veces es la forma de vida del profeta, o ciertas actitudes concretas, las que se convierten en símbolo de un trágico futuro. Es lo que ocurre en la triple orden que recibe Jeremías de Dios (16, 1-9):

Me vino la palabra del Señor:

No te cases, no tengas hijos ni hijas en este lugar. Porque así dice el Señor a los hijos e hijas nacidos en este lugar, a las madres que los parieron, a los padres que los engendraron en esta tierra: Morirán de muerte cruel, ni serán llorados ni sepultados (...).

Así dice el Señor:

No entres en casa donde haya luto,
no vayas al duelo, no les des el pésame,
porque retiro de este pueblo -oráculo del Señor-
mi paz, misericordia y compasión.
Morirán en esta tierra grandes y pequeños,
no serán sepultados ni llorados,
ni por ellos se harán incisiones
o se raparán el pelo;
no asistirán al banquete fúnebre
para darle el pésame por el difunto,
ni les darán la copa del consuelo
por su padre o su madre.
No entres en la casa
donde se celebra un banquete
para comer y beber con los comensales;
porque así dice el Señor de los ejércitos,
Dios de Israel:
Yo haré cesar en este lugar,
en vuestros días, ante vosotros,
la voz alegre, la voz gozosa,
la voz del novio, la voz de la novia.

Para completar estas ideas sobre las acciones simbólicas nos fijaremos en dos cuestiones:

a) ¿Se trata de acciones reales o de ficción literaria?

Algunos autores consideran de interés secundario esta pregunta. A principios de siglo escribía Tobac: «Sea real o ficticia la acción simbólica, el resultado desde el punto de vista de la enseñanza es sensiblemente el mismo, y no perdemos mucho al no poder determinar siempre con exactitud su carácter». Van den Born también subraya que para el fin esencial –simbolizar lo que Dios hará– no es imprescindible que se ejecute la acción. Es suficiente «contarla». Sin embargo, otros comentaristas consideran muy probable que fuesen llevadas a cabo. Según Fohrer, no existen motivos válidos para dudar de la historicidad de los relatos y ofrece en favor de ella los siguientes argumentos:

- el mandato divino es tan serio que se supone que el profeta lo cumplirá; aunque en más de la mitad de los casos no se cuente la ejecución de la orden, esto no prueba que se trate de ficciones literarias;

- el hecho de que los espectadores exijan a Ezequiel una interpretación de sus acciones demuestra que éstas son reales.

- los relatos ofrecen pormenores de la vida diaria;

- la acción simbólica debe ser un signo para el pueblo, y esto requiere que sean llevadas a cabo;

- muchas acciones se realizan en circunstancias históricas concretas y muy importantes.

Estoy básicamente de acuerdo con Fohrer, pero no tendría inconveniente en admitir que algunas de ellas son mera creación literaria.

b) Acción simbólica y magia.

Para algunos comentaristas, como Van de Born, las acciones simbólicas de los profetas son los últimos vestigios de las prácticas mágicas. Fohrer lo niega por los siguientes motivos:

- El origen de la acción simbólica es una orden de Dios y no el deseo del profeta ni la voluntad de otros hombres. Es raro que falte este mandato.

- La interpretación que da el profeta demuestra que la acción simbólica no se asemeja a la magia, que opera por su propia fuerza. Ordinariamente, la acción mágica carece de interpretación.

- La garantía divina de que ejecutará lo simbolizado la diferencia aún más de la magia, donde nunca estamos seguros del resultado. En la acción simbólica, el elemento mágico queda dominado, porque es el poder de Dios el que opera en la realidad humana.

- Los profetas no deseaban las calamidades simbolizadas; en los magos ocurre lo contrario.

- La magia procede generalmente con un ritual complicado, del que no encontramos huella en los profetas.

- La acción mágica pretende modificar el curso del destino. La simbólica, por el contrario, revelar los planes de Dios; no intenta modificarlos, sino que el hombre se someta a ellos.

«Entre la magia y el profetismo bíblico existe todo el abismo que separa la voluntad o el deseo del hombre de la voluntad de Dios, a menudo incondicional. La religión bíblica constituye probablemente la confrontación más decisiva con la magia que conoció la Antigüedad. Representa la oposición decidida a las recetas humanas para evadirse de la gracia divina, protectora y creadora de un mundo nuevo» (Ramlot).

* * *

Nuestro conocimiento de los profetas de Israel se basa en dos clases de documentos: los relatos contenidos en los libros de Samuel, Reyes y Crónicas y los llamados libros proféticos. Los problemas que plantean son muy distintos y conviene conocerlos aunque sea de forma somera.

6. Las narraciones sobre profetas

Nos ponen en contacto con numerosos personajes (reales o ficticios) de interés para los primeros siglos del profetismo y con otros posteriores que no dejaron obra escrita. Son los siguientes:

Samuel (1 Sm 1-3; 7-13; 15-16; 28,3-5).
Gad (1 Sm 22,5; 2 Sm 24).
Natán (2 Sm 7; 12; 1 Re 1,11-48).
Ajías de Siló (1 Re 11, 29-39; 14,1-8).
Samayas (1 Re 12,21-24; 2 Cr 12,5-8).
Un profeta anónimo (1 Re 13).
Jehú, hijo de Jananí (1 Re 16,1-4; 2 Cr 19,1-3).
Un profeta anónimo (1 Re 20,13-28).
Uno de la comunidad de profetas (1 Re 20, 35-43).
Miqueas ben Yimlá (1 Re 22).
Elías (1 Re 17-19; 21; 2 Re 1)
Eliseo (2 Re 2; 3,4-27; 4,1-8,15; 9,1-10; 13,14-21).
Julda (2 Re 22,13-20).
Azarías, hijo de Oded (2 Cr 15,1-8).
Jananí (2 Cr 16,7-10)
Yajziel (2 Cr 20, 13-17)
Azarías, hijo de Yehoyadá (2 Cr 24,17-22)
Un profeta anónimo (2 Cr 25,5-10).
Otro profeta anónimo (2 Cr 25,5-10).
Otro profeta anónimo (2 Cr 25,14-16).
Oded (2 Cr 28,9-13).

Una lectura rápida de estos textos bastaría para advertir grandes diferencias entre ellos. A veces se trata de notas brevísimas; en otros se cuentan simples anécdotas; algunos presentan los hechos con sentido dramático y profundidad religiosa. Cada vez existe menos unanimidad en la forma de clasificarlos. Pero, sin entrar en profundidades, al lector puede ayudarle la división en tres grupos propuesta por Jepsen:

a) Un primer bloque de textos presenta a estos profetas a la luz de la historia, destacando su interés por la política exterior o interior; el profeta aparece como un hombre que aconseja al rey o le reprende, interviene en la guerra, fomenta la subida al trono de un personaje, etc. Por ejemplo, cuando el profeta Gad aconseja a David que abandone el refugio del desierto y se asiente en territorio de Judá (1 Sm 22,5), Natán condena a David por su adulterio y asesinato (2 Sm 12) y más tarde interviene de manera decisiva en la subida al trono de Salomón (1 Re 1,15-48); o cuando Eliseo interviene de forma indirecta en la unción de Jehú como rey (2 Re 9).

b) El segundo abarca leyendas proféticas, embellecidas por la tradición oral y, en ciertos casos, inventadas por ella. En este segundo grupo tiene más importancia el ideal del profeta que la realidad histórica. Aunque algunos de estos textos se fijan en intervenciones políticas de los profetas, su interés se centra en el aspecto humano, especialmente en sus numerosos milagros. Es típico de muchos de estos relatos subrayar el poder profético de adivinación. Es conveniente advertir que estos relatos no siempre contienen datos históricos para evitar interpretaciones erróneas. En su libro ¿Por qué no soy cristiano? aduce Bertrand Russel la siguiente tradición profética:

> *Subió Eliseo desde Jericó a Betel, y según subía por el camino salieron del poblado unos chiquillos, que se burlaban de él:*
>
> *¡Sube, calvo! ¡Sube, calvo!*
>
> *Eliseo se volvió, se les quedó mirando y los maldijo invocando al Señor. Entonces salieron de la espesura dos osas que despedezaron a cuarenta y dos de aquellos niños* (2 Re 2,23-24).

Si se interpreta el relato al pie de la letra, como un hecho histórico, es para escandalizar a cualquiera y decidir, como Russel, no creer en ese Dios. Pero lo que tenemos ante nosotros es una simple leyenda que intenta inculcar respeto a la persona del profeta y subrayar el poder de su palabra. Desde luego, la leyenda es bastante desafortunada; corresponde a una concepción religiosa muy primitiva, nada semejante a la cristiana. Y también es de tremenda ingenuidad. Porque dos osas podrán matar a cuatro o cinco niños; los restantes habrían huido inmediatamente. Quien inventó la historia entendía muy poco de osas y mucho menos de niños. Y lo que es peor, tampoco conocía bien a Eliseo, ese personaje tan preocupado por la gente pobre y sencilla, a los que alimenta, cuida y protege. Habría sido incapaz de maldecir a unos niños porque se burlasen de él. Este ejemplo nos demuestra que las tradiciones de este grupo debemos leerlas con ciertas reservas desde el punto de vista histórico y no escandalizarnos ni entusiasmarnos demasiado con ellas.

c) El tercer grupo está formado por discursos de profetas, que sintentizan en pocas palabras su mensaje; quizá porque estos hombres sólo tuvieron una o dos

intervenciones, quizá porque no se conservó nada más de ellos. Pero también es posible que tales discursos fuesen creados por los historiadores posteriores, para ir dando una visión teológica de los acontecimientos o para justificar en nombre de Dios determinados hechos posteriores. Un ejemplo típico lo encontramos en 1 Sm 2,27-36:

> *"Un profeta se presentó a Elí y le dijo:*
>
> *Así dice el Señor: Yo me revelé a la familia de tu padre cuando eran todavía esclavos del Faraón en Egipto. Entre todas las tribus de Israel me lo elegí para que fuera sacerdote, subiera a mi altar, quemara mi incieso y llevara el efod en mi presencia, y concedí a la familia de tu padre participar en las oblaciones de los israelitas. ¿Por qué habéis tratado con desprecio mi altar y las ofrendas que mandé hacer en mi templo? ¿Por qué tienes más respeto a tus hijos que a mí, cebándolos con las primicias de mi pueblo, Israel, ante mis ojos?*
>
> *Por eso, oráculo del Señor, Dios de Israel, aunque yo te prometí que tu familia y la familia de tu padre estarían siempre en mi presencia, ahora – oráculo del Señor– no será así. Porque yo honro a los que me honran y serán humillados los que me desprecian. Mira, llegará un día en que arrancaré tus brotes y los de la familia de tu padre, y nadie llegará a viejo en tu familia. Mirarás con envidia todo el bien que voy a hacer; nadie llegará a viejo en tu familia. Y si dejo a alguno de los tuyos que sirva a mi altar, se le consumirán los ojos y se irá acabando; pero la mayor parte de tu familia morirá a espada de hombres. Será una señal para ti lo que les va a pasar a tus dos hijos, Jofní y Fineés: los dos morirán el mismo día.*
>
> *Yo me nombraré un sacerdote fiel, que hará lo que yo quiero y deseo; le daré una familia estable y vivirá siempre en presencia de mi ungido. Y los que sobrevivan de tu familia vendrán a prosternarse ante él para mendigar algún dinero y una hogaza de pan, rogándole: 'Por favor, dame un empleo cualquiera como sacerdote para poder comer un pedazo de pan'."*

En principio podríamos pensar que se trata de un discurso histórico pronunciado por un profeta desconocido. Nadie debe extrañarse de que alguien se levante en nombre de Dios contra los pecados de la familia del sumo sacerdote Elí. Pero al final del discurso encontramos un dato sorprendente: se anuncia que la dinastía sacerdotal de Elí será sustituida por otra que «vivirá siempre en presencia de mi ungido». Ya que el ungido es el rey, se habla de una familia sacerdotal al servicio de los monarcas. Pero en tiempos de Elí no existe monarquía ni se piensa todavía en ella. Se trata, pues, de un discurso creado posteriormente, cuando ya se sabía que la familia de Elí había pasado a segundo plano, siendo sustituída en importancia por la de Sadoc. Esto ocurrió muchos años más tarde, cuando Salomón desterró al sacerdote Abiatar, descendiente de Elí, por haberse puesto en contra de su nombramiento como rey. El autor de la Historia deuteronomista (que abarca los libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes) ha creado la figura de este profeta anónimo y le ha puesto un discurso en la boca para anticipar los acontecimientos y justificarlos como voluntad de Dios.

Este ejemplo no debe provocar en el lector una sospecha absoluta con respecto a todos los discursos de profetas pertenecientes a este bloque (1 Sm 2,27-36; 13,10-14; 15; 1 Re 11,29-39; 14,1-16; 16,1-4, etc.), pero sí precaverle para valorarles rectamente.

Los grupos de textos que hemos considerado en este apartado son muy importantes para conocer la historia del profetismo en sus orígenes y primeros siglos de existencia. Pero la aportación capital de los profetas se nos ha transmitido en los libros que analizaremos a continuación.

7. Los libros proféticos: su formación

La Biblia hebrea incluye en este bloque los libros de Isaías, Jeremías, Ezequiel y los Doce (Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahún, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías, Malaquías). La traducción griega de los Setenta (LXX) realiza algunos cambios de orden dentro de los Doce (Oseas, Amós, Miqueas, Joel, Abdías, Jonás, etc.), y los sitúa antes de Isaías. Por otra parte, después de Jeremías introduce Baruc, Lamentaciones y la Carta de Jeremías (= capítulo 6 de Baruc en muchas ediciones actuales). Estos añadidos resultan comprensibles: Baruc fue secretario de Jeremías; las Lamentaciones las atribuyen los LXX a este gran profeta. No es raro que ambas obras fuesen situadas después de su libro. En realidad, el libro de Baruc no lo escribió el discípulo de Jeremías, y las Lamentaciones no son suyas. Pero estos detalles no se conocían en siglos pasados.

Por último, nuestras ediciones acostumbran incluir entre los libros proféticos a Daniel, aunque los judíos lo colocan entre los «otros escritos» (Ketubim). La decisión actual parece acertada ya que Daniel es, al menos en parte, el representante más genuino de la literatura apocalíptica, hija espiritual de la profecía.

El principal problema que plantea esta serie de libros es el de su formación. La cuestión es tan complicada que podríamos dedicar muchas páginas a un solo libro. Nos contentaremos con unas ideas generales.

Nosotros estamos acostumbrados a atribuir una obra literaria a un solo autor, sobre todo, si al principio nos da su nombre, como ocurre en los libros proféticos. Pero en este caso no es cierto que todo el libro proceda de la misma persona. Podemos comenzar recordando el ejemplo más sencillo: Abdías. Este profeta no escribió un libro ni un folleto; una sola página con veintiún versos resume toda su predicación. Sería normal atribuirle estas pocas líneas sin excepción. No obstante, los comentaristas coinciden en que los versos 19-20, escritos en prosa, fueron añadidos posteriormente; el estilo y la temática los diferencian de lo anterior. ¿Quién insertó estas palabras? No lo sabemos. Quizá un lector que vivió varios siglos después de Abdías.

Si el mensaje más breve de toda la Biblia plantea problemas insolubles, los 66 capítulos de Isaías, 52 de Jeremías o 48 de Ezequiel son capaces de desesperar al más paciente. Hay que renunciar por principio a comprenderlo todo. Limitándonos a ideas generales y, simplificando mucho, podemos indicar las siguientes etapas en la formación de los libros proféticos:

a) ***La obra original del profeta***. Normalmente, lo primero sería la palabra hablada, pronunciada directamente ante el público, a la que seguiría su consignación por escrito. A veces, entre la proclamación del mensaje y su redacción pudieron transcurrir incluso varios años, como sugiere el capítulo 36 de Jeremías. Este relato es el más sugerente sobre los primeros pasos en la formación de un libro profético. Tras situarnos en el año 605 a.C. («el año cuarto de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá»), nos dice que el profeta recibió la siguiente orden del Señor:

> *"Coge un rollo y escribe en él todas las palabras que te he dicho sobre Judá y Jerusalén y sobre todas las naciones, desde el día en que comencé a hablarte, siendo rey Josías, hasta hoy. (...).*
>
> *Entonces Jeremías llamó a Baruc, hijo de Nerías, para que escribiese en el rollo, al dictado de Jeremías, todas las palabras que el Señor le había dicho"* (36,1-4).

A un hombre actual puede extrañarle que se deje pasar tanto tiempo entre la predicación y la redacción escrita. Si Jeremías recibió la vocación el año 627 a.C., como parece lo más probable, resulta curioso que sólo reciba orden de escribir el contenido esencial de su mensaje veinteidós años más tarde. Pero la mentalidad de la época era distinta. Recordemos que, siglos más tarde, Jesús no dejará una sola palabra escrita. Volviendo a Jeremías, el volumen dictado a Baruc corre un destino fatal. Tras ser leído en presencia de todo el pueblo, luego ante los dignatarios, termina tirado al fuego por el rey Joaquín. Pero Dios no se da por vencido y ordena al profeta: «Toma otro rollo y escribe en él todas las palabras que había en el primer rollo, quemado por Joaquín» (v. 28). El capítulo termina con este interesante dato:

> *"Jeremías tomó otro rollo y se lo entregó a Baruc, hijo de Nerías, el escribano, para que escribiese en él, a su dictado, todas las palabras del libro quemado por Joaquín, rey de Judá. Y se añadieron otras muchas palabras semejantes"* (v. 32).

Entre el primer volumen y el segundo existe ya una diferencia. El segundo es más extenso. Contiene el núcleo básico del futuro libro de Jeremías. Los comentaristas han hecho numerosos intentos para saber cuáles de los capítulos actuales se encontraban en aquel volumen primitivo. No existe acuerdo entre ellos, y carece de sentido perderse en hipótesis. Lo importante es advertir que el libro de Jeremías se remonta a una actividad personal del profeta.

Algo parecido debió de ocurrir con Isaías, Amós, Oseas, etc. Es probable que la palabra hablada diese lugar a una serie de hojas sueltas, que más tarde se agrupaban formando pequeñas colecciones: el «Memorial sobre la guerra siroefraimita» (Is 6,1-8,14), el «Librito de la consolación» (Jr 30-32), los oráculos «A la casa real de Judá» (Jr 30-32), los oráculos «A la casa real de Judá» (Jr 21,11-23,6), «A los falsos profetas» (Jr 23,9-32), «Sobre la sequía» (Jr 14), etc.

Hasta ahora nos hemos fijado en la palabra profética que fue consignada por escrito después de ser pronunciada oralmente. No podemos olvidar que en ciertos casos el proceso es inverso: primero se escribe el texto, luego se proclama. En este apartado adquieren especial relieve los relatos de vocación (Jr 1,4-10; Ez 1,3), las llamadas «Confesiones de Jeremías», los relatos de acciones simbólicas no realizadas (ya hemos contado con esta posibilidad).

Y dentro de esta misma línea podríamos llegar a admitir que algunos profetas más que predicadores fueron escritores. Este caso se ha presentado con especial agudeza a propósito de los capítulos 40-55 de Isaías («Deuteroisaías»); muchos comentaristas creen que su autor fue un gran poeta que redactó su obra por escrito, comunicándola oralmente sólo en un segundo momento. También el gran ciclo de las «visiones» de Zacarías parece más obra literaria que redacción posterior de una palabra hablada.

b) ***La obra de los discípulos y seguidores del profeta***.. Con lo anterior no quedaron terminados, ni de lejos, los actuales libros proféticos. Les faltaba mucho camino por recorrer. El siguiente paso lo dará un grupo muy complejo que, a falta de mejor término, calificó de discípulos y seguidores. Utilizó una expresión bastante ambigua para no inducir a error al lector. Nosotros estamos acostumbrados a una relación muy directa entre el maestro y el discípulo. Decimos, por ejemplo, que Julián Marías es discípulo de Ortega y Gasset. Pero nadie diría que García Morente fue discípulo de Kant, por mucho que estimase y conociese la obra de este filósofo. En nuestra mentalidad, para que alguien sea discípulo es preciso que haya existido un contacto físico, directo, unos años de compañía y aprendizaje.

Esta relación directa entre mestro y discípulos se dio también en algunos de los profetas. Isaías nos habla de ellos. Pero, en la redacción de los libros, intervendrá no sólo este tipo de discípulos, sino también personas muy alejadas temporalmente del profeta, aunque dentro de su esfera espiritual. Como si Unamuno hubiese podido refundir y completar la obra de Kierkegaard. Un ejemplo que puede parecer absurdo, pero que ilumina nuestro caso.

Discípulos y seguidores contribuyeron especialmente en tres direcciones: 1) redactando textos biográficos sobre el maestro; 2) reelaborando algunos de sus oráculos; 3) creando nuevos oráculos.

De lo primero tenemos un ejemplo notable en el relato del enfrentamiento de Amós con el sumo sacerdote de Betel, Amasías (Am 7,10-17). Es el único pasaje biográfico de todo el libro. Pero no fue escrito por Amós, ya que se habla de él en tercera persona:

Amasías, sacerdote de Betel, envió un mensaje a Jeroboán, rey de Israel:

"Amós está conjurando contra ti en medio de Israel; el país ya no puede soportar sus palabras. Así predica Amós: 'A espada morirá Jeroboán, Israel marchará de su país al destierro'.

Amasías ordenó a Amós:

Vidente, vete, escapa al territorio de Judá; allí puedes ganarte la vida y profetizar. Pero no vuelvas a profetizar contra Betel, que es el santuario real y nacional."

"Respondió Amós a Amasías:

Yo no soy profeta ni del gremio profético; soy ganadero y cultivo higueras. Pero el Señor me arrancó de mi ganado y me mandó ir a profetizar a su pueblo" (...).

Dentro de este aparatado de relatos biográficos escritos por los discípulos el caso más importante y extenso es el de los capítulos 34 a 45 de Jeremías, atribuidos generalmente a su secretario Baruc.

En segundo lugar nos referíamos a la reelaboración de antiguos oráculos del maestro. Un ejemplo iluminará este procedimiento. Hacia el año 725 a.C., el Reino Norte (Israel) decidió rebelarse contra Asiria. Para Isaías se trata de una locura que costará cara al pueblo. Así lo indica en el siguiente oráculo:

¡Ay de la corona fastuosa, de los ebrios de Efraín,
y de la flor caduca, joya de su atavío,
que está en la cabeza de los hartos de vino!
Mirad: un fuerte y robusto, de parte del Señor,
como turbión de granizo y tormenta asoladora,
como turbión de aguas caudalosas y desbordantes,
con la mano derriba al suelo
y con los pies pisotea
la corona fastuosa de los ebrios de Efraín
y la flor caduca, joya de su atavío,
que está en el cabezo del valle ubérrimo.
Será como una breve temprana:
que el primero que la ve,
apenas la coge, se la traga (Is 28,1-4).

La capital del Reino Norte, Samaría, es presentada por el profeta como una «corona fastuosa», una «flor», «joya del atavío» de los israelitas. Pero las autoridades insensatas, «hartos de vino», la están llevando a la ruina. Aunque el texto no habla expresamente de rebeliones ni revueltas, da a entender que el emperador asirio («un fuerte y robusto») pondrá término al esplendor de la ciudad: «Con la mano derriba al suelo y con los pies pisotea la corona fastuosa de los ebrios de Efraín».

Así ocurrió. El año 725 fue asediada Samaría, conquistada el 722, deportada el 720. Con ello se ha cumplido la palabra profética. Pero no era ésta la última palabra de Dios, porque El sigue fiel a su pueblo. Y un «discípulo» añade más tarde los versos 5-6, recogiendo las metáforas de la corona y la joya, aunque dándoles un sentido nuevo:

Aquel día será el Señor de los ejércitos
corona enjoyada, diadema espléndida
para el resto de su pueblo:
sentido de justicia
para los que se sientan a juzgar,
valor para los que rechazan
el asalto a las puertas.

Ahora se dirige a los israelitas del Norte una palabra de consuelo. El texto ya no habla de «hartos de vino», sino de hombres responsables, capaces de juzgar y defender a su pueblo. Y su timbre de gloria no es una ciudad, sino el mismo Señor, «corona enjoyada, diadema espléndida».

En el caso que acabamos de citar, la reelaboración no afecta directamente al texto primitivo. Lo respeta en su literalidad, aunque el añadido modifique o complete el sentido. Lo mismo ocurre en otro ejemplo, el magnífico poema de Is 14 sobre la derrota del tirano, que citaremos más adelante. Parece que esta terrible sátira fue escrita contra un rey asirio. Más tarde, cuando este Imperio desapareció de la historia, un «discípulo» consideró conveniente actualizar su sentido aplicándolo a los reyes babilonios. Para ello inserta el poema en medio de unas claras referencias a esta potencia:

Cuando el Señor te haya dado reposo
de tus penas y temores,
y de la dura esclavitud en que serviste,

entonarás esta sátira
contra el rey de Babilonia (Is 14,3-4a).

(Sigue el poema: Is 14,4b-21) y continúa:

Yo me levantaré contra ellos
-oráculo del Señor de los ejércitos-
y extirparé de Babilonia posteridad y apellido,
retoño y vástago,
la convertiré en posesión de erizos,
en agua estancada,
la barreré bien barrida,
hasta que desaparezca (Is 14,22-23).

A veces la reelaboración penetra en el texto primitivo. Puede tratarse de simples aclaraciones, que orienten al lector. Por ejemplo, en Is 7,7 dice el profeta que Dios hará subir contra Judá «las aguas del Eufrates, torrenciales e impetuosas». La metáfora era clara para sus contempóraneos. Pero pudo dejar de serlo años más tarde, y un glosador añadió: «El rey de Asiria, con todo su ejército».

Así queda claro el sentido de la crecida amenazadora del río Eufrates: no se trata de una catástrofe natural (imposible por otra parte: a los andaluces no puede afectarles una crecida del Ródano), sino de una invasión militar.

En otras ocasiones, estos añadidos que se insertan dentro del texto primitivo tienen una intención más profunda. Citaré como ejemplo el discutido caso de Is 7,15. El profeta, hablando con el rey Acaz, le da el famoso signo del nacimiento del Emanuel:

"Mirad: la joven está encinta y dará a luz un hijo,
y le pondrá por nombre Dios-con-nosotros.
Comerá requesón con miel, hasta que aprenda
a rechazar el mal y a escoger el bien.
Porque antes que aprenda el niño
a rechazar el mal y escoger el bien,
quedará abandonada la tierra
de los reyes que te hacen temer" (Is 7,14-16).

Prescindiendo de algunos complejos problemas de traducción en la última frase, hay algo que llama la atención en este texto. Su estructura es la siguiente: nacimiento, imposición del nombre, dieta del niño, explicación del nombre.

Parece claro que el v.15, referente a la dieta del niño («comerá requesón con miel hasta que aprenda a rechazar el mal y a escoger el bien») interrumpe la secuencia primitiva y ha sido añadido posteriormente. Así piensan, al menos, muchos comentaristas. Cuando nos encontramos ante un caso como éste no basta detectar el añadido posterior. Es preciso descubrir su sentido. En este ejemplo concreto, parece que la intención del glosador fue subrayar las características portentosas del niño, ya que se alimentaría con una dieta paradisíaca.

Rastrear las numerosas reelaboraciones del texto es una tarea interminable y que se presta, por desgracia, a mucho subjetivismo. Es fácil atribuir a un autor posterior los que en realidad procede del profeta.

Los discípulos y seguidores, además de redactar textos sobre la vida del maestro y de reelaborar sus oráculos, contribuyen creando nuevos poemas, mucho más numerosos de lo que cabría imaginar. Esta idea era impensable e inaceptable hace pocos años entre los católicos. Si al comienzo del libro de Isaías se dice: «Visión de Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y de Jerusalén...» (Is 1,1), la consecuencia lógica para nuestros antepasados era que todo el libro, desde el capítulo 1 hasta el 66, procedían del profeta Isaías. Quien lo negase, negaba la verdad de la palabra de Dios.

Hoy vemos las cosas de otra manera. La palabra de Dios es una realidad dinámica, y resultado secundario que todos los textos proceden del profeta Isaías o sólo algunos capítulos. Una obra es importante en sí misma, prescindiendo de quién la haya escrito. En términos musicales, la «Sinfonía de los juguetes» es hermosa, independientemente de que su autor sea Wolfgang Amadeus Mozart, como se pensó durante mucho tiempo, o su padre, Leopoldo Mozart.

c) ***La estructuración del libro*** . Todo el material anterior, acumulado a lo largo de años y siglos, debió de presentarse ante los redactores finales como un auténtico rompecabezas. ¿Cómo agruparlo y ordenarlo? Podemos decir que el criterio cronológico no les preocupó demasiado. Es cierto que los primeros capítulos de Isaías (1-5) parecen contener el mensaje de su primera época, y 28-33 el de sus últimos años. Algo parecido podríamos decir de Ez 1-24 (primera etapa) y 33-48 (segunda). Sin embargo, las excepciones son tantas que más bien debemos rechazar el criterio cronológico. Parece que el orden pretendido por los redactores fue más bien el temático y, dentro de éste, una división de acuerdo con el auditorio o los destinatarios. Así, en líneas generales, el resultado fue:

- oráculos de condenación dirigidos contra el propio pueblo

- oráculos de condenación dirigidos contra países extranjeros

- oráculos de salvación para el propio pueblo

- sección narrativa.

Pero no conviene absolutizar el esquema. Las excepciones superan con mucho a la regla. El libro que mejor se adapta a la estructura propuesta es el de Ezequiel. Bastante Jeremías, en el orden de los Setenta (LXX), que es distinto del de la Biblia hebrea. El caso de Isaías y de otros escritos es más complejo, aunque las ideas anteriores resultan útiles en muchos momentos para comprender su formación. Lo que no conviene olvidar, y esto es una conquista de los estudios más recientes sobre los libros proféticos, es la importancia capital de los redactores. Su labor no fue mecánica, de simple recogida y acumulación de textos. Sobre todo en algunos casos llevaron a cabo una auténtica tarea de filigrana, engarzando los poemas con hilos casi invisibles que reaparecen a lo largo de toda la obra. Analizar el libro de Isaías desde este punto de vista, como una ópera gigantesca con diversos temas que se entrecruzan y repiten, es una tarea apasionante, pero, por desgracia, tan complicada que cae fuera de las posibilidades de esta obra.

d) ***Los añadidos posteriores.*** Incluso después de las etapas que hemos reseñado, los libros proféticos siguieron abiertos a retoques, añadidos e inserciones. Tomando como ejemplo el libro de Isaías, después de estar estructurado su bloque inicial (capítulos 1,39) se añadieron los capítulos 40-66. Incluso es posible que lo último en formar parte del él fuera la llamada «Escatología» (cc. 24,27). Este proceso se repite en el libro de Zacarías, donde distinguiremos entre «Protozacarías» o «Primer Zacarías» (cc. 1-8) y «Deuterozacarías» (cc. 9-14), sin excluir que este último bloque sea obra de distintos autores.

Lo único que podemos asegurar es que hacia el año 200 a.C. los libros proféticos estaban ya redactados en la forma que los poseemos actualmente. Así se deduce de la cita que hace de ellos el Eclesiástico y de las copias encontradas en Qumrán.

8. Breve historia del movimiento profético

Aunque el Antiguo Testamento concede el título de «profeta» a Abrahán, María (la hermana de Moisés) y Débora, parece más seguro situar los comienzos del fenómeno profético hacia el siglo XI a.C., en tiempos de Samuel. En esta época inicial ofrece una imagen bastante curiosa y extraña. Se trata de grupos de personas que, mediante la música y la danza, entran en éxtasis (1 Sm 10,5-13) o en trance (1 Sm 19,18-24). Es posible que alentasen al pueblo a permanecer fieles al Señor y que acompañasen al ejército en sus batallas contra los filisteos. Pero su relación con los futuros profetas de Israel es mucho menor de lo que pudiéramos pensar. Según González Núñez no son profetas sino «testigos» de la presencia del Señor y auxiliares de los profetas. En realidad, no hablan en nombre de Dios, no anuncian el futuro, no son videntes, no hacen de intermediarios entre Dios y el pueblo; simplemente mantienen un quehacer religioso y llevan a cabo una forma de vida que lo facilita.

Samuel aparece en la tradición bíblica con rasgos muy diversos: héroe en la guerra contra los filisteos, juez que recorre Israel, vidente en relación con las asnas de Saúl. Ejerce también funciones sacerdotales, ofreciendo sacrificios de comunión y holocaustos. Pero lo que más subraya la tradición bíblica es su carácter profético: es el hombre que transmite la palabra de Dios. Este dato podemos observarlo ya en el capítulo sobre la vocación (1 Sm 3): advertimos un contacto nuevo y especial con Dios a través de su palabra, y se le encarga una tarea típicamente profética: anunciar el castigo de la familia sacerdotal de Elí. Por si no fuera suficientemente claro, el resumen final afirma: «Todo Israel, desde Dan hasta Berseba, supo que Samuel estaba acreditado como profeta del Señor» (1 Sm 3,20).

Otro rasgo profético de Samuel es su intervención en la política, ungiendo rey a Saúl. La tradición le hace ungir también a David cuando niño (1 Sm 16), pero esto quizá carezca de fundamento histórico. En cualquier caso, la unción de Saúl recuerda lo que hará Natán con Salomón (1 Re 1,11ss), el encargo que recibe Elías con respecto a Jehú (1 Re 19,16) y que ejecutará Eliseo a través de un discípulo (2 Re 9).

Por último, y más profético que lo anterior, es su denuncia del rey. En dos ocasiones se enfrenta Samuel a Saúl. La primera, con motivo de la batalla de Mikmás (1 Sm13,7b-15); la segunda, después de la guerra contra los amalecitas (1 Sm 15,10-23).

Ambos hechos, la unción del rey y la denuncia, plantean serios problemas históricos. Sobre el primero existen dos versiones, la monárquica y la antimonárquica.

Respecto al segundo es posible que exista un duplicado, ya que 1 Sm 15,10-23 parece desconocer 1 Sm 13,7b-15. De todas formas, parece claro que los autores bíblicos interpretaron a Samuel como el primer gran profeta.

Dada la imposibilidad de tratar con detenimiento cada uno de los profetas posteriores, indicaré las principales líneas de evolución hasta el siglo VIII a.C., época en que la profecía adquiere un rumbo nuevo. En estos siglos que van desde la instauración de la monarquía hasta la aparición de Amós podemos detectar tres pasos, muy relacionados con la acitud que el profeta adopta ante la figura del rey.

1. **El primer paso** podemos definirlo de cercanía física y distanciamiento crítico respecto al monarca. Los representantes más famosos de esta primera época son Gad y Natán. Gad interviene en tres ocasiones: aconsejando a David que vuelva a Judá (1 Sm 22,5), acusándolo de haber realizado el censo (2 Sm 24,11s) y ordenándole edificar un altar en la era de Ornán (2 Sm 24,18s). Desempeña, pues, una función de consejero de guerra, una función judicial y una función cultural. Es interesante notar que nunca se dirige al pueblo; siempre está en relación directa con David.

Natán tiene más importancia. Es el profeta principal de la corte en tres momentos decisivos de la vida de David: cuando pretende construir el templo (2 Sm 7), cuando comete adulterio con Bersabé y manda asesinar a Urías (2 Sm 12), cuando Salomón hereda el trono (1 Re 1,11-48).

Considerarlos profetas de la corte no es acusarlos de servirlismo, ya que nunca se vendieron al rey. Por eso podemos definir su postura de cercanía física y distanciamiento crítico.

2. **El segundo momento** se caracteriza por la lejanía física que se va estableciendo entre el profeta y el rey, aunque aquél sólo interviene en asuntos relacionados con el monarca. Un ejemplo significativo es el de Ajías de Siló, del que se conservan dos relatos (1 Re 11,29-39 y 14,1-8). En ambas ocasiones se dirige -directa o indirectamente- a Jeroboán I de Israel: la primera, para prometerle el trono; la segunda, para condenarlo por su conducta. Esto demuestra que el compromiso del profeta no es con el rey, sino con la palabra de Dios. Pero también resulta interesante comprobar que Ajías no vive en la corte ni cerca del rey. La primera vez le sale al encuentro en el camino, la segunda debe ir la esposa de Jeroboán a buscarlo.

Dentro de este apartado podemos clasificar también a Miqueas ben Yimlá, que sólo aparece en 1 Re 22, cuando Ajab de Israel se une a Josafat de Judá para luchar contra los sirios. Discuten los comentaristas si se trata de una persona real o ideal. En cualquier caso, el texto es muy interesante para la confrontación entre verdaderos y falsos profetas. Estos aparecen merodeando junto al rey, anunciando el éxito, deseando quedar bien. Miqueas no está presente; tiene que ir a buscarlo. Y no se compromete a nada, sólo a «decir lo que el Señor me mande» (v.14).

3. ***El tercer momento*** concilia la lejanía progresiva de la corte con el acercamiento cada vez mayor al pueblo. El ejemplo más patentes es el de Elías. En los casos de Ajías y Miqueas ben Yimlá, cuando el rey busca al profeta, lo encuentra. Con Elías no ocurre así, como reconoce Abdías: «No hay país ni reino a donde mi señor no haya enviado gente a buscarte.... Cuando yo me separe de ti, el espíritu del Señor te llevará no sé dónde, yo informaré a Ajab, pero luego no te encuentra, y me mata» (1 Re

18,10ss). Efectivamente, Elías nunca pisa el palacio de Ajab. Una vez le sale al encuentro «en la viña de Nabot» (1 Re 21). Y en la otra ocasión que se acerca a él, por mandato expreso del Señor, exige la presencia de todo el pueblo (1 Re 18,19). sus relaciones con Ocozías no fueron muy distintas; nadie puede obligarlo, ni siquiera por la fuerza, a presentarse ante el rey; él lo hará voluntariamente para anunciarle su muerte (2 Re 1). Por otra parte, Elías se acerca a la gente, como lo demuestra el episodio de la viuda de Sarepta (1 Re 17,9-24) y el juicio en el monte Carmelo (1 Re 18). Estos tímidos pasos serán continuados por Eliseo, el profeta más «popular» del Antiguo Testamento.

A partir de ahora, los profetas se dirigirán predominantemente al pueblo. No dejan de hablar al rey, ya que éste ocupa un puesto capital en la sociedad y la religión de Israel, y de su conducta dependen numerosas cuestiones. Pero se ha establecido un punto de contacto entre el movimiento profético y el pueblo, y ambos irán estrechando sus vínculos cada vez más.

En el siglo VIII surge un fenómeno totalmente nuevo dentro de la profecía: la aparición de profetas que nos dejan su obra por escrito. Por ello se les conoce como «profetas escritores», aunque el término clásico alemán Schriftpropheten debemos traducirlo más bien por «profetas con obra escrita».

¿Tiene un sentido especal esta consignación por escrito del mensaje profético? En principio podríamos atribuirlo simplemente a la difusión cada vez mayor de la escritura. Pero numerosos autores piensan que la causa es más profunda. Si el mensaje de los profetas a partir de Amós se conservó por escrito fue debido a que su palabra causó honda impresión en los oyentes. Habían escuchado algo nuevo, totalmente diverso de lo anterior, que no podía ser olvidado. Eso nuevo consistirá en el rechazo del «reformismo» para dar paso a la «ruptura total» con las estructuras vigentes.

Podemos decir que los profetas anteriores a Amós eran reformistas. Admitían la estructura en vigor y pensaban que los fallos concretos podían ser solucionados sin abandonarla. A partir de Amós no ocurre esto. Este profeta advierte que todo el sistema está podrido, que el muro de Israel está abombado y no puede mantenerse en pie; el Reino Norte es como un cesto de higos maduros, maduros para su fin. Con palabras de Isaías, el pueblo de Dios es un árbol que debe ser talado hasta que sólo quede un tocón insignificante. Unica solución es la catástrofe, de la que emerje, al correr del tiempo, una semilla santa (Is 6,13).

Esta novedad tan grande, este corte radical con la predicación de los profetas anteriores, habría motivado que el mensaje de Amós se consignase por escrito. Y es posible que, a partir de él, se convirtiese en costumbre para los profetas siguientes, sin olvidar que a veces es el mismo Dios quien les ordena escribir sus oráculos (véase Is 30,8-10; Jr 36, ls. 27-32, etc).

Otro dato que impresiona en la profecía del siglo VIII es la acumulación, en el breve espacio de medio siglo, de cuatro profetas de gran talla: Amós, Oseas, Isaías y Miqueas. Es, sin duda, la época de oro de la profecía israelí. Ya que resulta imposible tratar la vida y el mensaje de estos grandes protagonistas, sintetizaremos la problemática en la que se mueven, destacando tres aspectos fundamentales: social, político y religioso.

La problemática social, con sus diversos matices, aparece en los cuatro profetas. Amós y Miqueas son los más preocupados por el tema. Al primero le duele sobre todo la situación de los marginados sociales; a Miqueas, la opresión de los campesinos de la Sefela por parte de los terratenientes y las autoridades de Jerusalén. Isaías da la impresión de vivir en la capital y de enfocar el problema desde otro punto de vista, fijándose no sólo en la opresión de los pobres, sino también en la corrupción de los ricos.

Esta importancia tan grande de los problemas sociales no tiene nada de extraño en el siglo VIII. Tanto el Reino Norte como el Sur habían pasado rápidamente de una situación trágica, de gran pobreza, a un auge económico sólo comparable con el del reinado de Salomón. Pero este desarrollo de la agricultura y de la industria se consiguió a base de los más pobres. Es verdad que siempre se dieron desigualdades en el antiguo Israel, pero ahora adquieren proporciones alarmantes. El abismo entre ricos y pobres crece sin cesar, y Amós no duda en dividir la población de Samaría en dos grandes grupos: los «oprimidos» y «los que atesoran» (Am 3,9-12).

La problemática religiosa tiene dos vertientes. Por una parte, encontramos el culto a dioses extranjeros, especialmente a Baal, que se da prácticamente desde el tiempo de los Jueces. Los israelitas, al asentarse en Palestina y dedicarse a la agricultura, no pensaban que Yahvé pudiese ayudarles en este nuevo tipo de actividad. Se encomiendan a Baal, dios cananeo de la fecundidad, las lluvias, las estaciones, al que atribuyen «el pan y el agua, la lana, el lino, el vino y el aceite» (Oseas 2,7). Y surge la lucha religiosa más enconada de la historia de Israel, que adquiere matices trágicos en tiempos de Elías, con la matanza de los cuatrocientos sacerdotes de Baal, y en la revolución de Jehú (2 Re 10). Oseas no pretende solucionar el problema por las armas, incluso critica duramente a Jehú, que intentó purificar el culto a base de sangre. Lo que el profeta desea es que el pueblo adquiera un mayor conocimiento de Dios y se convierta.

La segunda vertiente del problema religioso es más grave y aparece en los cuatro profetas del siglo VIII. Se trata de la falsa idea de Dios fomentada por un culto vacío, por una piedad sin raigambre, por unas verdades de fe mal interpretadas. En definitiva, se trata de un intento de manipular a Dios, de eliminar sus exigencias éticas, contentándolo con ofrendas, sacrificios de animales, peregrinaciones y rezos. El Dios de la justicia, que quiere un pueblo de hermanos y no tolera la opresión de los débiles, se convierte para la inmensa mayoría del pueblo en un dios como otro cualquiera, satisfecho con que el hombre le rinda culto en el templo y le ofrezca sus dones. Y la alianza del Sinaí, condicionada a la respuesta ética del pueblo, se transforma en una promesa incondicional, que ata las manos a Dios y sitúa a Israel por encima de los demás pueblos. Los cuatro profetas reaccionarán duramente contra esta perversión de la idea de Dios.

La problemática política es también fundamental en esta época, debido a las graves circunstancias nacionales e internacionales. Donde aparece con mayor fuerza es en Oseas e Isaías. La chispa que hará estallar la bomba es la subida al trono de Asiria de Tiglatpileser III (año 745 a.C.). Su política imperialista y la de sus sucesores (Salmanasar V, Sargón II, Senaquerib) transformarán el Antiguo Oriente en un campo de batalla donde Asiria intenta imponer su hegemonía sobre pueblos pequeños y tribus dispersas.

Frente a ella, Egipto aparece como la única potencia capaz de oponérsele. Y así surgirán en Israel y Judá dos partidos contrarios, uno asirófilo y otro egiptófilo, que harán oscilar la política hacia uno u otro extremo. Lo típico de Oseas e Isaías es su defensa de la neutralidad, su oposición radical a las rebeliones contra Asiria y a las alianzas con este país o con Egipto. Algunos han acusado a estos profetas, especialmente a Isaías, de «política utópica». Otros los defienden como hombres de gran intuición y prudencia política. Lo cierto es que ambos fracasaron. Ni las autoridades ni el pueblo les hicieron caso.

A la edad de oro de la profecía siguen muchos años de silencio. Bastantes comentaristas dirán que unos setenta y cinco. En gran parte se explica por el largo reinado de Manasés (cincuenta y cinco años), hombre despótico, que «derramó ríos de sangre inocente, de forma que inundó Jerusalén de punta a cabo» (2 Re 21,16). Es posible que en su tiempo surgiesen profetas, aunque la frase anterior sugiere que no les darían la oportunidad de decir muchas cosas. Quizá podamos datar durante su reinado la profecía de Nahún, en contra de lo que piensan muchos comentaristas.

Pero es a finales del siglo VII cuando volvemos a encontrar un grupo de grandes figuras: Sofonías, Jeremías, Habacuc. No resulta fácil sintetizar su problemática porque tienen puntos de vista muy distintos. Sofonías alienta la reforma religiosa y política del rey Josías. Habacuc se plantea el problema de la historia, de esa serie ininterrumpida de potencias opresoras (Asiria, Egipto, Babilonia), difícil de conciliar con la bondad y la justicia de Dios.

Pero la gran figura de la época es Jeremías, que recoge el tema de la catástrofe anunciada por los profetas del siglo VIII. No es masoquismo ni sadismo lo que le guía, sino la negativa del pueblo a convertirse. Ante esta actitud, Dios impone un castigo menor, el sometimiento a Babilonia, nueva dominadora del mundo antiguo. Pero el rey y las autoridades se niegan a aceptarlo. Confiando una vez más en la ayuda de Egipto, promueven la rebelión. Y ésta llevará a la catástrofe definitiva. El año 586 cae Jerusalén, desaparece la monarquía, el templo es incendiado junto con la ciudad y tiene lugar la segunda y más importante deportación. Jeremías, que no descuida los problemas sociales ni la crítica a la falsa religiosidad, es el punto culminante de la profecía anterior al exilio. En su época se cumplen las amenazas formuladas un siglo antes por sus predecesores.

La caída de Jerusalén marca una nueva etapa en la historia de la profecía. Antes de ella estuvo dominada por el tema del castigo y la amenaza. A partir de ahora, los profetas hablan de esperanza y consuelo. Ezequiel y el Deuteroisaías, los dos grandes representantes de la profecía exílica, van en esta línea. Ezequiel había comenzado su actividad en Babilonia antes de la caída de Jerusalén; igual que Jeremías, anunció entonces la catástrofe inminente. Pero en la segunda etapa de su actividad anuncia la renovación total, política, social, económica, religiosa. Su visión del futuro es quizá demasiado ambiciosa y perfecta, no falta ningún aspecto y se extiende hasta los últimos tiempos, los que siguen a la victoria definitiva de Dios sobre sus enemigos.

Los profetas posteriores a Ezequiel participan de su esperanza, pero se mantienen a niveles más modestos. El Deuteroisaías, por ejemplo, centra su esperanza en la liberación de Babilonia y en la posterior restauración de Jerusalén. Si tiene que anunciar algo inaudito no es la victoria de Dios en la guerra, sino su triunfo por medio del sufrimiento y la muerte del Siervo.

Ageo, Zacarías y el grupo de profecías, anónimas que conocemos como el Tritoisaías (Is 56-66), se sitúan en las primeras décadas posteriores a la vuelta de Babilonia. El primero insiste en la reconstrucción del templo y fomenta la esperanza de un nuevo rey davídico, al que identifica con Zorobabel, cerrando sus profecías con la victoria de Judá sobre sus enemigos. Zacarías se mueve en una temática parecida, aunque la desarrolla con cuadros e imágenes de suma originalidad, aprovechados posteriormente por la literatura apocalíptica. La problemática de Is 56-66 es demasiado amplia para poder resumirla. Pero se advierte en estos capítulos un fenómeno importante: la profecía se aísla cada vez más de la situación presente y se refugia en el futuro, en «el cielo nuevo y la tierra nueva» (Is 65,17). La diferencia con los autores del siglo VIII e incluso con los del VII es manifiesta. Malaquías, en el siglo V, representa un punto de vista distinto, centrado totalmente en lo concreto; pero resulta una problemática demasiado pequeña y cotidiana.

La época posexílica aporta también el librito de Joel, la llamada «Apocalipsis de Isaías» (Is 24,27), la colección conocida como «Deuterozacarías» (Zac 9,14) y otros textos. Una producción interesante, pero que no logra evitarnos la impresión de que la profecía va languideciendo. Hasta que desaparece por completo. Russel piensa que las causas que contribuyeron a la desaparición de la profecía fueron:

- La canonización de la «ley» (pentateuco), que probablemente tuvo lugar en el siglo V. A partir de entonces, el pueblo tiene un medio seguro de conocer la voluntad de Dios, no es preciso estar pendiente de la palabra profética.

- El empobrecimiento creciente de la temática profética. Por una parte, se centra demasiado en el futuro lejano. Por otra, cuando habla del presente, no trata los grandes temas y le falta el carácter incisivo de los antiguos profetas.

- El pulular creciente de las religiones de salvación, magos, adivinos, que el pueblo identifica a veces con los profetas. Esta peligrosa identificación hace que el profetismo caiga en descrédito.

De cualquier forma, la profecía siguió gozando de gran prestigio en Israel. Pero con un matiz importante. Se estimaba grandemente a los antiguos profetas y se esperaba la venida de un gran profeta en el futuro (ver 1 Mac 4,46; 14,41). Según una corriente, se trataría de un profeta como Moisés (ver Dt 18,18); de acuerdo con otra, inspirada en Malaquías 3,23, sería Elías quien volviese. Esta esperanza se cumplirá, para los cristianos, en las personas de Juan Bautista y Jesús.

Las páginas anteriores nos han puesto en contacto con los principales profetas de Israel en una visión rápida, excesivamente fría. En el fondo sigue latiendo la pregunta misteriosa con que abríamos la introducción: ¿qué es un profeta? ¿Qué siente?

Termino respondiendo en parte con unos versos de José María Valverde a propósito de los poetas. El profeta es muchas veces un poeta, y lo que vale para éstos es válido también para aquéllos.

Señor, ¿qué nos darás en premio a los poetas?
Mira, nada tenemos, ni aun nuestra propia vida;
somos los mensajeros de algo que no entendemos.
Nuestro cuerpo lo quema una llama celeste;
si miramos, es sólo para verterlo en voz.
No podemos coger ni la flor de una vallado
para que sea nuestra y nada más que nuestra,
ni tendernos tranquilos en medio de las cosas,
sin pensar, a gozarlas en su presencia sólo.
(...)

Tú no nos das el mundo para que lo gocemos.
Tú nos lo entregas para que lo hagamos palabra.
Y después que la tierra tiene voz por nosotros
nos quedamos sin ella, con sólo el alma grande...
Ya ves que por nosotros es sonora la vida,
igual que por las piedras lo es el cristal del río.
Tú no has hecho tu obra para hundirla en el silencio,
en el silencio huyente de la gente afanosa;
para vivirla sólo, sin pararse a mirarla...
Por eso nos has puesto a un lado del camino
con el único oficio de gritar asombrados.
(...)

Esto que nos exalta sólo puede ser tuyo.
Sólo quien nos ha hecho puede así destruirnos
en brazos de una llama tan cruel y magnífica...
Tú que cuidas los pájaros que dicen tu mensaje,
guarda en la muerte nuestros cansados corazones;
dales paz, esa paz que en vida les negaste,
bórrales el doliente pensamiento sin tregua.
Tú nos darás en Ti el Todo que buscamos;
nos darás a nosotros mismos, pues te tendremos
para nosotros solos, y no para cantarte.

(«Oración por nosotros los poetas», de Enseñanzas de la edad).

PROLOGO

Los libros proféticos constituyen uno de los bloques más importantes del Antiguo Testamento. Para la Iglesia primitiva fueron de sumo interés. En nuestro tiempo, los profetas están de moda. Nada de esto debe extrañarnos, porque los profetas ejercieron un influjo decisivo en la religión israelí.

Pero estos libros tan interesantes resultan también de los más difíciles para un lector moderno. Ante todo, porque los profetas se expresan a menudo en lenguaje poético, y todos sabemos que la poesía es más densa que la prosa, menos atractiva para gran número de personas. Por otra parte, el mensaje de los profetas hace referencias continuas a las circunstancias históricas, políticas, económicas, culturales y religiosas de su tiempo. Numerosas alusiones, evidentes para sus contemporáneos, resultan enigmáticas para el hombre actual.

Cuando se dan charlas o conferencias sobre los profetas es fácil superar estas barreras. he podido experimentarlo en los ambientes más distintos, desde el estrictamente universitario de España hasta el más sencillo de los campesinos y obreros salvadoreños.

Después de esas charlas, ocurría con frecuencias que personas interesadas en conocer más a fondo a los profetas me preguntaban qué textos debían leer, o por qué libro empezaban. Nunca conseguía dar una respuesta satisfactoria, porque enseguida me venían a la mente el cúmulo de dificultades que encontrarían al ponerse en contacto directo con el texto. Por otra parte, los numerosos estudios técnicos, o de poner en contacto con sus ideas más que con sus palabras. Al final, el lector quizá sepa lo que pensaba Isaías o Amós sobre un punto concreto, pero es probable que no haya leído ni uno sólo de sus poemas.

Surgió de este modo la convicción de que convenía hacer una antología de los principales textos proféticos, pero agrupándolos por temas, para que el mensaje resultase más claro y la exposición más pedagógica. Este proyecto lo fui relegando, en parte por el deseo de escribir una obra seria y extensa sobre la justicia social en los profetas, que titulé Con los pobres de la tierra. Una vez publicada, y cuando ocupaciones de tipo burocrático me impiden dedicarme a estudios demasiado técnicos, creí llegado el momento de abordar este antiguo proyecto.

La selección de los textos se orienta en torno a los dos grandes polos del mensaje profético: la denuncia y el anuncio. Me baso para ello en el relato de la vocación de Jeremías, al que Dios llama «para arrancar y arrasar, edificar y plantar». Estas imágenes, tomadas del mundo de la agricultura (arrancar, plantar) y de la construcción (arrasar, edificar), expresan muy bien el doble aspecto de la predicación profética y son de suma actualidad. A muchas personas sólo les atrae la primera táctica: se inclinaba por la crítica dura, radical, cerrada casi a la esperanza. Otras, quizá con ingenuo optimismo, sólo piensan en una labor constructiva, «edificante», como si la crítica fuese un elemento pernicioso para la Iglesia. La vocación de Jeremías nos indica que ambas actitudes son necesarias en los planes de Dios. Y el mensaje profético, tomado en su conjunto, sigue esta doble pauta.

La extensión de los comentarios es algo que me preocupaba. No debían ser muy amplios, porque lo importante es el contacto directo con el texto. Pero tampoco tan breves que dejasen al lector en la misma oscuridad del comienzo. La línea adoptada supone algo intermedio. Más que detenerme en el comentario, he procurado situar el texto dentro de la problemática correspondiente y de la época en que surge. Esto lo ilumina suficientemente, al menos como punto de partida. En los dos volúmenes sobre Profetas, que L. Alonso Schökel y yo publicamos hace pocos años en Ediciones Cristiandad, puede encontrar el lector un comentario más amplio a cada pasaje. Aquí he recogido algunos de esos materiales, pero casi todo es nuevo.

Al tratarse de un libro de divulgación he suprimido sistemáticamente todo tipo de notas filológicas y de discusiones técnicas. El especialista sabe que este procedimiento es peligroso; puede provocar en el lector la impresión de que las cosas son sencillas. Pero conviene correr este riesgo. Los textos proféticos, como cualquier producción artística, se pueden entender a distintos niveles. A veces he comparado este fenómeno con los niveles de comprensión de una sinfonía o de una película. «Amadeus», de Milos Forman, ha sido un éxito reciente, que atrajo a gran cantidad de público. En principio, supongo que todos los espectadores la entendieron. Pero el conocedor de la música de Mozart, que identifica inmediatamente un pasaje de «Don Giovanni», o advierte hacia el final el paso reiterado del «Requiem» a «La flauta mágica», capta sugerencias y matices que pasan desapercibidos a la mayoría de los espectadores. Igual ocurre con los textos proféticos. El especialista notará que quedan muchas cosas sin comentar. Pero no escribo para ellos, sino para ese gran público que desea conocer algo la personalidad y el mensaje de los profetas. Si este libro les anima a un contacto más profundo con los textos y sus autores, habrá cumplido su misión.

Es normal que una antología literaria vaya precedida de un estudio sobre el autor o los autores recopilados. También en este caso me pareció necesario incluir una introducción sobre el fenómeno profético y los principales problemas que plantea al hombre de hoy. Quizá extrañe a alguno la relativa amplitud con que he tratado los géneros literarios, en comparación con el número de páginas dedicadas a otras cuestiones. el motivo es sencillo. Los otros puntos se encuentran fácilmente desarrollados en cualquier introducción a la Biblia. sin embargo, los valores literarios quedan con frecuencia en la penumbra. Y es una lástima, porque muchos de los profetas son auténticos genios de la literatura universal. Los datos que aporto no significan un estudio estilístico serio, pero espero que despierten en el lector una mayor sensibilidad hacia la forma externa del mensaje profético.

2ª PARTE

ARRANCAR Y ARRASAR

LA DENUNCIA

Como indiqué en el Prólogo, el mensaje profético se puede organizar en torno a dos grandes núcleos: la denuncia y el anuncio. Con palabras de Jeremías, "para arrasar, edificar y plantar".

En épocas anteriores, el estudio de los profetas se centró especialmente en el anuncio, considerándolos mensajeros del futuro y, sobre todo, anunciadores de la venida del Mesías, Jesús. Actualmente, quizás se subraye con más fuerza el aspecto de denuncia. Para muchos contemporáneos, el profeta es quien denuncia las injusticias sociales, económicas, el falso culto a Dios, etc.

Pero es importante no caer en una interpretación demasiado materialista y mundana de la denuncia profética. Para ellos, la dimensión religiosa es esencial en la vida del pueblo y del individuo. Dios es lo absoluto, lo más importante. Abandonarlo es el mayor pecado, y raíz de todos los otros males. Por eso, esta primera parte comienza con unas páginas sobre la historia de Israel como "Una historia de pecado". Y sigue otro breve capítulo sobre "La manipulación de Dios" a través de las grandes verdades religiosas.

Sólo a la luz de esta ingratitud para con Dios adquieren pleno sentido los otros aspectos de la denuncia profética, que he sintetizado en "La injusticia social", "El imperialismo militar" y "El imperialismo económico".

He procurado en algunos momentos ofrecer sugerencias que ayuden a captar la actualidad del mensaje profético. Pero prefiero ser parco, y que el lector saque las consecuencias por su cuenta.

1. Una Historia de Pecado

Es frecuente entre nosotros hablar del Antiguo Testamento como "Historia de la salvación". Y es exacto. Pero hace falta evitar un equívoco. "Historia de la salvación" no significa historia ideal, maravillosa, pletórica de portentos. Significa que Dios, a pesar de las infidelidades continuas de su pueblo, permanece fiel a él y siempre termina salvándolo. Ambos aspectos son esenciales: el amor de Dios y el pecado del pueblo. Porque sólo así se da auténtica historia de la "salvación".

Los profetas no cayeron en las visiones idealizadas y simplistas que a veces se nos han transmitido a los cristianos. En todo caso, pecaron de pesimistas, subrayando la infidelidad continua de sus compatriotas. Sin embargo, considero más objetivo afirmar que su postura, aplicada al conjunto de la historia, se caracteriza por un profundo realismo, aunque acentúe los claroscuros del pasado. No lo hacían por desmitificar ni criticar destructivamente, sino con el deseo de invitar a la conversión.

Esta visión crítica del pasado ha dejado algunos poemas excelentes en Oseas, Jeremías y Ezequiel. Por desgracia, el primero se expresa a veces de forma tan condensada y oscura que prefiero no incluir sus textos en esta antología. Requieren un comentario demasiado extenso, que cae fuera de nuestra intención. Quien lo desee, puede leer de este profeta desde 9,10 hasta 14,1, ayudándose de algún comentario, que

puede ser el de L. Alonso Schökel/ J.L. Sicre, Profetas II (Ediciones Cristiandad, Madrid 1980) 905-918. Aquí sólo recogeremos un poema de Jeremías y otros textos de Ezequiel.

EL DOBLE PECADO DE ISRAEL
(Jeremías 2,2-19)

Si exceptuamos el v.18 , que parece haber sido añadido por Jeremías posteriormente, el poema contiene ocho estrofas de cuatro versos cada una (versos hebreos en sentido literario, no "versículos". Para facilitar al lector la comprensión de este extenso poema pondré títulos a cada estrofa.

1ª El amor inicial
Así dice el Señor:
Recuerdo tu cariño de joven, tu amor de novia,
cuando me seguías por el desierto, por tierra yerma.
Israel era sagrada para el Señor, primicia de su cosecha:
quien osaba comer de ella lo pagaba,
la desgracia caía sobre él -oráculo del Señor-

2ª El olvido de Dios

Escuchad la palabra del Señor, casa de Jacob,
tribus todas de Israel: Así dice el Señor:
¿Qué delito encontraron en mí vuestros padres
para alejarse de mí?
Siguieron tras vaciedades y se quedaron vacíos,
en vez de preguntar: ¿Dónde está el Señor?
(Las "vaciedades" es una referencia a los Baales, dioses cananeos de la fecundidad).

3ª Los beneficios divinos

El que nos sacó de Egipto y nos condujo por el desierto,
por estepas y barrancos, tierra sedienta y sombría,
tierra que nadie atraviesa, que el hombre no habita.
Yo os conduje a un país de huertos,
para que comiéseis sus buenos frutos;
pero entrasteis y contaminasteis mi tierra,
hicisteis abominable mi heredad

4ª La culpa de los dirigentes

Los sacerdotes no preguntaban: ¿Dónde está el Señor?
Los doctores de la ley no me reconocían,
los pastores se rebelaron contra mí,
los profetas profetizaban en nombre de Baal,
siguiendo a dioses que de nada sirven.
por eso vuelvo a pleitear con vosotros
y con vuestros nietos pleitearé -oráculo del Señor-.

5ª El contraste con los otros pueblos

Navegad hasta las costas de Chipre y mirad,
despachad gente a Cadar y observad atentamente:
¿Cambia un pueblo de dios? Y eso que no es dios.
Pues mi pueblo cambió su Gloria por el que no sirve.

6ª Los dos grandes pecados

¡Espantaos, cielos, de ello, horrorizaos y pasmaos!
-oráculo del Señor-,
porque dos maldades ha cometido mi pueblo:
me abandonaron a mí, fuente de agua viva,
y se cavaron aljibes, aljibes agrietados,
que no retienen el agua.

7ª Consecuencias de la apostasía
¿Era Israel un esclavo o un nacido en esclavitud?
Pues, ¿cómo se ha vuelto presa de leones
que rugen contra él con gran estruendo?
Arrasaron su tierra, incendiaron sus poblados
hasta dejarlos deshabitados.
Incluso gente de Menfis y Tafnes
te raparon la coronilla.

8ª La amargura del pecado
¿No te ha sucedido todo esto
por haber abandonado al Señor tu Dios?
Tu maldad te escarmienta, tu apostasía te enseña:
Mira y aprende que es malo y amargo
abandonar al Señor, tu Dios, sin sentir miedo
-oráculo del Señor de los ejércitos_.

Este poema parece pertenecer a la primera etapa de Jeremías, cuando predicó a las tribus del Norte un mensaje de conversión y de esperanza. Exactamente un siglo antes, los asirios habían conquistado Samaría y deportado a 27.290 samaritanos, al mismo tiempo que traían extranjeros de otros pueblos para sustituirlos. El tema de la vuelta de los desterrados lo tratará el profeta en otro momento. Aquí nos ofrece una meditación histórica sobre la apostasía del Reino Norte, que tan trágicas consecuencias tuvo para él. Ya desde el principio se denuncian los dos pecados fundamentales: alejarse de Dios y seguir a los ídolos. Luego desarrolla la idea con otras imágenes. Alejarse del Señor equivale a no preguntar por él, rebelarse contra él, abandonar la fuente de agua viva, no respetarle. La idolatría consiste en seguir vaciedades, profanar la tierra con cultos de fecundidad, profetizar por Baal, cavar aljibes agrietados. La expresión más lograda del pecado es "me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no retienen el agua". Sustituir a Dios por cualquier realidad absurda y sin contenido.

Jeremías insiste en lo incomprensible que resulta el pecado. Dios no ha dado motivos ("¿qué falta encontraron en mí vuestros padres?"), sino todo lo contrario (véase la estrofa 3ª sobre los beneficios divinos); ningún pueblo abandona a su Dios; en sí

misma, la apostasía es absurda.

También subraya las consecuencias del pecado: devastación de la tierra (estrofa 7ª), en contraste con la espléndida tierra de huertos (estrofa 3ª); amargura y tristeza (8ª), en contraste con el amor y cariño iniciales (1ª).

Se advierte la gran unidad del poema, incluso su estricta lógica, en medio de un estilo tan poético y apasionado. Su mensaje es de enorme actualidad para cualquiera de nosotros, ya que desvela la ingratitud y tragedia de nuestros pecados. Pero debemos evitar el peligro de contentarnos con una interpretación individualista. Jeremías no se refiere primordialmente a los pecados del individuo, sino a los de la colectividad, el pueblo de Dios. Estas palabras sólo pueden actualizarse reflexionando como Iglesia sobre nuestra situación. ¿Hemos abandonado a Dios para seguir a los ídolos? ¿Cuáles son nuestros ídolos? ¿Qué pérdidas nos han provocado? Me limito a dos sugerencias:

a) En los profetas anteriores al exilio es fundamental la idea de que no se puede servir a dos señores, Yahvé y Baal (recordar el enfrentamiento protagonizado por Elías en el monte Carmelo: 1 Re 18,21). Este principio se actualiza a veces aplicándolo a la política: no es posible aliarse con Dios y aliarse con Egipto y Asiria. Se caería en una idolatrización de las grandes potencias. Tampoco es posible servir a Dios y a la riqueza, como dirán los mismos profetas y subrayará especialmente Jesús. Estas "reinterpretaciones" demuestran que la idolatría siempre tiene actualidad.

b) Aunque en nuestra situación de idolatría es posible que la mayor culpa la tengan los dirigentes (como dice Jeremías en la estrofa 4ª), la actitud cristiana no debe ser de simple crítica demagógica; cada uno debe incluirse en el pecado y reconocer la necesidad de convertirse.

HISTORIA DE DOS HERMANAS
(Ezequiel 23,1-27)

El núcleo principal del extenso capítulo 23 se encuentra en los versos 1,-27, de los que conviene omitir en una primera lectura ciertos añadidos y glosas posteriores. Ezequiel, partiendo de la imagen de las dos hermanas (inspirada quizá en Jeremías 3,6-13), se remonta a los comienzos, presentando su tendencia a la fornicación desde entonces. Las dos hermanas representan a Israel y Judá, los dos reinos que se separaron a la muerte de Salomón. Lo más original del poema es que expone la historia de los dos pueblos desde el punto de vista de la idolatría, pero de una idolatría "política", en la que se cae al divinizar a los grandes Imperios. Este poema lo he comentado más detenidamente en Los dioses olvidados". "Poder y riqueza en los profetas preexílicos (Ed. Cristiandad, Madrid 1979) 73-77.

Introducción

Me vino esta palabra del Señor:
-Hijo de Adán, había dos mujeres
hijas de la misma madre;
fornicaron en Egipto, doncellas eran y fornicaron.
Allí tantearon sus pechos
y desfloraron su seno virginal.
Ohlá se llamaba la mayor y Oblibá su hermana.
Después fueron mías y dieron a luz hijos e hijas.

Historia de Ohlá (Israel)

Ohlá, siendo mía, fornicó y se enamoró de sus amantes:
guerreros vestidos de púrpura, gobernantes y regidores,
todos ellos galanes gallardos, jinetes cabalgando en corceles.
y fornicó con ellos, que eran la flor de los asirios.
Por eso la entregué en poder de sus amantes.
Ellos desnudaron sus vergüenzas,
le arrebataron sus hijos e hijas
y a ella la mataron a espada.

Historia de Ohlibá (Judá)

Ohlibá, su hermana, que lo vio,
se envició aún más que ella
y fornicó más que su hermana.
Vio grabados de hombres en las paredes,
figuras de caldeos pintadas en bermellón,
ceñidos los lomos con talabartes,
tocados con turbantes las cabezas,
todos con fachas de capitanes,
fiel retrato de los babilonios,
naturales de Caldea.
Y se enamoró de ellos a primera vista
y les envió mensajeros a Caldea.
Y acudieron a ella los babilonios
a su lecho de mancebía,
contaminándola con sus fornicaciones,
añorando su juventud,
cuando se prostituía en Egipto.
Y volvió a enamorar de sus rufianes,
que tienen sexo de garañones
y esperma de sementales.
Por tanto, Ohlibá, esto dice el Señor:
Mira, yo azuzo contra ti a tus amantes,
de los que sentiste hastío;
los traigo contra ti de todas partes;
a los babilonios y a todos los caldeos,
a Pecod y Soá y Coa.
Vienen contra ti infantes y jinetes y carros,
multitud de tropas;
te cercan con escudos y adargas y yelmos;
les encomiendo la justicia y ejecutarán en ti su sentencia.
Descargaré sobre ti mi pasión
y te tratarán con rabia;
y te cercenarán nariz y orejas
y tu prole caerá a espada.
Pondré fin a tu infamia
y el meretricio que comenzaste en Egipto;
y no volverás a levantar los ojos a ellos

ni a acordarte de Egipto.

En la introducción, las dos hermanas aparecen entregadas a una multiplicidad de amantes innominados, que luego son sustituidos por un único esposo. Y la pasión estéril da paso a un amor fructífero que produce hijos e hijas. Esencial en estos versos introductorios es la relación matrimonial que se establece entre los dos hermanas y Dios ("fueron mías"), ya que ofrece la clave de todo el poema.

Al lector puede extrañarle la desproporción tan grande entre la historia de Ohlá (Israel) y Ohlibá (Judá). Es fácil de entender si recordamos que Ezequiel es judío, y le interesa sobre todo el pecado de su pueblo. Pero lo más curioso es la manera de exponer la historia de ambos reinos. Ezequiel emplea como un filtro que oculta la visión de cualquier otro tema que no le interesa en este momento. Para él, lo importante es la relación entre Dios y sus esposas. Lo más grave que puede ocurrir es la infidelidad. Lo mismo habían dicho Oseas y Jeremías. Pero el peligro no lo representa ahora los dioses cananeos de fecundidad (los Baales), sino las grandes potencias (Asiria, Egipto, Babilonia).

El texto, famoso por la dureza de sus expresiones, puede provocar también en nosotros la idea de un Dios cruel y vengativo. Baste indicar por ahora que los libros proféticos deben leerse en conjunto. El castigo nunca es la última palabra, sino la salvación de Dios. Para entender rectamente la historia de Dios con las dos hermanas hay que esperar hasta el capítulo 37 de Ezequiel, cuando los dos reinos, simbolizados en este caso por dos varas, queden unidos en una sola realidad política, libres de pecado, y en unión estrecha con el Señor: "Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios" (37,23). Sobre esto volveremos más adelante.

Pero la esperanza de un futuro mejor no debe restar fuerza a la denuncia de un presente marcado por la culpa. Lo importante del texto de Ezequiel es que nos obliga a reflexionar sobre la diversidad de circunstancias en que podemos abandonar a Dios y fabricarnos ídolos. Las numerosas veces que la Iglesia se ha aliado con el poder político deben ser motivo de meditación y de arrepentimiento, porque ese poder, no obstante su hermosa apariencia y su pretendida utilidad, sólo ha servido para alejarnos de Dios y traernos muchos males.

LA HISTORIA DE JERUSALEN
(Ezequiel 16)

¿Qué significa Jerusalén para un judío? "La ciudad de nuestro Dios, su monte santo", "altura hermosa, alegría de toda la tierra", responde el Salmo 48. Algo tan querido que sólo se puede admirar y desearle la paz (Salmo 122). Desde que David conquistó Jerusalén, la elección divina de la ciudad pasó a convertirse en uno de los pilares religiosos de Judá. Entre los profetas no faltaron voces críticas, como las de Isaías y Miqueas, que pusieron en guardia frente a esta exaltación apasionada de Jerusalén, que podía pasar por alto sus numerosos crímenes. Pero fue Ezequiel quien adoptó la postura más dura. Se remonta a los orígenes y, continuo de Dios, al que la capital siempre responde con nuevas infidelidades. De este larguísimo capítulo recojo sólo los versos que Zimmerli atribuye al poema original.

¡Jerusalén!
Eres cananea de casta y de cuna:
tu padre era amorreo y tu madre era hitita.
El día en que naciste,

no te cortaron el ombligo,
no te bañaron ni frotaron con sal,
ni te envolvieron en pañales
Nadie se apiadó de ti
haciéndote uno de estos menesteres,
por compasión,
sino que te arrojaron a campo abierto,
asqueados de ti,
el día en que naciste.

Pasando yo a tu lado, te vi
chapoteando en tu propia sangre,
y te dije mientras yacías en tu sangre:
"Sigue viviendo y crece como brote campestre".
Creciste y te hiciste moza,
llegaste a la sazón;
tus senos se afirmaron
y el vello te brotó,
pero estabas desnuda y en cueros.

Pasando de nuevo a tu lado, te vi
en la edad del amor;
extendí sobre ti mi manto
para cubrir tu desnudez;
te comprometí con juramento,
hice alianza contigo
-oráculo del Señor-
y fuiste mía:
Te bañé, te limpié la sangre,
y te ungí con aceite.
Te vestí de bordado.
Te calcé de marsopa;
te ceñí de lino,
te revestí de seda.
Te engalané con joyas:
te puse pulseras en los brazos
y un collar al cuello.
Te puse un anillo en la nariz,
pendientes en las orejas
y diadema de lujo en la cabeza.
Lucías joyas de oro y plata
y estabas guapísima.

Te sentiste segura en tu belleza
y amparada en tu fama fornicaste
y te prostituiste con el primero que pasaba.
En las encrucijadas instalabas tus puestos
y envilecías tu hermosura;
abriéndote de piernas al primero que pasaba,
continuamente te prostituías.

Por eso, prostituta
escucha la palabra del Señor:
Voy a reunir a todos tus amantes.
te entregaré en sus manos:
derribarán tus alcobas,
demolerán tus puestos;
te quitarán los vestidos,
te arrebatarán las alhajas,
dejándote desnuda y en cueros.
Traerán un tropel contra ti
que te apedreará
y te descuartizará a cuchilladas,
Prenderán fuego a tus casa,
y ejecutarán en ti la sentencia
en presencia de muchas mujeres.

El desarrollo del poema primitivo es muy simple. Jerusalén no tiene motivo alguno del que gloriarse por su origen: "cananea de casta y de cuna", sin que nadie se preocupase por ella el día de su nacimiento. Pero, en medio de este abandono, tiene lugar lo extraordinario. Dios que pasa junto a ella, la cuida y más tarde se enamora, engalanándola como a una novia. Pero Jerusalén olvida sus beneficios y se vuelca en multitud de amantes, mereciendo por ello el castigo. El mismo Ezequiel, o discípulos suyos, concretaron más tarde este tema de la traición a Dios: culto a ídolos paganos, sacrificios humanos, alianzas políticas con egipcios, asirios y babilonios. Luego se compara a Jerusalén con Samaría, "que no pecó ni la mitad que tú" (versos 46-58, omitidos aquí).

Pero todas estas concreciones, necesarias sin duda, no deben distraer la atención de la idea central: a los beneficios de Dios, Jerusalén ha respondido con toda clase de infidelidades. A partir de aquí, todos debemos recorrer nuestra propia historia, como individuos y como Iglesia.

El poema se completó finalmente con unas palabras de esperanza y de perdón, meta última de toda reflexión sobre el pecado:

Pero yo me acordaré de la alianza
que hice contigo cuando eras joven
y haré contigo una alianza eterna.

Yo mismo haré alianza contigo
y sabrás que yo soy el Señor,
para que te acuerdes y te sonrojes
y no vuelvas a abrir la boca de vergüenza,
cuando yo te perdone todo lo que hiciste
-oráculo del Señor- (16,60.62-63)

2. La Manipulación de Dios

En un breve pero interesante artículo sobre "La realidad de Dios" y el problema de la idolatría afirmaba Gerhard von Rad: "Precisamente el hombre piadoso es el que corre más peligro de configurar a Dios a su imagen o según otra imagen". Y añade poco después: "También los cristianos corremos el peligro incesante de creer en mitos

y adorar imágenes. No existe ni una sola verdad de fe que no podamos manipular idolátricamente".

En mi libro Los dioses olvidados. Poder y riqueza en los profetas preexílicos (Ediciones Cristiandad, 1979) he intentado demostrar cómo los profetas detectaron una actitud idolátrica en la confianza que el pueblo ponía en las grandes potencias y en el dinero. Pero no es éste el tema que ahora nos ocupa. La idolatría tiene dos vertientes: una que se orienta contra el primer mandamiento ("no tendrás otros dioses frente a mí") y otra que se dirige contra el segundo mandamiento: La prohibición de fabricar imágenes de Yahvé. Aunque se ha discutido mucho sobre el sentido de esta prohibición, la interpretación más aceptada es que intenta impedir la manipulación de Dios. Cuando uno construye una imagen corre siempre el peligro de manipular a la divinidad. Si concede lo que se le pide, se la premia ofreciéndole incienso y perfumes, unido con aceite, presentándole ofrendas. Si niega sus dones, se la castiga privándola de todo eso.

Esta mentalidad antigua, que los israelitas quisieron evitar, pervive todavía en algunos reductos cristianos, aunque sean escasos. Pero existen formas más graves de manipular a Dios. Como indica Von Rad, "no existe ni una sola verdad de fe que no podamos manipular idolátricamente". En este error cayeron numerosos israelitas y judíos, y los profetas se vieron obligados a denunciarlos.

Este capítulo será breve, pero sus afirmaciones son muy duras y deben hacernos reflexionar a todos. Me limitaré a cuatro temas, aparentemente muy distintos, pero que reflejan todos ellos una falsa seguridad religiosa y un intento de manipular a Dios: el Exodo, la Alianza, el Templo y el "Día del Señor".

Si existe una verdad capital en la religión de Israel y en su idea de la historia de la salvación es el Exodo. La confesión de que "el Señor nos sacó de Egipto", atraviesa todo el Antiguo Testamento. "Yo soy el Señor, tu Dios. Yo te saqué de Egipto, de la esclavitud", es la solemne introducción histórica al Decálogo (Ex 20,2; Dt 5,6). Y el tema resuena en los salmos (135,8; 136,10-15), aparece en boca de paganos como Rajab (Jue 2,10) y Ajior (Jdt 5,10-14), es objeto de profunda reflexión por parte del autor del libro de la Sabiduría.

Pero, como todas las verdades, también este dogma se presta a falsas interpretaciones, que provocan una falsa seguridad religiosa. Como si Dios se hubiese comprometido de forma definitiva y exclusiva con Israel, y éste pudiese abusar de dicho privilegio.

La denuncia más enérgica de esta postura se encuentra en el libro de Amós. Se trata de un pasaje muy breve, pero tan radical que debió resultar blasfemo a sus oyentes y lectores:

> ¿No sois para mí como etíopes, israelitas?
> -oráculo del Señor-
> Si saqué a Israel de Egipto,
> saqué a los filisteos de Creta
> y a los sirios de Quir (Am 9,7).

Es imposible decir algo tan duro en menos palabras. De un golpe, Amós tira por tierra todo privilegio. Lo que Israel considera como un episodio único y exclusivo en la historia universal, su salida de Egipto, es puesto al mismo nivel de las emigraciones de filisteos y sirios, precisamente esos pueblos que fueron de los mayores enemigos de Israel. Amós no niega la intervención de Dios en Egipto; pero la amplía a la historia de todos los países. No desmitifica la historia de Israel, sino que hace sagrada toda la

historia universal, eliminando con ello presuntos privilegios del que se considera "pueblo elegido".

Para que comprendamos lo blasfemas que debieron de sonar estas palabras en oídos israelitas propongo la siguiente actualización, aun con riesgo de aparecer como hereje:

"¿No sois para mí
como los demás hombres cristianos?
si a vosotros os envié a Jesús,
a los musulmanes les envié a Mahoma
y a los budistas les envié a Buda".

El que nos pongan a Jesús al mismo nivel que Mahoma o Buda, nos resulta hiriente, a pesar de todo el respeto que podamos sentir por esos personajes. Algo parecido ocurriría a los israelitas. Pero lo que el profeta pretende no es herir la sensibilidad, sino hacer caer en la cuenta de una verdad profunda. Que las confesiones de fe, los dogmas, son palabras totalmente vacías cuando no se vive de acuerdo con ellas. Con palabras de Jesús: "No basta decirme: '¡Señor, Señor!' para entrar en el reino de los cielos; no, hay que poner por obra el designio de mi Padre del cielo" (Mateo 7,21). La confesión de Jesús como "el Señor" es capital en el Nuevo Testamento, la que nos salva. Pero no automáticamente, de forma mágica, sino unida a una vida conforme con esa confesión.

LA ALIANZA

Estrechamente unida al exodo está la idea de la Alianza. Es el momento capital que sigue a la salida de Egipto; sellada en el Sinaí, por ella Yahvé se compromete a ser "el Dios de Israel" y éste se compromete a ser "el pueblo del Señor". Unión tan estricta se presta de nuevo a ser interpretada como un privilegio, que garantiza contra toda amenaza futura. Y, aunque el Antiguo Testamento insiste continuamente en que esta alianza quedará rota si el pueblo no cumple sus cláusulas (los mandamientos), en el pueblo pervivió la idea de un compromiso incondicional por parte de Dios, que le ataba las manos para cualquier castigo. Frente a esta opinión se alza de nuevo Amós, que ve en la alianza no un motivo para sentirse seguro, sino un argumento para mayor responsabilidad.

Escuchad, israelitas, esta palabra
que os dice el Señor;
a todas las tribus que saqué de Egipto:
A vosotros solos os escogí
entre todas las tribus de la tierra.
Por eso os tomaré cuentas
de todos vuestros pecados (Am 3,1-2)

EL TEMPLO

A diferencia del Exodo y la Alianza, el Templo no es una verdad de fe, un dogma. Pero, como espacio sagrado especialmente elegido por Dios, se presta también a una confianza idolátrica. La mayor denuncia de este hecho la encontramos en Jeremías. Se trata de un duro enfrentamiento con la mentalidad oficial, que estuvo a punto de costarle la vida, como indica el capítulo 26, que recoge las circunstancias históricas que rodearon al discurso.

Aquí nos limitaremos a reproducir las palabras del profeta, contenidas en el capítulo 7,1-15. Es posible que el discurso haya sufrido ampliaciones posteriores de los discípulos, pero es preferible reproducir el texto actual, renunciando a hipotéticas reconstrucciones del discurso original.

Palabra del Señor que recibió Jeremías:
Ponte a la puerta del templo y proclama allí:
Escuchad judíos, la palabra del Señor,
los que entráis por estas puertas a adorar al Señor.
Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel:
Enmendad vuestra conducta y vuestras acciones,
y habitaré con vosotros en este lugar;
no os hagáis ilusiones con razones falsas, repitiendo:
"el templo del Señor, el templo del Señor,
el templo del Señor".
Si enmendaís vuestra conducta y vuestras acciones,
si juzgáis rectamente los pleitos,
si no explotáis al emigrante, al huérfano y a la viuda,
si no derramáis sangre inocente en este lugar,
si no seguís a dioses extranjeros, para vuestro mal,
entonces habitaré con vosotros en este lugar,
en la tierra que di a vuestros padres,
desde antiguo y para siempre.
Os hacéis ilusiones con razones falsas, que no sirven:
¿de modo que robáis, matáis, cometéis adulterio,
juráis en falso, quemáis incienso a Baal,
seguís a dioses extranjeros y desconocidos,
y después entráis a presentaros ante mí
en este templo que lleva mi nombre,
y decís: "Estamos salvados",
para seguir cometiendo tales abominaciones?
¿Creéis que es una cueva de bandidos
este templo que lleva mi nombre?
Atención, que yo lo he visto - oráculo del Señor-.
Andad, id a mi templo de Siló,
al que di mi nombre antaño,
y mirad lo que hice con él,
por la maldad de Israel, mi pueblo.
Pues ahora, por haber cometido tales acciones
-oráculo del Señor-,
porque os hablé sin cesar y no me escuchásteis,
porque os llamé y no me respondisteis,
por eso trataré al templo que lleva mi nombre,
y os tiene confiados,
y al lugar que di a vuestros padres y a vosotros
lo mismo que traté a Siló;
a vosotros os arrojaré de mi presencia,
como arrojé a vuestros hermanos,
la estirpe de Efraín.

Si, con la mayoría de los comentaristas, identificamos este discurso con el que se menciona en el capítulo 26, podemos decir que tuvo lugar "al comienzo del reinado de Joaquín" (Jr 26,1), es decir, el año 609 a.C. El momento histórico es muy grave. El rey Josías, en el que el pueblo había depositado tantas esperanzas, ha muerto pocos meses antes en la batalla de Meguiddo. Su sucesor, Joacaz, sólo reina tres meses, ya que al cabo de ese tiempo los egipcios, lo destronan y deportan, nombrando rey a su hermano, el cruel Joaquín.

En estos momentos de tensión e incertidumbre, el pueblo pone su confianza en "el templo del Señor". Creen que garantiza la seguridad de Jerusalén. Pero Jeremías tira por tierra tales esperanzas, basadas "en razones que no sirven". Los judíos conciben el templo como una cueva de ladrones, en la que pueden refugiarse después de robar, asesinar y cometer adulterio. (Nos viene a la memoria la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones). Y Dios no tolera esta mentalidad. El no se compromete con un espacio físico, sino con una forma de conducta ética y religiosa. Por eso, si el pueblo no cambia, el destino del templo de Jerusalén será idéntico al del antiguo templo de Siló, el más importante en la época de los Jueces, pero que terminó borrado de la historia.

"EL DIA DEL SEÑOR"

No estamos ahora ante un dogma, sino ante una tradición que arraiga con gran fuerza en Israel, provocando muchos malentendidos. Aunque es difícil rastrear los orígenes del tema, resulta indudable que los israelitas del siglo VIII a.C., contemporáneos de Amós, esperaban que el Señor se manifestase de forma grandiosa para exaltar a su pueblo y ponerlo a la cabeza de las naciones. Esto ocurriría "el día del Señor". Y la expresión condensa toda una serie de discutibles privilegios y falsas esperanzas.

Amós se enfrenta a ellas poniendo una concepción totalmente distinta:
¡Ay de los que ansían el día del Señor!
¿De qué os servirá el día del Señor
si es tenebroso y sin luz?
Como cuando huye uno del león y topa con el oso,
o se mete en casa, apoya la mano en la pared
y le pica la culebra.
¿No es el día del Señor tenebroso y sin luz,
oscuridad sin resplandor? (Am 5,18-20).
Aquel día -oráculo del Señor-
haré ponerse el sol a mediodía
y en pleno día oscureceré la tierra.
Convertiré vuestras fiestas en duelo,
vuestros cantos en elegías,
vestiré de sayal toda cintura
y dejaré calva toda cabeza;
les daré un duelo como por el hijo único,
el final será un día trágico (Am 8,9-10).

3. La Injusticia Social

Uno de los aspectos más importantes y actuales del mensaje profético lo constituye su denuncia de las injusticias. El tema lo he tratado ampliamente en mi libro: Con los pobres de la tierra. La justicia social en los profetas de Israel (Ediciones Cristiandad, 1985), al que me remito para mayor profundización. Tres profetas son especialmente famosos por su crítica social: Amós, Isaías y Miqueas. Pero, prescindiendo de la fama, también Oseas, Jeremías, Ezequiel, Zacarías y otros profetas anónimos le concedieron gran importancia. Es difícil seleccionar un material tan abundante y presentarlo de forma coherente. La mejor solución que se me ocurre es presentar ante todo los textos referentes a las capitales de los dos reinos (Samaría y Jerusalén); lo que ocurre en ellas es síntoma y causa de las injusticias que se dan en el resto del país. Luego descenderemos a los problemas concretos tratados por los profetas.

La exposición quedaría incompleta si no hablásemos también de la solución que entrevén para dichos problemas. Algo insinuaremos sobre ellos, pero un tratamiento más detenido lo dejamos para la parte final de esta obra cuando hablemos de la esperanza profética, especialmente de la figura del Mesías.

3.1. La situación en Samaría

A lo largo de sus dos siglos de existencia (931-720), el Reino Norte, Israel, contó con tres capitales, que se fueron sucediendo como residencia de los reyes. Tras un breve período en Siquén, la capital se trasladó a Tirsá, hasta que Omrí, en el siglo IX, construyó Samaría. Esta fue la última y más importante de todas, además de la más lujosa. Este lujo se consiguió, inevitablemente, a costa de los sectores más modestos de la población, especialmente del campesinado, que atravesó un momento muy difícil en el siglo VIII a.C.

Oseas, profeta del Reino Norte, no se fija especialmente en este tema, ya que le preocupan más las continuas revueltas y luchas de partidos que se entablan en su época. Pero Amós, judío de origen, enviado por Dios a predicar en Israel, nos ofrece su punto de vista sobre la capital. El texto, enigmático para un lector moderno, adquiere enorme fuerza con una sencilla explicación.

Pregonad en los palacios de Asdod
y en los palacios de Egipto:
Reuníos en los montes de Samaría,
contempladla sumida en el terror,
repleta de oprimidos.
No saben obrar rectamente -oráculo del Señor-
los que atesoran violencia
y robo en sus palacios (Am 3,9-10).

Amós nos presenta a Samaría como un gran escenario en el que se representa una obra que comenzó hace años. Pero sólo puede entenderla un público especializado en la materia. Por eso comienza invitando a los filisteos (Asdod) y egipcios. Para los israelitas, estos dos pueblos son enemigos tradicionales, prototipos de la opresión. Los egipcios oprimieron a Israel antes del Exodo; los filisteos, cuando se establecieron en Canaán. A este público, entendido en oprimir, invita Amós para que contemple un espectáculo de opresión. En la escena se distinguen dos grupos: el de los oprimidos y el de los que atesoran. Los primeros son víctimas pasivas de la injusticia. Los segundos

se benefician de ella.

Lo más sorprendente del pasaje es cómo juega Amós con el elemento "sorpresa". Frente a lo que podríamos llamar una visión "turística", él ofrece la visión "profética". Unos espectadores invitados a visitar Samaría habrían escrito algo muy distinto. Se sentirían admirados de su riqueza, su lujo, sus espléndidos palacios construidos con piedras sillares. Amós no descubre una ciudad próspera y en paz, sino sumida en el terror. El turista admiraría el lujo de las grandes familias, su habilidad financiera, su sabiduría humana, sus espléndidos edificios repletos de objetos caros y lujosos. Amós desvela el trasfondo de mentira, de violencia criminal que los rodea. No son dignos de admiración, sino de desprecio y de castigo.

A lo largo del libro desarrolla en rápidas pinceladas este juicio sintético y global:

Así dice el Señor: A Israel, por tres delitos
y por cuatro, no lo perdonaré.
Porque venden al inocente por dinero
y al pobre por un par de sandalias;
pisotean a los pobres
y evitan el camino de los humildes;
un hombre y su padre abusan de la criada;
se acuestan sobre ropas dejadas en fianza
junto a cualquier altar,
beben vino de impuestos
en el templo de su Dios (Am 2,6-8).

Cada una de estas frases exigiría un extenso comentario. Limitémonos a la idea capital: los más débiles desde el punto social y económico son maltratados, humillados, incluso vendidos como esclavos, por parte de personas sin escrúpulos, que a sus injusticias añaden el descaro de cometerlas incluso en el templo, "junto a cualquier altar".

Estos poderosos pueden permitirse toda clase de lujos:

Os acostáis en lechos de marfil, arrellanados en divanes;
coméis carneros del rebaño y terneras del establo;
vociferan al son del arpa,
inventan, como David, toda clase de cantos.
Beben vino en copas,
se ungen con perfumes exquisitos
y no se duelen del desastre de José (Am 6,4-6).

Y este lujo encubre una actitud de codicia, que hace olvidarse de Dios y del prójimo, como indica el oráculo contra los comerciantes:

Escuchad esto, los que pisoteáis a los pobres
y arruináis a los indigentes,
pensando: ¿Cuándo pasará la luna nueva
para vender el trigo,
y el sábado para ofrecer el grano
y vender incluso el salvado del trigo?
Encogéis la medida, aumentáis el precio
y usáis balanza con trampa;
compráis por dinero al desvalido
y al pobre por un par de sandalias.
Jura el Señor por la gloria de Jacob

no olvidar jamás lo que han hecho (Am 8,4-7).

En este caos social, la institución más responsable es la encargada de la administración de la justicia. De ella depende que los pobres triunfen en sus reivindicaciones justas, o que se los oprima y explota mediante decisiones arbitrarias.

Ay de los que convierten el derecho en ajenjo
y tiran por tierra la rectitud.
Odian al que interviene con valor en el tribunal
y detestan al que depone exactamente.
Pues por haber impuesto tributo al indigente,
exigiéndole cargas de grano,
si construís casas sillares, no las habitaréis;
si plantáis viñas selectas, no beberéis de su vino.
Sé bien vuestros muchos crímenes
e innumerables pecados:
estrujáis al inocente, aceptáis sobornos,
atropelláis a los pobres en el tribunal (Am 5,7.10-12).

Piensan bastantes comentaristas que todas estas injusticias tienen una meta: eliminar a los campesinos pobres, reduciéndolos a la miseria, para apoderarse de sus campos y que los poderosos puedan hacerse con grandes latifundios. La teoría resulta bastante verosímil. Pero nos interesa más constatar que esta actitud va acompañada de una intensa preocupación por el culto, como si Dios se contentase con peregrinaciones, víctimas y ofrendas, mientras los pobres son pisoteados. Amós aborda a veces el problema con profunda ironía:

Marchad a Betel a pecar,
en Guilgal pecad de firme:
ofreced por la mañana vuestros sacrificios
y al tercer día vuestros diezmos;
ofreced ázimos, pronunciad la acción de gracias,
anunciad dones voluntarios,
que eso es lo que os gusta, israelitas
-oráculo del Señor- (Am 4,4-5).

Como si fuese un sacerdote apasionado por el culto, Amós invita a acudir a los santuarios más famosos (Betel, Guilgal), anima a ofrecer sacrificios, diezmos, ázimos, dones voluntarios. Pero estas peregrinaciones sólo sirven para "pecar" y "aumentar los pecados", porque no responden a la voluntad de Dios, sino al gusto de los israelitas. Para comprender la ironía y el escándalo que debieron provocar en los oyentes estas palabras del profeta ofrezco una posible actualización:

Marchad a Santiago y pecad,
en el Pilar aumentad los pecados.
Acudid a misa todos los días,
ofreced vuestras velas y ofrendas;
encended el botafumeiro,
que ardan los incensarios,
que eso es lo que os gusta, católicos
-oráculo del Señor-.

En otras ocasiones, Amós no sigue el camino de la ironía. Critica duramente, pero con ansias de instruir sobre la recta voluntad de Dios:

Detesto y rehúso vuestras fiestas,
no me aplacan vuestras reuniones litúrgicas;
por muchos holocaustos y ofrendas que me traigáis,

no los aceptaré ni miraré vuestras víctimas cebadas.
Retirad de mi presencia el barullo de los cantos,
no quiero oír la música de la cítara.
Que fluya como agua el derecho
y la justicia como arroyo perenne (Am 5,21-24).

No se trata de que Amós odie al culto. A los comerciantes los ha denunciado por su desprecio de las fiestas religiosas, que les impiden la actividad económica. Lo que el profeta no acepta es un culto acompañado de terribles injusticias, como si a Dios le interesase más recibir ofrendas que el bienestar de los pobres. Sólo en el amor a los hermanos más débiles se muestra el auténtico amor a Dios.

3.2. La situación en Jerusalén

Para conocer las injusticias de Samaría sólo contamos con el testimonio de Amós. El caso de Jerusalén es distinto, porque Isaías, Miqueas, Jeremías y Ezequiel nos ponen en contacto con ellas. Cada cual lo enfoca a su manera, pero todos coinciden en denunciar la situación.

LA CIUDAD INFIEL
(Is 1,21-26)
¡Cómo se ha vuelto una ramera la Villa Fiel!
Antes llena de derecho, morada de justicia,
y ahora de asesinos.
Tu plata se ha vuelto escoria,
tu cerveza está aguada;
tus jefes son rebeldes, socios de ladrones;
todos amigos de sobornos, en busca de regalos.
No defienden al huérfano,
no se encargan de la causa de la viuda.
Oráculo del Señor de los ejércitos,
el héroe de Israel:
Tomaré satisfacción de mis adversarios,
venganza de mis enemigos.
Volveré mi mano contra ti:
te limpiaré de escoria con potasa
separaré de ti la ganga.
Te daré jueces como los antiguos,
consejeros como los de antaño.
Entonces te llamarás Ciudad Justa, Villa Fiel.

El diagnóstico de Isaías se asemeja al que muchos contemporáneos emiten sobre nuestra sociedad. Vivimos en un mundo que ha traicionado y abandonado a Dios, infiel, falso. Pero los motivos parecen distintos. ¿En qué pensamos nosotros al decir que el mundo ha abandonado a Dios, ha perdido la fe, etc.? ¿En iglesias vacías? ¿En poco interés por la doctrina tradicional? ¿Inmoralidad? ¿Qué tipo de inmoralidad?

Para Isaías, Jerusalén ha traicionado a Dios porque ha traicionado a los pobres. Y esta traición la llevan a cabo las autoridades ("tus jefes"), que se encuentran ante dos grupos sociales: los ricos, que se han enriquecido robando (estamos ante un caso manifiesto de demagogia profética) y los pobres, representados por los seres más débiles de la sociedad, huérfanos y viudas. Los primeros pueden ofrecer dinero antes de que se trate un problema y recompensar con regalos los servicios prestados. Los segundos no pueden ofrecer nada; sólo pueden pedir que se les escuche. Ante esta

diferencia, las autoridades se asocian con los ricos/ladrones.

Comparada con la visión que tiene Amós de Samaría, la de Isaías es más compleja e interesante. Habla de quienes acumulan tesoros robando; en esto coincide con Amós. Pero detecta una causa profunda: los ricos pueden robar porque las autoridades se lo permiten. Y éstas lo permiten porque están dominadas por el afán de lucro. Con ello se convierten en "rebeldes"; traicionan su profesión, traicionan a los pobres y traicionan a Dios.

Por eso la solución deberá venir en una línea institucional, eliminando a esas autoridades y nombrando en Jerusalén "jueces como los antiguos, consejeros como los de antaño".

PROSPERIDAD A BASE DE CRIMENES

(Miqueas 3,9-12)

Miqueas, contemporáneo de Isaías, es mucho más duro cuando habla de Jerusalén.

Escuchadme, jefes de Jacob, príncipes de Israel:
vosotros que detestáis la justicia
y torcéis el derecho,
edificáis con sangre a Sión,
a Jerusalén con crímenes.
Sus jefes juzgan por soborno,
sus sacerdotes predican a sueldo,
sus profetas adivinan por dinero
y encima se apoyan en el Señor diciendo:
¿No está el Señor en medio de nosotros?
No nos sucederá nada malo.
Pues por vuestra culpa Sión será un campo arado,
Jerusalén será una ruina,
el monte del Señor un cerro de breñas.

Este oráculo, uno de los más duros y famosos del Antiguo Testamento, comienza denunciando a las autoridades por sus sentimientos ("detestáis la justicia ") y su actitud global ("torcéis el derecho"). Pero a estos temas ya conocidos añade algo nuevo: esas personas tienen un centro de interés: Sión-Jerusalén. Se preocupan por ella, quieren mejorar y ampliar la capital. Para un campesino como Miqueas, Jerusalén debía de ser un gran espectáculo:

Dad vueltas en torno a Sión
contando sus torreones;
fijaos en sus baluartes,
observad sus palacios (Salmo 48,13-14).

Y debía resultar fácil inculcarle los sentimientos del Salmo 122:

¡Qué alegría cuando me dijeron:
"Vamos a la casa del Señor"!
Ya están pisando nuestros pies
tus umbrales, Jerusalén.
Jerusalén está construida como ciudad bien trazada (...).
En ella están los tribunales de justicia,
en el palacio de David.
Desead la paz a Jerusalén:
"Los que te quieren vivan tranquilos,
haya paz dentro de tus muros,
tranquilidad en tus palacios".

En nombre de mis hermanos y compañeros,
te saludo con la paz;
por la casa del Señor, nuestro Dios,
te deseo todo bien.

Pero Miqueas no pertenece a este grupo. No ama Jerusalén, ni sus edificios ni su progreso. No cree en sus tribunales de justicia. No se siente contento de estar en la ciudad. No desea su paz. Porque, igual que Amós, no es un turista ni un peregrino. Es un profeta, que descubre el revés de la trama. Prosperidad y progreso están construidos con la sangre de los pobres, a base de injusticias.

No sabemos a qué hechos concretos se refiere: quizá a los trabajos forzados, sin remuneración, a que las autoridades someten al pueblo para llevar a cabo su actividad constructora (algo parecido a lo que hará el rey Joaquín un siglo más tarde y denunció Jeremías); quizá a los duros tributos que hacen posible el esplendor de la capital. En cualquier caso, se trata de medidas crueles, criminales y sangrientas.

¿Cómo ha podido llegarse a esta situación de injusticia? Porque la codicia se adueña de todos, incluso de los responsables religiosos. Al ritmo del dinero danzan todas las personas importantes de Jerusalén. Y lo más grave es que encima presumen de religiosos e invocan la presencia de Dios para sentirse seguros. Cometen el pecado que más tarde denunciará Jesús: pretenden dar culto a Dios y al dinero. Pero sólo reservan para Dios las palabras; las obras y los corazones están lejos de él, centrados en la ganancia.

LA CIUDAD CRIMINAL E INCORREGIBLE

(Sofonías 3,1-7)

Un siglo después de Isaías y Miqueas la situación no ha cambiado, como lo demuestran estas palabras de Sofonías, profeta de la segunda mitad del siglo VII a.C.

¡Ay de la ciudad rebelde, manchada y opresora!
No obedeció ni escarmentó.
No confiaba en el Señor ni acudía a su Dios.
Sus príncipes en ella eran leones rugiendo;
sus jueces, lobos a la tarde, sin comer desde la mañana;
sus profetas, unos temerarios, hombres desleales;
sus sacerdotes profanaban lo sacro, violentaban la ley.
En ella está el Señor justo, que no comete injusticia;
cada mañana establece su derecho, al alba sin falta;
pero el criminal no reconoce su culpa.
Aniquilé naciones, derruí sus almenas,
llené de escombros sus calles para que nadie transitase,
quedaron arrasadas sus ciudades, sin hombres, sin habitantes.
Pensé: "Ahora me temerás, escarmentarás",
no perderá de vista todo lo que he decretado contra ella.
Pero ellos madrugaban para prevenir sus acciones.

Sofonías, como Isaías, concreta especialmente la "rebeldía" contra Dios en el terreno social. Y hay grupos especialmente responsables: las autoridades civiles, judiciales, religiosas. Las acusaciones del profeta resultan bastante vagas. Nos gustaría encontrar referencias a hechos concretos. Sofonías no cae en esa tentación. Lo que denuncia no son actos aislados, aunque frecuentes, sino una actitud global.

LA CIUDAD SANGUINARIA
(Ezequiel 22,23-31)
Me vino esta palabra del Señor:
Hijo de Adán, dile a Jerusalén:
Eres tierra no limpiada ni llovida
en el día de mi furor.
Sus príncipes dentro de ella
eran león que ruge al desgarrar la presa;
devoraban a la gente,
arrebataban riquezas y objetos preciosos,
multiplicaban dentro de ella el número de viudas.
Sus sacerdotes violaban mi ley
y profanaban mis cosas santas;
no separaban lo sacro de lo profano,
ni declaraban lo que es puro o es impuro.
Ante mis sábados cerraban los ojos
y así fui profanado en medio de ellos.
Sus gobernantes dentro de ella
eran lobos que desgarran la presa
derramando sangre y eliminando
gente para enriquecerse.
Sus profetas eran enjabelgadores,
que les engañaban con visiones falsas y vaticinios,
diciendo: "Así dice el Señor",
cuando el Señor no hablaba.
Los terratenientes cometían
toda clase de atropellos y robos,
explotaban al pobre y al indigente
y trataban injustamente al emigrante.
Busqué entre ellos uno que levantara una cerca,
que por amor a la tierra
aguantara en la brecha frente a mí,
para que yo no la destruyera;
pero no lo encontré.
Entonces derramé mi furor sobre ellos,
los consumí en el fuego de mi furia;
di a cada uno su merecido -oráculo del Señor-.

El poema, escrito después de la destrucción de Jerusalén por los babilonios en el año 586 a.C., intenta justificar esta tragedia. Las causas que aduce el profeta en nombre de Dios son preponderantemente de tipo social, denunciado las injusticias de cinco grupos: príncipes, sacerdotes, gobernantes, falsos profetas y terratenientes. Lo que Sofonías decía con simples metáforas, Ezequiel lo recoge y concreta, ampliándolo con la mención de los terratenientes. De estas personas importantes esperaba Dios que intercedieran por el país y lo protegieran con su buena conducta de la posible amenaza divina. Se presupone una historia semejante a la de Sodoma y Gomorra. Sin embargo, esta gente sólo busca su propio interés: están dispuestos a sacrificar a los demás, no a sacrificarse por los demás. Todo el capítulo 22 de Ezequiel está dedicado al tema de la ciudad sanguinaria.

3.3. Los problemas concretos

Hasta ahora nos hemos fijado en la visión global que los profetas tienen de las dos capitales, en cuanto a las injusticias que en ellas se cometen. Ahora centraremos nuestra atención en algunos de los problemas concretos que denuncian. En las 444-447 de "Con los pobres de la tierra" expongo las diez cuestiones que más llaman la atención: administración de la justicia en los tribunales, comercio, esclavitud, latifundismo, salario, tributos e impuestos, robo, asesinato, garantías y préstamos, lujo. Algunas de ellas han aparecido ya en los textos precedentes. Para no alargarme demasiado, selecciono ciertos puntos de vital interés.

a) La administración de la justicia.

De ella depende los bienes e incluso la vida de muchas personas. Pero, en opinión de bastantes profetas, es de las cosas que peor funcionan. Es frecuente la denuncia del soborno, que lleva a absolver al culpable y condenar al inocente. Esta codicia lleva al perjurio, a desinteresarse de las causas de los pobres e incluso a explotarlos con la ley en la mano. Este último aspecto lo presenta de forma magistral un texto de Isaías:

Ay de los que decretan decretos inicuos
y redactan con entusiasmo normas vejatorias
para dejar sin defensa a los débiles
y robar su derecho a los pobres de mi pueblo;
para que las viudas se conviertan en sus presas
y poder saquear a los huérfanos.
¿Qué haréis el día de la cuenta,
cuando la tormenta venga desde lejos?
¿A quién acudiréis buscando auxilio
y dónde dejaréis vuestras riquezas?
Iréis encorvados con los prisioneros
y caeréis con los que mueren (Is 10,1-4).

Resulta difícil identificar a las personas denunciadas por el profeta (legisladores, jueces injustos, funcionarios reales), pero queda claro que tienen poder de manipular la ley en su favor, redactando "con entusiasmo" una serie de normas complementarias. Con ello pretenden cuatro cosas: a) excluir a los débiles de la comunidad jurídica; b) robar a los pobres toda reivindicación justa; c) esclavizar a las viudas; d) apropiarse de los bienes del huérfano.

Hay algo que llama la atención en este texto. Cuando la reina Jezabel, un siglo antes, quiso apoderarse de la viña de Nabot, tuvo que matarlo (1 Re 21). Ahora, los métodos de explotación se han refinado. Ya no es preciso suprimir a la persona; basta con suprimir sus derechos. Es un procedimiento menos escandaloso y más eficaz. Puede aplicarse a infinidad de casos. No se trata, pues, del frecuente pecado de soborno y corrupción, sino de algo nuevo: "La clase alta quiere crear el fundamento jurídico que legalice la expansión de su capital" (Wildberger). Es la manipulación más descarada del poder legislativo al servicio de los poderosos.

b) La esclavitud

A pesar del drama humano que supone, no es tema frecuente en los profetas. Llama la atención que Amós le conceda importancia tan grande 91,6.9; 2,6; 8,6) y los otros lo silencien, a excepción de Jeremías, aunque es posible que Isaías y Miqueas tengan presente el problema cuando hablan de los huérfanos que se convierten en "botín" de los poderosos (Is 10,1-2) y de los niños a los que roban su dignidad (Miq 2,9). De los diversos textos selecciono un discurso de Jeremías (34,8-20).

Palabra que recibió Jeremías del Señor después que el rey Sedecías pactó con el pueblo de Jerusalén para proclamar una remisión: que cada cual manumitiese a su esclavo hebreo y a su esclava hebrea, de modo que ningún judío fuese esclavo de un hermano suyo. Todos los nobles y el pueblo aceptaron este pacto de dejar libres cada cual a su esclavo y a su esclava, de modo que ninguno siguiera en esclavitud. Obedecieron y los pusieron en libertad. Pero después se volvieron atrás, cogieron otra vez a los esclavos y esclavas que habían manumitido y los sometieron de nuevo a esclavitud.

Entonces vino a Jeremías la palabra del Señor:

Así dice el Señor, Dios de Israel: Yo pacté con vuestros padres cuando los saqué de Egipto, de la esclavitud, diciendo: Al cabo de cada siete años, todos dejarán libre a su hermano hebreo que haya comprado y que les haya servido siete años: lo despedirán en libertad. Pero vuestros padres no me escucharon ni me prestaron oído. Vosotros os habíais convertido haciendo lo que yo apruebo, proclamando cada cual la manumisión de su prójimo y habíais hecho un pacto ante mí, en el templo que lleva mi nombre; cada cual ha vuelto a tomar al esclavo y a la esclava que había dejado libres y los ha sometido de nuevo a esclavitud. Por eso, así dice el Señor: Vosotros no me obedecisteis proclamando cada cual la manumisión para su prójimo y su hermano; pues mirad, yo proclamo la manumisión para la espada y el hambre y la peste, y os haré escarmiento de todos los reyes de la tierra. A los hombres que quebrantaron mi pacto no cumpliendo las estipulaciones del pacto que hicieron conmigo, los trataré como al novillo que cortaron en dos para pasar entre las dos mitades. A los dignatarios de Judá y Jerusalén, a los eunucos y sacerdotes, a todo el pueblo que pasó entre las mitades del novillo, los entregaré en manos de sus enemigos.

El punto de vista de Jeremías, aunque interesante, no llega a la altura del de Amós. Este último rechaza la esclavitud en cualquier circunstancia, nunca la encuentra justificada. Jeremías se contenta con pedir el cumplimiento de la ley de remisión cada siete años. Pero, si pensamos en lo que fue práctica y mentalidad difundida entre los países esclavistas hasta el siglo XIX, hemos de reconocer que la postura del profeta es bastante más avanzada. (El rito del novillo al que hace referencia significa lo siguiente: cuando se hacía un pacto, se descuartizaba a veces un animal y se pasaba entre las dos mitades, queriendo expresar: "así descuartice Dios al que no cumpla este pacto".)

c) El latifundismo

Es tema de gran importancia, dada la economía básicamente agraria de Israel. Pero sólo lo denuncian de forma expresa Isaías y Miqueas.

Ay de los que añaden casas a casas
y juntan campos con campos,
hasta no dejar sitio
y ser vosotros los únicos ciudadanos del país.
Lo ha jurado el Señor de los ejércitos:
Las muchas casas serán arrasadas,
sus magníficos palacios quedarán deshabitados.
Diez yugadas de viñas darán sólo un tonel,
una carga de simiente dará una canasta (Is 5,8-10).

Algunos comentaristas afirman que el pecado consiste en comprar tierras, cosa prohibida por la ley, ya que "la tierra pertenece al Señor" (Lv 25,23). Prescindiendo de que esta interpretación del Levítico es muy discutida, las diferencias entre dicha ley y las palabras de Isaías son evidentes; por otra parte, tal principio no puede aplicarse a la compra de casa. Lo que denuncia el profeta es una práctica tremendamente peligrosa:

con la compra de casas y campos, los ricos son los únicos que conservan plenos derechos dentro de la comunidad. La prosperidad de la tierra les concede la capacidad de decidir en cuestiones políticas, sociales, económicas; en términos modernos, Isaías denuncia la acumulación del capital en pocas manos, mientras a la mayoría sólo le queda su trabajo (con una diferencia esencial con respecto a nuestros tiempos, ya que ahora el simple trabajador puede intervenir en la vida política, cosa entonces imposible).

El texto de Miqueas es más complejo y difícil de entender, pero mucho más rico de contenido.

¡Ay de los que planean maldades
e iniquidades en sus camas!
Al amanecer las ejecutan, porque pueden hacerlo.
Codician campos y los roban,
casas, y las ocupan.
Oprimen al varón con su familia,
al hombre y a su heredad.
Por eso, así dice el Señor:
Mirad, yo planeo una desgracia contra esta gente
de la que no podréis caminar erguidos,
porque será una hora funesta.
Aquel día entonarán contra vosotros una sátira,
cantarán una triste elegía. Dice:
"Estamos totalmente perdidos.
Cambia la propiedad de mi familia.
¿Cómo osa arrebatármela?
Distribuye nuestros campos al infiel".
Ciertamente, no tendréis quién os atribuya por sorteo
un pedazo de tierra en la asamblea del Señor (Miq 2,1-5).

La mayor novedad del texto radica en su última parte, donde se anuncia un nuevo reparto de la tierra, sin que corresponda nada a los latifundistas. Su reacción de ira y sorpresa la expresa un canto irónico que entona el mismo pueblo contra ellos.

Las diferencias entre este oráculo y el anterior de Isaías son interesantes. Isaías no habla de la actitud interna de codicia, que Miqueas considera esencial. Isaías utiliza dos verbos sin connotación ética ("añadir, juntar"), mientras Miqueas presenta todo como contravención del décimo mandamiento ("No codiciarás") y emplea un verbo muy negativo ("robar"). También es curioso el distinto punto de vista a propósito de las consecuencias: Isaías piensa exclusivamente en las ventajas económicas y políticas que esta actividad reporta a los poderosos; Miqueas, por el contrario, tiene presentes a los robados y oprimidos, junto con sus familias; a él no le preocupa sólo un hecho político, socioeconómico o religioso, sino también el problema hondamente humano de la gente pobre.

Así comprendemos las diferencias en el castigo: mientras Isaías sólo habla de la ruina de casa y campos, que fundamentan el orgullo y reflejan el egoísmo de los poderosos, Miqueas abre una puerta a la esperanza de los pobres, refiriéndose a un nuevo reparto de la tierra. Sería injusto deducir de esta comparación una superioridad de Miqueas con respecto a Isaías. Pero es interesante constatar cómo el mismo problema puede ser abordado de forma tan distinta por dos profetas contemporáneos. Quizá por el simple hecho de que uno procedía del campo y otro de la ciudad. En las páginas 262-270 de Con los pobres de la tierra puede verse un excurso sobre "Distintas actitudes ante el problema del latifundismo".

d) El salario

Expresamente trata la cuestión Jeremías, cuando acusa al rey Joaquín de construirse un palacio sin pagar a los obreros. Malaquías denuncia a los propietarios que defraudan de su jornal al que trabaja para ellos (3,5). Esta aparición tardía del tema, y su ausencia en los profetas anteriores, puede ser indicio de que en el siglo V aumenta el número de asalariados sin propiedades.

Pero, ya que este fenómeno es muy antiguo, también podemos afirmar que los profetas de los siglos VIII-VII no le concedieron especial importancia.

Recojo el texto de Jeremías, donde el problema del salario se convierte en punto de partida para el tratamiento de una cuestión más importante: la concepción de la realeza.

¡Ay del que edifica su casa con injusticias,
piso a piso, inicuamente!
Hace trabajar de balde a su prójimo,
no le paga su salario.
Piensa: "Me construiré una casa espaciosa,
con amplios salones; abriré una ventana,
la revestiré de cedro, la pintaré de bermellón".
¿Piensas que eres rey porque compites en cedros?
Tu padre comió y bebió,
practicó la justicia y el derecho y le fue bien;
hizo justicia a pobres e indigentes
y eso sí que es conocerme -oráculo del Señor-.
Tú, en cambio, tienes ojos y corazón
sólo para el lucro,
para derramar sangre inocente,
para el abuso y la opresión.
Por eso, así dice el Señor a Joaquín,
hijo de Josías, rey de Judá:
No le harán funeral cantando:
¡Ay hermano mío, ay hermana!
No le harán funeral: ¡Ay señor, ay majestad!
Lo enterrarán como a un asno: lo arrastarán
y lo tirarán fuera del recinto de Jerusalén (Jr 22,13-19).

El texto parte de un hecho concreto: la construcción de un nuevo palacio en momentos de graves dificultades económicas para el país. Joaquín sólo podía permitirse este lujo haciendo trabajar de balde a los obreros, en contra de lo prescrito por Dt 24,14-15: "No explotarás al jornalero pobre y necesitado, sea hermano tuyo o emigrante que vive en tu tierra, en tu ciudad; cada jornada le darás su jornal, antes que el sol se ponga, porque pasa necesidad y está pendiente del salario". Joaquín no contraviene sólo esta ley; al actuar en contra de la justicia y del derecho falta a su obligación de rey.

El profeta profundiza en el tema contraponiendo las actitudes de Joaquín y de su padre, Josías. Este último lo pasó bien, gozó de lo necesario, pero cumplió con su compromiso fundamental de preocuparse de los más pobres. Por eso "conocía a Dios". Joaquín, en cambio, no entiende la realeza como un servicio a los débiles, sino como un rivalizar en lujo, aunque tenga que cometer toda clase de injusticias e incluso derramar sangre inocente. La ironía del caso es que esta concepción egoísta (excluye al prójimo) y atea (excluye a Dios) resulta también alienante (excluye a Joaquín). A pesar de su actividad y sus proyectos, del dinero robado y la sangre derramada, Jeremías no puede

decir de él que le vayan bien las cosas. Sí puede asegurar que le irán mal. Sólo encontrará odio y rencor. No trató al pueblo como rey, y el pueblo no le tratará como tal en el momento de la muerte. El que pretendía competir en cedros acabará arrastrado como un asno.

3.4. Culto y justicia

Al hablar de la situación en Samaría citamos el texto de Am 5, 21-24 donde Dios, en vez de una actividad cultural abundante, pide "que fluya el derecho como agua y la justicia como arroyo perenne". El tema se encuentra también en Oseas, Isaías y Miqueas. Selecciono algunos de los pasajes más interesantes.

Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma;
escuchad la enseñanza de nuestro Dios,
gente importante de Gomorra.
¿Qué me importa el número de vuestros sacrificios?
-dice el Señor.
Estoy harto de holocaustos de carneros,
de grasa de cebones;
la sangre de novillos,
corderos y machos cabríos no me agrada.
Cuando entráis a visitarme (¿...?)
¿quién os pide esto al pisar mis atrios?
No me traigáis más dones vacíos,
el incienso me resulta execrable.
Novilunios, sábados, asambleas...
no aguanto iniquidad y festividad.
Vuestras solemnidades y fiestas las detesto,
se me han vuelto una carga que no soporto más.
Cuando extendéis las manos (en oración),
cierro los ojos;
aunque multipliquéis las plegarias,
no os escucharé.
Vuestras manos están llenas de sangre.
Lavaos, purificaos,
apartad de mi vista vuestras malas acciones,
cesad de obrar mal, aprended a obrar bien.
Preocupaos por el derecho, enderazad al oprimido,
defended al huérfano, proteged a la viuda (Is 1,10-17).

El texto contiene una crítica de los sacrificios de comunión, que intentan fomentar la unión con la divinidad repartiendo la víctima entre Dios, el sacerdote y el oferente; de los holocaustos, que suponían el máximo desprendimiento, ya que toda la víctima se quemaba, después de derramar la sangre sobre el altar; de las ofrendas vegetales, que sólo se ofrecían en casos especiales y la mayoría de las veces eran el complemento de un sacrificio sangriento; del incienso, enormemente costoso; de los novilunios, sábados y asambleas, de las grandes fiestas anuales e incluso de la oración.

Dios no puede reprochar en este caso falta de interés por el culto. No ocurre aquí como siglos más tarde, en tiempos de Malaquías, cuando se ofrecen al Señor "víctimas robadas, cojas y enfermas" (Mal 1,13). Mas bien impresiona la abundancia y calidad de los animales: carneros, cebones, novillos, corderos, machos cabríos. Es una inundación de carne, grasa y sangre, que desborda los altares y los quemaderos del templo, con humo que se mezcla al olor del incienso, y reuniones multitudinarias de fieles que alzan

sus manos y multiplican sus plegarias. El cuadro dibujado por Isaías, fundiendo elementos dispares, provoca una sensación de agobio, casi de náusea. Y no sólo para nuestra sensibilidad de hombres modernos. También a Dios le repugna.

Todo el sistema cultural queda en entredicho tras esta enumeración, la más exhaustiva que encontramos en un texto profético. Después de la acusación ("vuestras manos están llenas de sangre"), cabría esperar una condena a muerte de los culpables. Pero sigue una exhortación, con nueve imperativos que avanzan cada vez más en sus exigencias. Los dos primeros ("lavaos, purificaos") piden lo imprescindible dadas las circunstancias. Pero no se trata sólo de cubrir las apariencias. Hay que cambiar radicalmente el comportamiento y la actitud ante la vida. Los cuatro imperativos siguientes pasan de la desaparición de lo negativo ("apartad de mi vista vuestras malas acciones", "cesad de obrar el mal") a la implantación de lo positivo ("aprended a obrar el bien", "preocupaos por el derecho"). Son frases que corren el peligro de perderse en vaguedades. Por eso los tres últimos imperativos concretan sus exigencias. El "bien" y el "derecho", abstractos a primera vista, se realizan en la preocupación por las personas más débiles: "enderezad al oprimido, defended al huérfano, proteged a la viuda".

El hombre, a través del culto, intenta agradar a la divinidad, reconocer el puesto capital de Dios en su vida. Pero Isaías recuerda que no hay mejor forma de agradar a Dios que la de interesarse por las personas que él más ama.

Sin embargo, no creo que este texto signifique una condena sistemática del culto. Lo que Dios no soporta es la mezcla de "festividad e iniquidad". En consecuencia, debemos evitar dos peligros: 1) utilizar este pasaje para criticar al culto por sistema; 2) aprovechar que este texto no critica sistemáticamente el culto para seguir uniendo "festividad e iniquidad".

En el profeta Miqueas encontramos otra instrucción de contenido semejante, aunque el desarrollo literario es muy distinto. Comienza Dios pleiteando con el pueblo en un juicio solemne, con la naturaleza como testigo. Motivo: la ingratitud ante los beneficios pasados. Ante este reproche, el pueblo desea mostrarse agradecido, acercarse al Señor, pero sólo se le ocurre un camino: el culto. Miqueas le recuerda verdades más antiguas e importantes:

Escuchad lo que dice el Señor:
Levántate, llama a juicio a los montes,
que los collados escuchen tu voz.
Escuchad, montes, el juicio del Señor,
firmes cimientos de la tierra:
el Señor entabla juicio con su pueblo,
pleitea con Israel.
Pueblo mío, ¿qué te hice? ¿En qué te molesté?
Testimonia contra mí.
Te saqué de la tierra de Egipto,
te redimí de la esclavitud,
enviando por delante a Moisés, Aarón y María.
Pueblo mío, recuerda lo que maquinaba Balac, rey de Moab,
y que respondió Balaán, hijo de Beor.
(Recuerda) desde Sittim a Guilgal,
para que comprendas que el Señor tiene razón.

¿Con qué me presentaré al Señor,
inclinándome ante el Dios del cielo?
¿Me presentaré con holocaustos,

con becerros añojos?
¿Aceptará el Señor un millar de carneros
o diez mil arroyos de aceite?
¿Le ofreceré mi primogénito por mi culpa
o el fruto de mi vientre por mi pecado?

Hombre, ya te ha explicado (Dios) qué está bien,
qué desea el Señor de ti:
que practiques el derecho,
ames la bondad
y seas atento con tu Dios (Miq 6,1-8).

La relación entre los beneficios inciales y las exigencias que se plantean al final es más clara de lo que puede parecer a primera vista. Todo lo que Dios ha hecho por el pueblo: liberación de Egipto, salvación a través de Moisés y sus hermanos, protección en el desierto, bendición, paso de Jordán, entrada en Palestina, surgen del deseo divino de que su pueblo goce de libertad, de unas leyes y una tierra. Cuando se desprecia el derecho y la bondad se destruye el plan de Dios. Por el contrarios, cuando se practica el derecho y se ama la bondad, se continúa su obra salvífica. Esto es lo más grande que el hombre puede ofrecer al Señor: toda su vida, su actividad, sus sentimientos, al servicio de sus planes. De las exigencias finales, las dos primeras, referentes al derecho y la bondad, coinciden con lo dicho por otros profetas. La tercera ("y seas atento con Dios", o "que camines humildemente con tu Dios") representa algo nuevo e importante. Sólo quien reconoce con humildad su condición de creatura es capaz de vivir pendiente del Señor.

Terminemos con el texto de un profeta anónimo de finales del siglo VI a. C. que se conserva en el libro de Isaías. En esta época adquiere especial auge la práctica del ayuno, conocida antes del destierro, pero que ahora se celebra en fechas fijas: aniversario del asedio de Jerusalén, del día de la caída de la capital, del incendio de la ciudad y del templo, del asesinato del gobernador Godolías. Se trata de un día de humillación y mortificación para conseguir el favor divino. Pero el autor de este texto piensa que el único camino para obtener la salvación pasa por la justicia y el amor al prójimo.

Grita a voz en cuello, sin cejar,
alza la voz como trompeta,
denuncia a mi pueblo sus delitos,
a la casa de Jacob sus pecados.
Me consultan a diario, desean conocer mis caminos,
-como un pueblo que practicara la justicia
y no abandonase el derecho de su Dios-,
me preguntan las normas justas,
desean estar cerca de Dios.
¿Para qué ayunar, si no haces caso?
¿Mortificarnos, si no te fijas?
Mirad: ayunáis entre pleitos y peleas,
dando puñetazos sin piedad.
No ayunéis como ahora,
haciendo oír en el cielo vuestras voces,
¿es ése el ayuno que el Señor desea,
el día en que el hombre se mortifica?
Mover la cabeza como un junco,

acostarse sobre estera y ceniza,
¿a eso lo llamáis ayuno, día agradable al Señor?
el ayuno que yo quiero es éste:
abrir las cadenas injustas,
soltar las correas del yugo,
dejar libres a los oprimidos,
romper todos los yugos;
partir tu pan con el hambriento,
hospedar a los pobres sin techo,
vestir al que ves desnudo
y no cerrarte a tu propia carne.
Entonces romperá tu luz como la aurora,
en seguida te brotará la carne sana;
te abrirá camino tu justicia,
detrás de ti irá la gloria del Señor.
Entonces clamarás al Señor y te responderá;
pedirás auxilio y te dirá: Aquí estoy.
Si destierras de ti los yugos,
la acusación con falso testimonio,
si te entregas al hambriento
y sacias el estómago del indigente,
surgirá tu luz en las tinieblas,
tu oscuridad se volverá mediodía.
El Señor te guiará siempre,
hará fuertes tus huesos, serás huerto bien regado,
un manantial de aguas cuya vena no engaña.
Reconstruirás viejas ruinas,
levantarás sobre cimientos de antaño,
te llamarán "tapiador de brechas",
"restaurador de sendas transitables" (Is 58,1-12).

Como punto de partida conviene recordar la situación histórica. El país está asolado, Jerusalén casi arrasada. El poema lo expresa con imágenes de oscuridad, enfermedad, aridez, que más tarde se concretan en ruinas, brechas, sendas intransitables. En estas circunstancias, el pueblo (al menos gran parte de él) necesita que Dios le preste atención. Para ganárselo, organizan los días de ayuno. Pero, con sorpresa, e incluso indignación, advierten que esa práctica no les sirve de nada.

El profeta justifica ese silencio de Dios, indicando en un primer momento que el ayuno va acompañado de egoísmo, codicia y reyertas. "En el mismo momento en que pretendéis honrar a Dios, vuestro padre, molestáis el prójimo, vuestro hermano" (Bonnard). Luego habla de los ritos que acompañan al ayuno (mover la cabeza, acostarse sobre estera y ceniza). Frente a esas acciones poco comprometedoras, Dios indica los verdaderos ritos que deben constituir el ayuno, y que están orientados en beneficio de los oprimidos, hambrientos, pobres sin techo y desnudos. Compartir con ellos pan, casa y vestido es lo que Dios espera de su pueblo. Estas exigencias las resume la frase final, "no cerrarte a tu propia carne", que podríamos explicar: "no te desentiendas del prójimo, que es algo tuyo". como subrayan muchos comentaristas, no se dice "tu hermano", sino "tu carne", refiriéndose con ello a cualquier hombre, aunque no sea israelita.

Indirectamente, el autor pone el dedo en la llaga y desvela una de las causas capitales de la injusticia: la falta de identificación con el que sufre, el no sentirnos

afectados personalmente por el hambre, la desnudez o la pobreza de los otros, considerando estos hechos "datos" fríos de una posible encuesta sobre problemas sociales. Cuando alguien pasa hambre, eres tú quien pasa hambre. Cuando alguien va desnudo, eres tú quien va desnudo. Cuando te desentiendas del prójimo, te cierras a ti mismo, porque no es algo ajeno a ti, sino tu propia carne. Este es el presupuesto del autor. Cuando el pueblo adopte esta postura, cambiará la situación y podrá gozar con la alegría de la salvación de Dios.

4. El Imperialismo Militar

Advertencia previa

Es posible que a algunos lectores no le resulte demasiado sugerente el tema de este capítulo, y quizá se asusten de su extensión. Sin embargo, no les aconsejaría que se lo saltasen por completo.

A los interesados por la teología de la historia, por ese vaivén continuo de injusticias que cometen las grandes potencias, les aconsejo que lean al menos lo referente a Habacuc. Es el único caso en que no selecciono fragmentos sueltos, sino incluyo el texto completo con breves comentarios. Porque se trata de un profeta prácticamente desconocido, pero de los más profundos.

Otro texto capital es Isaías 14, incluido en el apartado sobre Babilonia. Poema magnífico desde el punto de vista literario y teológico, que todos deberían conocer.

También aconsejo la lectura de las dos visiones contenidas en el libro de Daniel, ya que representan el punto final de la reflexión profética.

Ya que el tema es complejo, y las posturas muy diferentes a veces, a muchos lectores podrá serles útil comenzar leyendo las conclusiones con que cierro el capítulo.

La existencia de grandes potencias que dominan el mundo e imponen su ley de forma indiscutible es algo que muchos aceptan casi con naturalidad. Otros se indignan con sus arbitrariedades y sus injerencias en la actividad política y económica de los países más pequeños. Pero raras veces se reflexiona teológicamente sobre el tema. Sin embargo, dentro de la Biblia, el problema del imperialismo es uno de los más candentes y continuos. Asiria, Egipto, Babilonia, Persia, Grecia, Siria, Roma, dominaron sucesivamente al pueblo judío desde el siglo VIII a.C. hasta que dejó de existir como nación. Este fenómeno del imperialismo no podía pasar inadvertido para los profetas. Todos ellos escucharon "las botas que pisan con estrépito" y contemplaron "los mantos manchados de sangre" (Isaías 9,4). Fueron testigos de esas invasiones militares que Joel compara con plagas de langosta:

... como crepúsculo que se extiende por los montes
es el ejército denso y numeroso (...).
En vanguardia el fuego devora,
las llamas abrasan en retaguardia;
delante la tierra es un vergel,
detrás es una estepa desolada (...).
Asaltan la ciudad, escalan las murallas,
suben a las casas,
penetran como ladrones por las ventanas.
Ante ellos la tierra tiembla y se conmueve el cielo,
sol y luna se oscurecen (Jl 2,2-10).

Estas palabras nos ayudan a comprender que el problema del imperialismo no es para los profetas una cuestión teórica, sino un drama que plantea serios interrogantes. Porque, ¿cómo conciliar el amor de Dios y su justicia con la desolación, la opresión y la

muerte que provocan las potencias invasoras? El material es abundante, y se presta a un análisis detenido sobre las diversas formas en que los profetas abordan el tema. En la revista "Proyección" 26 (1979) 171-180 y 313-323 le dediqué dos artículos. Ahora me limito a seleccionar los textos más representativos, aunque en este caso considero necesario añadir breves consideraciones históricas para que resulten más comprensibles. Me ha parecido importante ofrecer una visión cronológica, siguiendo el orden en que los imperios fueron dominando a Israel: Asiria, Babilonia, Persia, Siria.

4.1. Asiria

Cuando Israel se constituye como pueblo, hacia los siglos XIII-XII a.C., el problema del imperialismo no existe en el Antiguo Oriente. Precisamente la debilidad de las grandes potencias (Egipto y Mesopotamia) permitirá a David durante el siglo X ampliar notablemente sus dominios, invadiendo Amón, Moab, Amón y Siria. Su política debemos calificarla al menos de mini-imperialistas; y su actitud con los vencidos rayó en la crueldad (ver 1 Re 11,15-18). Pero nadie, ni siquiera Natán, le criticó por ello. Los judíos, como todos los pueblos, han demostrado siempre una sensiblidad finísima para las injusticias que padecen, pero la pierden cuando se trata de las injusticias que cometen.

El imperialismo a gran escala amenaza el horizonte de Israel a mediados del siglo IX a.C., cuando Salmanasar III sube al trono de Asiria. Su política expansionista no tuvo éxito; los reyes de Damasco, Jamat e Israel consiguieron frenar sus ímpetus en la batalla de Qarqar (año 853) y alejar momentáneamente el peligro. Pero, un siglo más tarde, cuando Tiglatpileser III sube al trono de Asiria (año 745), ya no hay solución. Este gran organizador y hábil militar revoluciona la técnica de la guerra: en los carros de combate sustituye las ruedas de seis radios por las de ocho, más resistentes; emplea caballos de respuesto, que permiten mayor rapidez y facilidad de movimientos; provee a los jinetes de coraza y a la infantería de botas. En pocos años, el Imperio extiende sus dominios desde el golfo pérsico hasta el Mediterráneo.

Tiglatpileser y sus sucesores adoptan con los demás países una política centrada en los siguientes puntos:

a) el primer paso consiste en una demostración de fuerza, que lleva a esos estados a una situación de vasallaje, con pago anual de tributo;

b) si más tarde tiene lugar, o se sospecha, una conspiración contra Asiria, las tropas imperiales intervienen rápidamente, destituyen al monarca y colocan en su puesto a un príncipe adicto; al mismo tiempo aumentan los impuestos, la política exterior es controlada con más severidad y gran parte del territorio pasa a convertirse en provincia asiria;

c) al menor signo de nueva conspiración intervienen de nuevo las tropas, todo el país queda anexionado al Imperio y se deporta a gran número de habitantes, a fin de destruir la cohesión nacional e impedir nuevas revueltas.

Tanto Israel como Judá fueron víctimas de esta política imperialista Asiria. El primero debió padecer paso a paso la conducta descrita anteriormente: a) pago del tributo en tiempos de Menajén (2 Re 15,19-20); b) pérdida de territorios con Pécaj (2 Re 15,29); c) pérdida de la independencia y deportación durante el reinado de Oseas (2 Re 17,4-6). todo esto en el espacio de unos veinte años (743-720).

Judá salió aparentemente mejor librada. En un primer momento, el rey Acaz intentó congraciarse a Tiglatpileser III buscando su apoyo contra pueblos enemigos. Obtiene el favor, pero a un precio muy alto (2 Re 16,8). Además, a partir de aquel momento queda sometido a Asiria en el primer grado de vasallaje, debiendo pagar tributo anual. Su hijo Ezequías se rebelará contra Asiria el año 705, aprovechando la

muerte de Sargón II. Pero su audacia le costará muy cara. El nuevo emperador, Senaquerib, invade el territorio judío, conquista cuarenta y seis fortalezas, asedia Jerusalén y se lleva un enorme botín (2 Re 18,13-16). A partir de entonces, el dominio asirio se acepta como algo inevitable.

El largo reinado de Manasés se halla bajo este signo. Mientras, los asirios siguen su política expansionista; las tropas de Asurbanipal llegan a la primera catarata del Nilo, consiguiendo lo inimaginable: someter a Egipto. Pero el punto culminante señala también el comienzo de la decadencia: Asiria es incapaz de gobernar tan vasto Imperio. Y aunque los países occidentales sólo son capaces de incubar un odio creciente o de tímidos intentos de independencia, en Babilonia y Media va fraguando el derrocamiento de la gran potencia. Efectivamente, el año 612 cae Nínive, capital del Imperio, y el 610 Jarán, su último baluarte. En definitiva, el dominio asirio sobre Judá duró un siglo aproximadamente: desde el año 734, fecha en que Acaz solicita su ayuda, hasta el 632, cuando el rey judío Josías comienza su reforma político-religiosa.

Los textos proféticos más importantes proceden de los libros de Isaías y Nahún.

Descripción del ejército

(Isaías 5,26-29)

Izará (el Señor) una enseñanza para un pueblo remoto,
le silbará hacia el confín de la tierra;
miradlo llegar veloz y ligero.
No hay cansancio, no hay tropiezo,
no se acuesta, no se duerme,
no se desciñe el cinturón de los lomos,
no se desata la correa de las sandalias.
Sus saetas están aguzadas y todos los arcos tensos;
las pezuñas de sus caballos son pedernal,
y las ruedas, torbellinos.
Su rugido es de león, ruge como los cachorros,
gruñe y atrapa la presa,
la retiene, y nadie se la arranca.

A nivel descriptivo, el interés del texto radica en presentar la fuerza y rapidez del ejército, que supera todos los obstáculos. Pero es más interesante fijarse en otros detalles de tipo teológico. El libro de Isaías inserta este breve poema como final de la llamada "sección de los ayes" (5,7-25), donde se han descrito los diversos pecados que dominan en el reino de Judá: latifundismo, lujo y francachelas, despreocupación por los planes de Dios, corrupción de los valores, etc. Como ha dicho previamente la "canción de la viña" (Is 5,1-7), Judá, "la viña del Señor de los ejércitos", se ha corrompido totalmente, y en vez de dar uvas da agrazones.

En este contexto de pecado contra Dios y contra el prójimo es donde adquiere sentido el anuncio de la invasión enemiga. El profeta no la ve como un hecho casual, sino como castigo por los pecados del pueblo judío. Por eso, el ejército no lo pone en marcha una orden del emperador, sino la decisión del mismo Dios que "iza una enseña al pueblo remoto" y le silba, como a un perro, para que acuda al lugar que desea castigar. ¿Es justa esta visión de la historia? ¿Es Asiria un simple instrumento en manos de Dios, que se acomoda plenamente a sus planes? Isaías se mostró demasiado optimista en este primer momento. El texto siguiente refleja un profundo cambio de postura.

El orgullo de Asiria
(Isaías 10,5-16)
¡Ay Asur, vara de mi ira,
bastón de mi furor!
Contra una nación impía lo envié,
lo mandé contra el pueblo de mi cólera,
para entrarlo a saco y despojarlo,
para hollarlo como barro de las calles.
Pero él no pensaba así,
no eran éstos los planes de su corazón.
Su propósito era aniquilar,
exterminar naciones numerosas.
Decía: "¿No son mis ministros reyes?
¿No fue Calno como Cárquemis?
¿No fue Jamat como Arpad?
¿No fue Samaría como Damasco?
Lo que hice con Samaría y sus imágenes,
¿no lo voy a hacer con Jerusalén y sus ídolos?".
El decía:
"Con la fuerza de mi mano lo he hecho,
con mi saber, porque soy inteligente.
Cambié las fronteras de las naciones,
saqueé sus tesoros
y derribé como un héroe a sus jefes.
Mi mano cogió, como un nido,
las riquezas de los pueblos;
como quien recoge huevos abandonados,
cogí toda su tierra,
y no hubo quien batiese las alas,
quien abriese el pico para piar".
¿Se envanece el hacha contra quien la blande?
¿Se gloría la sierra contra quien la maneja?
Como si el bastón manejase a quien no es leño.
Por eso, el Señor de los ejércitos
meterá enfermedad en su gordura.
y debajo del hígado le encenderá un fiebre,
como incendio de fuego.

El texto precedente presentaba a Asiria como un animal que acude al silbido del Señor. Isaías mantiene su postura, hablando ahora del Imperio como de una vara o un bastón que Dios utiliza para castigar. Pero en su teología de la historia se produce un cambio, provocado por la realidad. Los hechos demuestran que los planes de Dios y los de Asiria son incompatibles. Hay una diferencia radical entre el plan del Señor ("castigar a una nación impía") y el proyecto del emperador ("aniquilar, exterminar naciones numerosas"). Es una diferencia a nivel intensivo (castigar-exterminar) y extensivo (una nación-naciones numerosas). Esta crueldad, esta voluntad de dominio universal, unida a la arrogancia y a la blasfemia, es lo que atrae sobre el emperador asirio la cólera de Dios.

¿Significa esto que un Imperio moderado, "comprensivo", es compatible con la voluntad de Dios? Posiblemente Isaías lo habría afirmado en este momento, en caso de que el Señor quisiera castigar a su pueblo. Pero sólo con este presupuesto, y sólo de

forma transitoria. Porque el imperialismo no constituye un ideal, como demostrarán otros textos. De esto hablaremos más adelante. Por ahora queda claro que Asiria actuó de forma cruel y soberbia (peligro que difícilmente puede evitar cualquier gran potencia), y la que fue enviada a castigar terminará castigada.

El castigo de Asiria

(Isaías 30,27-33)

Mirad: el Señor en persona viene de lejos,
arde su cólera con espesa humareda;
sus labios están llenos de furor,
su lengua es fuego devorador;
su aliento es torrente desbordado
que alcanza hasta el cuello:
para cribar a los pueblos con criba de exterminio,
para poner bocado de extravío
en la quijada de las naciones.
Vosotros entonaréis un cántico
como en noche sagrada de fiesta:
se alegrará el corazón al compás de la flauta,
mientras vais al Monte del Señor,
a la Roca de Israel.
El Señor hará oír la majestad de su voz,
mostrará su brazo que descarga
con ira furiosa y llama devoradora,
con tormenta, aguacero y pedrisco.
A la voz del Señor se acobarda Asiria,
golpeada con la vara.
Cada golpe de la vara de castigo
que el Señor descargue sobre ella
se dará entre panderos y cítaras y danzas.
Que está preparada hace tiempo en Tofet,
está dispuesta, ancha y profunda,
un pira de leña abundante:
y el soplo del Señor, como torrente de azufre,
le prenderá fuego.

Este terrible poema, que recuerda en parte al capítulo 3 de Habacuc, se desarrolla con elementos semejantes a los de la gran liberación de Egipto: la noche de la venganza, la teofanía del Sinaí, las plagas o golpes, el brazo que descarga; el acontecimiento se celebra en una fiesta nocturna, con música y danzas, con una marcha al Monte Santo. Otros elementos, como la pira de fuego, son nuevos. El Tofet es un lugar cercano a Jerusalén donde parece que se llevaron a cabo sacrificios humanos por el fuego (ver Jr 7,31-34; 19,3-9). Este lugar se convierte en el puesto del castigo del Señor para Asiria.

Asedio y destrucción de Nínive

(Nahún 2,2-14; 3,1-19)

Nínive, capital del Imperio asirio a partir de Senaquerib, terminará convirtiéndose para los judíos en símbolo de la opresión y del imperialismo. Así la presentará el librito de Jonás. Pero lo que a Nahún le interesa es describir el final de la ciudad. Se trata de una visión dantesca, que comienza con el primerísimo plano de un escudo para ir

abriendo el objetivo, hasta abarcar a los soldados, los carros, las plazas, las murallas, las puertas de la ciudad, el palacio. A la conquista siguen destierro, saqueo, deportación. Pero, incluso en estos momentos en que "el temple se funde y vacilan las rodillas", el profeta saca fuerzas para reflexionar sobre la situación anterior de la capital, su pecado, y el influjo decisivo de Dios en este acontecimiento.

Que te asaltan los arietes
y se estrecha el cerco:
vigila los accesos,
apréstate y redobla tus fuerzas.
El escudo de la tropa está rojo
y los soldados visten de púrpura;
es un ascua el revestimiento
de los carros en formación.
Los jinetes vertiginosos,
los carros enloquecidos
se lanzan por calles y callejas
revolviéndose como teas o relámpagos.
Pasa revista a sus capitanes
que tropiezan en sus recorridos,
se apresuran hacia las murallas
y se asegura la barrera.
Se abren las esclusas de los ríos
y el palacio se derrumba;
hacen formar y salir a los cautivos,
conducen a las esclavas,
que se golpean el pecho gimiendo como palomas.
Nínive es una alberca cuyas aguas se escapan:
¡Deteneos, deteneos!, pero nadie se vuelve.
Saquead plata, saquead oro,
el depósito es inacabable,
qué abundancia de toda clase de enseres preciosos.
¡Destrucción, desolación, devastación!
El temple se funde, vacilan las rodillas,
se doblan los ijares, el rostro pierde el color.
¿Dónde está el cubil de los leones,
la guarida de los cachorros,
adonde iban sin asustarse
el león con la leona y sus crías?
El león que hacía presa para sus cachorros
y despedazaba para sus leonas,
su cueva se llenaba de víctimas,
su guarida de despojos.
¡Aquí estoy contra ti!
-oráculo del Señor de los ejércitos -.
Arderán humeando tus carros
y la espada devorará tus cachorros,
extirparé de la tierra tus presas
y no volverá a sonar la voz de tus pregoneros.

El capítulo tercero del profeta está dedicado al mismo tema. Los versos iniciales describen con estilo rapidísimo cómo la guerra y la muerte se apoderan de la ciudad;

luego se indican las causas del castigo y se habla de la intervención de Dios. La sección central recuerda la caída de No-Amón, la famosa Tebas egipcia, que el año 652 pasó a poder de los asirios, y se amenaza a Nínive con el mismo castigo. Toda resistencia es inútil: los capitanes y las autoridades serán los primeros en desertar. Los versos finales presentan el desastre como ya sucedido; los príncipes y reyes han muerto, el pueblo está disperso por las montañas. Nínive ha desaparecido de la historia a causa de su maldad.

¡Ay de la ciudad sanguinaria y traidora,
repleta de rapiñas, insaciable de despojos!
Escuchad: látigos, estrépito de ruedas,
caballos al galope, carros rebotando,
jinetes al asalto, llamear de espadas,
relampagueo de lanzas, multitud de heridos,
masas de cadáveres, cadáveres sin fin,
se tropieza en cadáveres.
Por las muchas fornicaciones de la prostituta,
tan hermosa y hechicera,
que compraba pueblos con sus fornicaciones
y tribus con sus hechierías.
¡Aquí estoy contra ti!
-oráculo del Señor de los ejércitos.
Te arrojaré basura encima
y te expondré a la pública vergŸenza.
Los que te vean se apartarán de ti diciendo:
Desolada está Nínive, ¿quién la compadecerá?
¿Dónde encontrar quien la consuele?

¿Eres tú mejor que No-Amón,
señora del Nilo, rodeada de aguas?
Su fuerza era el mar, las aguas su muralla,
incontables cusitas, egipcios sin número,
libios y etíopes eran sus defensores.
También ella fue al desierto, marchó prisionera,
sus hijos fueron estrellados en las encrucijadas,
se rifaron a los nobles
y encadenaron a los notables.
También tú te embriagarás y te esconderás,
también tú buscarás asilo lejos del enemigo.
Tus plazas fuertes son higueras cargadas de brevas,
al sacudirlas caen en la boca que las come.
Mira, tus soldados
se han vuelto mujeres frente al enemigo;
abiertas están las puertas de tu territorio
y el fuego ha consumido los cerrojos.
Haz acopio de agua para el asedio,
fortifica las defensas,
pisa lodo, aplasta arcilla,
métela en el molde:
que el fuego consumirá,
como devora la langosta,
y la espada te aniquilará.

Aunque te multipliques como la langosta,
te multipliques como los saltamontes,
la langosta muda de piel y vuela;
aunque sean tus buhoneros
más que las estrellas del cielo,
tus capitanes como lagostas,
tus jefes como insectos,
posados en la tapia durante el frío,
al brillar el sol se marchan sin dejar huella.
Tus pastores, rey de Asiria, se han dormido,
y tus capitanes se han tumbado,
la tropa está dispersa por los montes y no hay quien la reúna.
No hay remedio para tu fractura,
tu herida es incurable.
Los que oyen noticias tuyas palmotean,
pues, ¿sobre quién no descargó tu perpetua maldad?

Nahún es quizá el profeta más duramente criticado por algunos comentaristas. Se le acusa de ignorar los pecados de su pueblo, de saña sanguinaria contra Nínive, de alegría cruel, de despreciar a los paganos. En definitiva, de ser un falso profeta, que se ha colado de rondón en el canon.

Desde luego, nos sentimos más a gusto leyendo lo que dice Jonás sobre Nínive. Nahún nos entusiasma como poeta. Nos duele como profeta. Sin embargo, algo muy serio debe haber en su mensaje para que se nos haya transmitido como palabra de Dios. No pensamos que sea sólo su nacionalismo a ultranza o su espíritu vengativo. Lo que está en juego para él es la justicia de Dios en la historia, un problema que angustió a los judíos de todos los tiempos y sigue preocupando a nuestros contemporáneos. ¿Puede tolerar Dios a un imperio que despedaza sin compasión a sus víctimas? ¿A la ciudad sanguinaria y traidora, "repleta de rapiñas, insaciable de despojos", que ha descargado sobre todos los pueblos "su perpetua maldad"? Para Nahún, la respuesta es evidente: no. La justicia no se lo permite, su fidelidad a los que confían en él no lo tolera. Por eso el castigo de Nínive es preciso. Nahún lo canta, lo describe. Con la rabia del oprimido, sin concesiones a la compasión. Su actitud nos resulta muy dura. Pero es un elemento imprescindible si queremos esbozar una teología de la historia. Una pieza más en ese rompecabezas que componen oráculos muy distintos del Antiguo Testamento.

Por otra parte, el escándalo que podemos experimentar leyendo a Nahún puede ser bastante farisaico. El Apocalipsis de Juan muestra la misma alegría cruel cuando anuncia la caída de Roma, nueva Babilonia, la gran prostituta, "borracha de la sangre de los consagrados y de la sangre de los testigos de Jesús" (Ap 17,6; ver los capítulos 17-19). No es lo mismo teorizar sobre la opresión y el imperialismo que padecerlos.

4.2. Babilonia

La caída de Nínive y Jarán, con la siguiente desaparición del Imperio asirio, va a dar paso a una nueva potencia: Babilonia. Famosa ya desde antiguo, es precisamente a finales del siglo VII y primera mitad del VI a.C. cuando vuelve a recuperar su poderío, gracias a Nabopolasar y a su hijo, Nabucodonosor. Para los judíos supondrá la experiencia más trágica de toda su historia: el año 586, Jerusalén es conquistada, se destruyen las murallas, se incendia el templo, el pueblo marcha al destierro y desaparece la monarquía. Todos los pilares de la fe de Israel caen por tierra, al menos aparentemente. Hombres ilustres, de profunda fe en Dios, convertirán esta "siembra

entre lágrimas" en una "cosecha entre cantares". Sabrán sacar una profunda enseñanza de la historia, sin perder nunca la esperanza de una posible restauración del pueblo unida a una honda conversión religiosa.

No nos interesa aquí analizar la trágica y rica experiencia de esta época. Sólo nos fijaremos en algunos de los textos proféticos que hablan de este nuevo Imperio. Hay posturas semejantes a las ya constatadas con respecto a Asiria. Pero han pasado años desde entonces, y la profecía se enriquece con nuevos puntos de vista. Es lo que observamos a través de Jeremías, algunos textos de profetas anónimos y, sobre todo, de Habacuc.

Este apartado lo estructuro de la forma siguiente. Hablo en primer lugar de Jeremías, con su compleja postura de aceptación y condena del poderío babilonio. Luego, de Habacuc, que no ve este Imperio como un fenómeno aislado, sino con uno más en la cadena del imperialismo, lo que le obliga a plantearse el tema de la justicia de Dios en la historia. Tanto Jeremías como Habacuc nos sitúan en los primeros años del apogeo neobabilónico. Más tarde, cuando tenga lugar la destrucción de Jerusalén y del templo, la deportación, aumentará notablemente el odio a Babilonia, expresado principalmente por profetas anónimos, cuya obra se ha conservado en los libros de Isaías y Jeremías. Entre estos textos adquiere especial relieve el capítulo 14 de Isaías, ya que supera la visión nacionalista y condena con gran fuerza poética y teológica el orgullo y la crueldad de los tiranos.

Babilonia, instrumento del castigo de Dios

(Jeremías 25,1-11)

El año cuarto del reinado de Joaquín, hijo de Josías, en Judá, que corresponde al año primero del reinado de Nabucodonosor en Babilonia, recibió Jeremías este mensaje para todo el pueblo judío, y el profeta Jeremías se lo comunicó a todos los judíos y a todos los vecinos de Jerusalén:

Desde el año trece del reinado en Judá de Josías, hijo de Amón, hasta el presente día -en total veintitrés años-, he recibido la palabra del Señor y os la he predicado puntualmente, y no me habéis escuchado. El Señor os enviaba puntualmente a sus siervos los profetas, y no quisisteis escuchar ni prestar oído. Os exhortaban: ÔQue se convierta cada uno de su mala conducta y de sus malas acciones, y volverá a la tierra que el Señor os entregó a vosotros y a vuestros padres, desde siempre y para siempre. Y no sigáis a dioses extranjeros para servirles y adorarlos, y no me irritéis con las obras de vuestras manos, para vuestro malÕ.

No excuchasteis -oráculo del Señor-, me irritasteis con las obras de vuestras manos, para vuestro mal. Por eso, así dice el Señor de los ejércitos: Puesto que no escuchasteis mis palabras, yo mandaré a por los pueblos del norte y a por Nabucodonosor, rey de Babilonia, siervo mío; lo traeré a esta tierra, contra sus habitantes y los pueblos vecinos; los consagraré al exterminio, los convertiré en espanto, burla y ruina perpetua. Haré cesar la voz alegre y la voz gozosa, la voz del novio y la voz de la novia, el ruido del molino y la luz de la lámpara. Toda esta tierra quedará desolada, y las naciones vecinas estarán sometidas al rey de Babilonia durante setenta años.

El texto está fechado el año 605, precisamente cuando Nabucodonosor acaba de arrebatar a los egipcios la aparentemente inexpugnable fortaleza de Carquemis, permitiéndole la conquista de los países de Siria-Palestina. Como si la línea Maginot se hubiese derrumbado en un día, permitiendo la invasión de las tropas alemanas. Pero Jeremías, igual que Isaías un siglo antes, no contempla los hechos como resultado de simples causas políticas, militares o económicas. Los interpreta como decisión divina

de castigar a su pueblo, que se niega durante años a obedecer a Dios, que le habla a través de los profetas. Sin embargo, a diferencia de Isaías, no considera a Nabucodonosor un simple instrumento en manos de Dios ("vara, bastón"), sino que le da un título honorífico, "mi siervo". Este tema quedará más claro en el texto siguiente.

Sumisión al rey de Babilonia

(Jeremías 27,1-22)

Este nuevo texto está fechado el año 594 ("el año cuarto del reinado de Sedecías"); han pasado, pues, once años desde el anterior. Nabucodonosor no es ahora un príncipe victorioso en el que los babilonios depositan su esperanza. Se ha convertido en el dominador del mundo antiguo, que impone su ley a numerosos pueblos. Ante esta amenaza. parece que el año 594 tiene lugar en Jerusalén una reunión de pequeños países cercanos a Judá, con vistas a ofrecer resistencia. Jeremías, sin embargo, pide el sometimiento a Babilonia como única respuesta posible a la voluntad de Dios.

El discurso se divide en tres partes. La primera habla a los ministros de los países extranjeros; la segunda al rey judío, Sedecías; la tercera a los sacerdotes y al pueblo. Para comprender esta última parte conviene recordar que cuatro años antes 595) había tenido lugar una primera deportación y los babilonios se habían llevado parte del ajuar del templo.

El año cuarto del reinado del Sedecías, hijo de Josías, rey de Judá, recibió Jeremías esta palabra del Señor:

El señor me dijo: Hazte unas coyundas y un yugo y encájatelo en el cuello, y envía un mensaje a los reyes de Edom. Moab, Amón, Tiro y Sidón, por medio de los embajadores que han venido a Jerusalén a visitar al rey Sedecías. Diles que informen a sus señores: Así dice el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Decid a vuestros señores:

Yo he creado la tierra y hombres y animales
sobre la faz de la tierra,
con mi gran poder y con mi brazo extendido:
y la doy a quien me parece.
Pues bien, yo entrego todos estos territorios
a Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo;
incluso las fieras agrestes
se las doy como vasallos;
todas las naciones serán vasallos de él,
de su hijo y nieto,
hasta que le llegue a su país
la hora de ser vasallo
de pueblos numerosos y reyes poderosos.
Si una nación y su rey no se someten
a Nabucodonosor, rey de Babilonia,
y no rinden el cuello
al yugo del rey de Babilonia,
con espada y hambre y peste
castigaré a esa nación,
hasta entregarla en sus manos -oráculo del Señor-.
Y vosotros no hagáis caso
a vuestros profetas y adivinos
intérpretes de sueños, agoreros y magos,
que os dicen:

"No seréis vasallos del rey de Babilonia";
porque os profetizan embustes
para sacaros de vuestra tierra,
para que yo os disperse y os destruya.
Si una nación rinde el cuello
y se somete al rey de Babilonia,
la dejaré en su tierra,
para que la cultive y la habite -oráculo del Señor-.

A Sedecías, rey de Judá,
le hablé en los mismos términos:
Rendid el cuello al yugo del rey de Babilonia,
someteos a él y a su pueblo, y viviréis,
así no moriréis a espada, de hambre y peste,
como dijo el Señor
a los pueblos que no se sometan al rey de Babilonia.
No hagáis caso a los profetas que os dicen:
"No seréis vasallos del rey de Babilonia"
porque os profetizan embustes;
yo no los envié -oráculo del Señor-
y ellos profetizaban embustes en mi nombre,
para que yo os tenga que arrojar y destruir
a vosotros con los profetas que os profetizan.

A los sacerdotes y al pueblo les dije:
Así dice el Señor:
No hagáis caso a esos profetas que os profetizan:
"Muy pronto recobraremos de Babilonia
el ajuar del Templo";
os profetizan embustes, no les hagáis caso.
Seguid sometidos al rey de Babilonia y viviréis,
y esta ciudad no se convertirá en ruinas.
Si son profetas y tienen la palabra del Señor,
que intercedan al Señor
para que no se lleven a Babilonia
el resto del ajuar del Templo
y del palacio real de Jerusalén.
Porque así dice el Señor de los ejérictos
acerca de las columnas, el depósito, el pedestal
y el resto del ajuar que aún queda en la ciudad:
Se los llevarán a Babilonia y allí quedarán,
hasta que yo haga inventario -oráculo del Señor-
y los saque y los devuelva a este lugar.

¿De dónde deduce Jeremías esta certeza de que Dios ha decidido "entregar todos estos territorios a Nabucodonosor, rey de Babilonia"? Podríamos decir que de los acontecimientos y de una interpretación providencialista de la historia. Si Nabucodonosor ha vencido en Carquemis a los egipcios, ha extendido sus dominios por Siria y Palestina, ha deportado ya a buen número de judíos, es porque Dios está de su parte. De lo contrario, nada de eso habría ocurrido. Sin embargo, hay algo en esta argumentación que deja insatisfecho. Con ella podría probarse que Dios acompañó al

rey babilonio en el pasado. Pero, ¿quién garantiza que ocurra lo mismo en el presente? ¿Por qué la rebelión es contraria a la voluntad de Dios? Al situarnos en esta perspectiva advertimos que la argumentación de Jeremías no parte simplemente de los hechos; más bien se basa en una revelación divina, que es lo que el profeta aduce.

Así se comprende que ese mismo año en que está fechado el texto anterior (594) se exprese - en privado, no en público- de forma totalmente distinta. Con motivo del intento de rebelión, parece que el rey Sedecías debió ir a Babilonia para aclarar su postura. Entre sus acompañantes figuras Serayas, amigo del profeta. y éste le encomienda el siguiente mensaje:

Castigo futuro de Babilonia

(Jeremías 51,59-64)

Jeremías había escrito en un rollo todas las desgracias que iban a suceder a Babilonia. Y Jeremías dijo a Serayas:

-Cuando llegues a Babilonia, busca un sitio y proclama todas estas palabras. Dirás: ÔSeñor, tú has amenazado destruir este lugar hasta dejarlo deshabitado, sin hombres ni animales, convertido en perpetua desolaciónÕ. Y cuando termines de leer el rollo, le atarás una piedra y lo arrojarás al Eufrates, y dirás: ÔAsí se hundirá Babilonia y no se levantará, por las desgracias que yo envío contra ellaÕ.

No hay motivos serios para dudar de la historicidad de este relato. Pero debemos reconocer que sus palabras nos desconciertan después de los textos anteriores. Son dos caras demasido distintas para que formen la misma moneda. Sin embargo, así es. Jeremías pide el sometimiento a Babilonia en el mismo instante en que escribe un volumen anunciando la destrucción de dicho Imperio. Otros textos del libro, procedentes quizá de los discípulos, no del profeta, confirman esta idea. En el discurso del capítulo 25,1-14 se afirma:

Toda esta tierra (Judá) quedará desolada, y las naciones vecinas estarán sometidas al rey de Babilonia durante setenta años. Pasados los setenta años, pediré cuentas al rey de Babilonia y a su nación de toda sus culpas y convertiré en desierto perpetuo el país de los caldeos.

En el fondo, para Jeremías lo importante no es aceptar un imperio, sino aceptar los planes de Dios. Porque el imperio, en sí mismo, carece de justificación está abocado a la ruina desde el mismo instante en que comienza a imponer su ley. En la perspectiva teológica del profeta, el imperio recibe al mismo tiempo una palabra de vocación y otra de condenación. Por la palabra de Dios surge, por la misma voluntad desaparece. Sin embargo, entre ambos instantes hay que aceptar los planes de Dios con sus duras consecuencias. Jeremías lo hizo hasta el punto de ganarse entre sus contemporáneos fama de traidor a la patria y de quintacolumnista (ver 37,13-14;38,1-5).

Babilonia como problema teológico

(Habacuc 1,2-17; 2-1-20; 3,2-19)

No existe acuerdo entre los comentaristas sobre la interpretación del libro de Habacuc. Pero no podemos dejar de mencionarlo, porque supone una de las reflexiones más ricas y profundas sobre la teología de la historia y el problema del imperialismo. Para no cansar al lector con multitud de opiniones me atengo a la que considero más probable. El profeta ha vivido los últimos años de dominio asirio, que dio paso en Judá a un sometimiento a Egipto, que a su vez cederá el puesto a Babilonia. Es este sucederse de Imperios en pocos años, con las funestas consecuencias de opresión e injusticias lo que hace levantar su voz al profeta. En este caso no se dirige a los hombres, sino a Dios, responsable último de los acontecimientos.

¿Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio
sin que me escuches;
te gritaré: ¡Violencia!, sin que me salves?
¿Por qué me haces ver crímenes,
me enseñas trabajos,
me pones delante violencias y destrucción
y surgen reyertas y se alzan contiendas?
Pues la ley cae en desuso
y el derecho no sale vencedor,
los malvados cercan al inocente
y el derecho sale conculcado.

A esta queja del profeta responde Dios:

Mirad a las naciones, contemplad, espantaos:
en vuestros días haré una obra tal,
que si os la contasen, no la creeríais.
Yo movilizaré a un pueblo cruel y resuelto
que recorrerá la anchura de la tierra
conquistando poblaciones ajenas.
Es terrible y terrible: él con su sentencia
sacará adelante su derecho.
sus caballos son más veloces que panteras,
más afilados que lobos esteparios.
Sus jinetes brincan, sus jinetes vienen de lejos
volando como rauda águila sobre la presa.
Todos acuden a la violencia,
en masa, adelantando el rostro,
y juntan prisioneros como arena.
Se mofa de los reyes, se burla de los jefes;
se ríe de todas las plazas fuertes,
apisona tierra y las conquista.
Después toma aliento y continúa.
Su fuerza es su dios.

Habacuc se queja de las turbulencias, reyertas, violencias y crímenes provocadas en el pasado por los asirios, en el presente por los egipcios y el rey marioneta que han impuesto: Joaquín. Ante esta situación, la respuesta de Dios es que él traerá a un pueblo (los caldeos o babilonios, comenta expresamente el texto hebreo en el v.6), que pondrá fin a esa situación. Pero esta solución no puede dejar satisfecho al profeta. ¿Cómo se le ocurre al Dios santo, "que no puede contemplar la opresión", terminar con la injusticia mediante un Imperio tan injusto como el babilonio?

¿No eres tú, Señor, desde antiguo
mi Dios santo que no muere?
Señor, lo has puesto en el tribunal;
Roca, lo has establecido para que juzgue.
Tus ojos son demasido puros
para estar mirando el mal,
no puedes estar contemplando la opresión:
pues, ¿porqué contemplas en silencio
a los traidores,

al culpable que devora al inocente?
Tú hiciste a los hombres como peces del mar,
como reptiles sin jefe,
y él los saca a todos con el anzuelo,
los apresa en la red,
los reúne en el copo y luego ríe satisfecho;
ofrece sacrificios al anzuelo, incienso a la red,
porque le dieron rica presa, comida sustanciosa.
¿Y va a seguir vaciando sus redes
y matando pueblos sin compasión?

Habacuc no puede admitir que ésta sea la respuesta definitiva de Dios. Por eso continúa:

Me pondré de centinela, haré la guardia oteando
a ver qué me dice, qué responde a mi reclamación.

Efectivamente, el Señor le responde, con una palabras que han hecho correr ríos de tinta, complicando más que explicando su sentido:

El Señor me respondió:
Escribe la visión, grábala en tablillas,
de modo que se lea de corrido:
la visión tiene un plazo, jadea hacia la meta,
no fallará; aunque tarde, espérala,
que ha de llegar sin retraso.
"El arrogante tiene un alma torcida;
el inocente, por fiarse, vivirá".
Aunque se lance el pérfido, un tipo fanfarrón,
nada conseguirá;
aunque ensanche sus fauces como el abismo
y sea insaciable como la muerte;
aunque arraque con todos los pueblos
y se adueñe de todas las naciones,
todos ellos entonarán contra él
coplas, sátiras y epigramas:

Sin duda, el texto es difícil. Pero, si nos atenemos a lo que se ha venido diciendo, la interpretación más obvia parece la siguiente: la invasión babilonia no es la solución definitiva prevista por Dios. Se completa con una visión posterior. Visión extraña, que "jadea hacia la meta" y "aunque tarde... llegará sin retraso". Estas últimas palabras resultan desconcertantes. Contrastan el tiempo del hombre (desanimado por la tardanza de la liberación divina) y el tiempo de Dios (convencido de que su plan "llegará sin retraso").

Pero, ¿Cuál es ese plan de Dios? Lo dicen las palabras entrecomilladas: el arrogante, sea el Imperio babilonio o cualquier otro, tiene un alma torcida y nada conseguirá, aunque en un primer momento arramble con todos los pueblos y se adueñe de todas las naciones. En cambio, el inocente, los países sometidos, si confía en el auxilio divino, vivirá y terminará entonando un canto de victoria sobre el imperio derrotado. Así lo expresan los cinco "ayes" siguientes:

¡Ay del que acumula bien ajeno, ¿por cuánto tiempo?,
y amontona objetos empeñados!
De pronto se alzarán tus acreedores, despertarán
y, sacudiéndote bien, te desvalijarán;
porque saqueaste a tantas naciones,

los demás pueblos te saquearán;
por tus asesinatos y violencias
en países, ciudades y poblaciones.

¡Ay del que mete en su casa ganancias injustas
y anida muy alto para librarse de la desgraca!
Destruyendo a tantas naciones
has planeado la ofrenta de tu casa
y has malogrado tu vida.
Las piedras de las paredes reclamarán
alternando con las vigas de madera.

¡Ay del que construye con sangre la ciudad
y asienta la capital en el crimen!
El Señor de los ejércitos ha decidido
que trabajen los pueblos para el fuego
y las naciones se fatiguen en balde,
cuando toda la tierra se llene
del conocimiento de la gloria del Señor,
como las aguas llenan el mar.

¡Ay del que emborracha a su prójimo,
lo embriaga con una copa drogada,
para remirarlo desnudo!
Bebe tú también y enseña el prepucio,
hártate de baldones y no de honores,
que te pasa la copa la diestra del Señor
y tu ignominia superará a tu honor.
El Líbano violentado te aplastará,
la matanza de animales te aterrará:
por tus asesinatos y violencias
en países, ciudades y poblaciones.

¡Ay del que dice a un leño: Despierta,
y a una piedra: Desperézate. ¿Te va a instruir?
Míralo forrado de oro y plata, y no tiene alma.
¿De qué le sirve al ídolo que lo talle el artífice
si es una imagen, un maestro de mentiras?
¿De qué le sirve al artífice confiar en su obra
o fabricar ídolos mudos?
En cambio, el Señor está en su santo templo:
¡silencio en su presencia todo el mundo!

Presciendiendo de ciertas dificultades de interpretación, esta copla es una de las acusaciones más enérgicas contra el imperialismo. No preocupa al profeta la opresión de Judá exclusivamente; se sitúa en una perspectiva universal, poniendo sus ojos en todos los países saqueados, destruidosd, humillados por la gran potencia. A costa de ellos se ha enriquecido Babilonia. Pero esta actitud contiene un germen de autodestrucción: "destruyendo a tantas naciones han planeado la afrenta de tu casa y has malogrado tu vida".

Hasta ahora, el profeta se ha quejado a Dios, ha discutido con él y esperado

respuesta. Por último le pide que intervenga en su época como en tiempos antiguos, cuando se ganó fama de libertador. Y lo hace en un magnífico poema, una visión escalofriante, en la que Dios, como guerrero cósmico, sale de su morada sureña (Temán) para "salvar a su pueblo" y terminar con el enemigo.

¡Señor, he oído tu fama;
Señor, he visto tu acción!
En medio de los años manifiéstala,
en la ira acuérdate de la compasión.
El Señor viene de Temán,
el Santo del Monte Farán;
su resplandor eclipsa el cielo
y la tierra se llena de sus alabanzas;
su brillo es como el sol,
su mano destella velando su poder.
Ante él marcha la Peste,
la Fiebre sigue sus pasos.
Se detiene y tiembla la tierra,
lanza una mirada y dispersa a las naciones;
se desmoronan las viejas montañas,
se prosternan los collados primordiales,
los caminos primordiales, ante él.
Agobiadas veo las tiendas de Cusán,
sacudidas las lonas de Madián.
¿Es que arde, Señor, contra los ríos,
contra los ríos tu cólera, contra el mar tu furor,
cuando montes tus caballos, tu carro victorioso?
Desnudas y alertas tu arco,
cargas de flechas tu aljaba.
Hiendes con torrentes el suelo
y al verte tiemblan las montañas;
pasa una tromba de agua, el océano fragoroso
levanta sus brazos a lo alto.
Sol y luna se detienen en su morada
a la luz de tus flechas que cruzan,
al brillo del relámpago de tu lanza.
Caminas airado por la tierra,
pisoteas furioso a los pueblos,
sales a salvar a tu pueblo,
a salvar a tu ungido:
destrozas el techo de la casa del malvado,
desnudas los cimientos hasta la roca.
Con sus dardos atraviesas al capitán
y sus tropas se dispersan en torbellino,
cuando triunfantes iban a devorar
una víctima a escondidas.
Pisas el mar con tus caballos
y hierve la inmensidad de las aguas.
Lo escuché y temblaron mis entrañas,
al oírlo se estremecieron mis labios,
me entró un escalofrío por los huesos

y vacilaban mis piernas al andar.
Gimo por el día de la angustia
que se echa sobre el pueblo que nos oprime.

Se trata de una visión, un sueño. Algo que tendrá lugar en el futuro, en ese plazo fijado por Dios, que llegará sin retrasarse. Pero, ¿qué hacer mientras tanto? Habacuc lo expresa con unas palabras que desconciertan a muchos comentaristas, porque no hablan de acontecimientos históricos, sino de la naturaleza. Pero el poeta no cambia de temática. Simplemente, traspone el curso atormentado de la historia a imágenes del mundo agrícola y ganadero. Todo aparece abocado al fracaso (Babilonia seguirá dominando, diríamos nosotros), pero esto no impide al profeta mantener su postura de confianza en Dios.

Aunque la higuera no echa yemas
y las cepas no dan fruto,
aunque el olivo se niega a su tarea
y los campos no dan cosechas,
aunque se acaban las ovejas del redil
y no quedan vacas en el establo;
yo festejaré al Señor gozando con mi Dios salvador:
el Señor es mi fuerza, me da piernas de gacela,
me encamina por las alturas.

Nahún, preocupado por la opresión asiria, ofreció como respuesta el castigo de Nínive. A Habacuc esto no le basta. Porque el castigo de un imperio opresor supone su simple sustitución por otra potencia imperialista, más cruel quizá que la anterior. Con ello no se resuelve nada. El problema de la justicia de Dios sigue en pie. Y Habacuc, a pesar de sus diálogos con Dios, no le encuentra solución. Pero supera el problema con una postura de fe, convencido de que todo imperio opresor, cualquiera que sea, terminará siendo castigado. La novedad de Habacuc consiste en que Dios aparece no como quien juzga y condena a un imperio, sino como quien juzga y condena toda forma de imperialismo.

Es absurdo preguntarse si su postura resulta convincente. Habría que preguntarse también si nos convence la actitud final de Job. Porque ambos personajes, partiendo de temáticas distintas, recorren el mismo camino. Y ambos coinciden en no dejarse arrastrar por ideas preconcebidas, en discutir con Dios hasta hallar una respuesta que devuelva la paz y ayude a aceptar sus enigmáticos planes sobre la historia.

Destrucción de Babilonia I

(Isaías 13,2-3.17-22)

Aunque el c. 13 se presenta como "oráculo contra Babilonia, que recibió el profeta Isaías, hijo de Amós", la mayor parte de los comentaristas lo considera de autor anónimo. También se advierte que la gran sección central (versos 4-16) no trata de la destrucción de Babilonia, sino del castigo de todos los pecadores de la tierra. La suerte de Babilonia se convierte en punto de partida para el gran castigo del final de los tiempos. Omito esta sección.

Sobre un monte pelado izad la enseña,
gritadles con fuerza agitando la mano,
para que entren por las puertas de los príncipes.
Yo he dado órdenes a mis consagrados,
he reclutado a los soldados de mi ira,
entusiastas de mi honor.
Mirad, yo incito contra ellos a los medos,

que no estiman la plata ni les importa el oro:
sus arcos acribillan a los jóvenes,
no perdonan a los niños,
sus ojos no se apiadarán de las criaturas.
Quedará Babilonia, la perla de los reinos,
joya y orgullo de los caldeos,
como Sodoma y Gomorra en el catástrofe de Dios.
Jamás la habitarán ni la poblarán
de generación en generación.
El beduino no acampará allí
ni apriscarán los pastores.
Apriscarán allí las fieras,
los búhos llenarán sus casa,
anidará allí el avestruz y los chivos brincarán;
aullarán las hienas en las mansiones
y los chacales en los palacios de placer.
Ya está a punto de llegar su hora, su día no tardará.

Destrucción de Babilonia II
(Jeremías 50,22-40)
Suena el grito de guerra en el país,
un grave quebranto:

"¡Ay, arrancado y quebrado el martillo del mundo!
¡Ay Babilonia, convertida en espanto de las naciones!"
Babilonia, te puse una trampa
y has caído sin darte cuenta;
te han sorprendido y apresado
porque retaste al Señor.
El Señor ha abierto su arsenal
y ha sacado las armas de su ira,
porque el Señor de los ejércitos
tiene una tarea en el país caldeo.
Le llegó la cosecha: abrid los graneros,
apilad sus gavillas,
destruid hasta no dejar resto;
matad sus novillos, que bajen al matadero;

¡Ay de ellos, les llega el día y la hora de la cuenta!
Reclutad contra Babel saeteros, a todos los arqueros;
cerrad el cerco, que no escape nadie;
pagadle sus obras, lo que hizo hacédselo:
se insolentó contra el Señor, el Santo de Israel.
Aquí estoy contra ti, insolente,
te llegó el día, la hora de rendir cuentas:
tropezará la insolente, caerá y nadie la levantará.

Así dice el Señor de los ejércitos:
Israelitas y judíos sufren juntos la opresión,
los que los desterraron los retienen

y se niegan a soltarlos.
Pero su rescatador es fuerte,
se llama Señor de los ejércitos:
él defenderá su causa, acallando la tierra,
agitando a los habitantes de Babilonia.
¡Espada!, contra los caldeos,
contra los vecinos de Babilonia
contra sus nobles y sus maestros.
¡Espada!, contra sus adivinos, que se desconcierten.
¡Espada!, contra sus soldados, que se aterroricen.
¡Espada!, contra sus caballos y carros,
contra la turba entre ellos, que se vuelvan mujeres,
contra sus tesoros, para que sean saqueados.
¡Espada!, contra sus canales, que se sequen,
porque es un país de ídolos
que se gloría de sus espantajos.
Habitarán allí chacales, hienas y avestruces,
por siempre jamás, de edad en edad estará despoblada.
Será como la catástrofe de Sodoma,
Gomorra y sus vecinas,
donde habita nadie ni mora hombre alguno
-oráculo del Señor-.

La condena del tirano

(Isaías 14,5-21)

Este texto, atribuido a Isaías, pero probablemente de autor anónimo, es quizá el mejor de toda la Biblia sobre el problema del imperialismo. Aunque la introducción precedente (14-14) y el final (14,22-23), que omito, lo relacionan con el rey de Babilonia, su perspectiva parece más general. Algunos incluso piensan que describe originalmente la actitud de los emperadores asirios.

Desde el punto de vista literario, es interesante la estructura concéntrica del poema. Comienzan hablando los espectadores, toman la palabra las "sombras" o manes, se escucha el discurso del rey, vuelven a hablar las sombras, terminan los israelitas espectadores. La sección central pone de relieve el orgullo del emperador, que piensa escalar el cielo e igualarse al Altísimo. Pero el pecado del tirano no consiste sólo en esto. Hay algo más importante si cabe: su crueldad con las naciones extranjeras y con su propio pueblo. La perspectiva es ética y universal. En ningún momento menciona a Judá o Israel. Lo que preocupa al autor son todos los países golpeados y oprimidos por el tirano, que, con su funesta política, termina "arruinando a su país, asesinando a su pueblo". En la visión del profeta, el imperialismo es un mal que padecen no sólo los pueblos vasallos, sino también el mismo pueblo dominador, víctima de la ambición de sus gobernantes, diezmado por campañas ininterrumpidas. La historia de todos los imperios confirma la verdad esta intuición.

¡Cómo ha acabado el tirano, ha acabado su arrogancia!
¡Ha quebrantado el Señor el cetro de los malvados,
la vara de los dominadores,
al que golpeaba furioso a los pueblos
con golpes incesantes,
y oprimía iracundo a las naciones
con opresión implacable!

la tierra entera descansa tranquila,
gritando de júbilo.
Hasta los cipreses se alegran de tu suerte,
y los cedros del Líbano:
"desde que yaces no sube el talador contra nosotros".
El Abismo, en lo profundo,
se estremece al salir a tu encuentro:
en tu honor despierta a las sombras,
a los potentados de la tierra,
levanta de su trono a los reyes de las naciones,
y cantan a coro, diciendo:
¡También tú consumido como nosotros, igual a nosotros,
abatido al abismo tu fasto y el son de tus arpas!
Por debajo tu lecho son gusanos;
tu cobertor, lombrices.
¿Cómo has caído del cielo,
lucero hijo de la aurora,
y estás derrumbado por tierra,
agresor de naciones?
Tú, que decías en tu corazón:
"Escalaré los cielos,
por encima de los astros divinos
levantaré mi trono,
y me sentaré en el Monte de la Asamblea,
en el vértice del cielo;
escalaré la cima de las nubes,
me igualaré al Altísimo".
¡Ay, abatido hasta el Abismo,
al vértice de la sima!
Los que te ven se te quedan mirando,
meditan tu suerte:
"¿Es éste el que hacía temblar la tierra
y estremecerse los reinos,
que dejaba el orbe desierto, arrasaba sus ciudades
y no soltaba a sus prisioneros?"
Los reyes de los pueblos
descienden a sepulcros de piedra,
todos reposan con gloria, cada cual en su morada.
A ti, en cambio, te han arrojado de la tumba,
como carroña asquerosa;
te han cubierto de muertos traspasados a espada,
como a cadáver pisoteado.
No te juntarás a ellos en el sepulcro
porque arruinaste a tu país, asesinaste a tu pueblo.
no se nombrará jamás la estirpe del malvado.
Preparad la matanza de sus hijos
por la culpa de su padre:
no sea que se levanten y se adueñen de la tierra
y cubran al orbe de ruinas.

4.3. Persia

El Imperio neobabilónico entra en decadencia tras la muerte de Nabucodonosor, y aunque prolongue unos decenios su dominio no podrá resistir al ataque de Ciro, fundador del Imperio persa. Hacia el año 540 a.C. todos los pueblos sometidos a Babilonia tienen su esperanza puesta en este guerrero, famoso ya por sus campañas victoriosas contra medios y lidios.

El Deuteroisaías, el gran profeta anónimo del destierro, comparte el entusiasmo de sus contemporáneos. Ve avanzar a Ciro, canta sus hazañas, que presenta como victorias conseguidas por el mismo Dios.

Islas, callad ante mí;
naciones, esperad mi reto.
Que se acerquen a hablar,
comparezcamos juntos a juicio.
¿Quién lo ha suscitado en oriente
y convoca la victoria a su paso,
le entrega los pueblos, le somete a los reyes?
Su espada los tritura y su arco los dispersa como paja;
los persigue y avanza seguro
sin pisar el camino con sus pies.
¿Quién lo ha hecho y ejecutado?
El que anuncia el futuro de antemano.
Yo, el Señor, que soy el primero,
yo estoy con los últimos.
Vedlo, islas, y estremeceos,
tiemblen los confines del orbe (Is 41-1,5).

El texto que se expresa con más claridad en favor de Ciro se encuentra en el capítulo 45,1-8:

Así dice el Señor a su ungido, Ciro,
a quien lleva de la mano:
Doblegaré ante él las naciones,
desceñiré las cinturas de los reyes,
abriré ante él las puertas,
los batientes no se le cerrarán.
Yo iré delante de ti, allanándote los cerros;
haré trizas las puertas de bronce,
arrancaré los cerrojos de hierro,
te daré los tesoros ocultos, los caudales escondidos.
Así sabrás que yo soy el Señor,
que te llamo por tu nombre,
el Dios de Israel.
Por mi siervo Jacob, por mi elegido Israel,
te llamé por tu nombre, te di un título,
aunque no me conocías.
Yo soy el Señor, y no hay otro;
fuera de mí, no hay dios.
Te pongo la insignia, aunque no me conoces,
para que sepan de oriente a occidente
que no hay otro fuera de mí.
Yo soy el Señor, y no hay otro:
artífice de la luz, creador de las tinieblas,

autor de la paz, creador de la desgracia;
yo, el Señor, hago todo esto.
Cielos, destilad el rocío;
nubes, derramad la victoria;
ábrase la tierra y brote la salvación,
y con ella germine la justicia:
yo, el Señor, lo he creado.

Estos textos, y otras breves referencias sueltas en los capítulos 44 y 48 constituyen la visión más positiva de un Imperio extranjero que encontramos en la Biblia. Dios proclama a Ciro el "pastor" elegido para cumplir su voluntad (44-28), su "ungido" (45,1), su "amigo" (48-14). Son los títulos más grandes que podían atribuirse a un hombre; los que habían recibido personajes tan famosos como Abrahán y David. La relación entre el emperador y Dios alcanza aquí el máximo grado de intimidad, supera los binomios artífice-instrumento (Isaías) o señor-siervo (Jeremías). La explicación es bien sencilla. El poder de Ciro es liberador, trae la salvación para los desterrados. Igual que Asiria, Persia cumple una función punitiva; pero no contra el pueblo de Israel, sino contra sus enemigos. En realidad, Deuteroisaías no canta al Imperio, sino la llegada de la libertad.

En parte, se equivocó. La libertad estuvo muy condicionada. Es cierto que los desterrados pudieron volver a Palestina y comenzar una tímida reconstrucción de Jerusalén. Pero quedaron sometidos al dominio persa. Y así no nos extraña que pocos años más tarde otros dos profetas, Ageo y Zacarías, se opongan decididamente a este Imperio. El año 520, movidos quizá por las grandes perturbaciones internacionales que siguieron a la muerte del rey persa Cambises, proclamaron la inminencia de la libertad y la restauración de la dinastía davídica.

Recibió Ageo otra palabra del Señor: Di a Zorobabel, gobernador de Judea: Haré temblar cielo y tierra, volcaré los tronos reales, destruiré el poder de los reinos paganos, volcaré carros y aurigas, caballos y jinetes morirán a manos de sus camaradas. Aquel día, oráculo del Señor de los ejércitos, te tomaré, Zorobabel, hijo de Sealtiel, siervo mío, te haré mi sello, porque te he elegido (Ag 2,21-23).

4.4. Siria

La gran campaña de Alejandro Magno puso fin al dominio persa sobre Judá e inició la época de dominación griega. Propiamente no fue Grecia, sino sucesores de Alejandro Magno en Egipto (Tolomeos) y en Siria (Seléucidas) quienes se disputaron la hegemonía de Palestina.

El siglo de dominio egipcio (323-198) comienza con malos presagios. Según Flavio Josefo, Tolomeo I se apoderó mediante engaño de Jerusalén y deportó a Egipto gran cantidad de judíos (Antiquitates Judaeorum XII). Sin embargo, sus descendientes se mostraron más benévolos y comprensivos. Por otra parte, cinco siglos de dominio extranjero habían marcado al pueblo judío. Para que se rebelase o protestase eran precisas circunstancias muy duras. Y éstas no se dieron hasta bien metidos en el siglo II a.C., cuando Palestina era dominada por los Seléucidas y subió al trono de Siria Antíoco IV Epífanes (año 175).

Este rey terminó convirtiéndose en prototipo del opresor, del tirano extranjero déspota y cruel. Las respuestas que provocó su política fueron muy diversas dentro de Judá. La más importante fue la rebelión armada de los Macabeos que terminó con la reconquista de la libertad y de la independencia para los judíos. Otros mantuvieron una postura menos comprometida políticamente, más espiritualista si se quiere. Pero la actitud que ahora nos interesa es la que refleja el libro de Daniel, último reducto del

espíritu profético.

La gran sección que abarca los capítulos 2-7 comienza y termina con dos visiones, ambas muy importantes para el tema que nos ocupa. Los Imperios humanos, simbolizados en el primer caso mediante metales, en el segundo mediante fieras, ceden el puesto al Imperio de Dios, representado por "el reino de los Santos del Altísimo". Este tema, poco desarrollado en la visión del capítulo 2, alcanza su plenitud en la del capítulo 7.

El sueño de Nabucodonosor

(Daniel 2,29-45)

El sueño está precedido por una extensa y amena introducción en la que el rey intenta que sus magos, astrólogos, adivinos y agoreros le cuenten e interpreten un sueño que ha tenido por la noche. Incapaces de ellos, el rey decide acabar con todos. Entonces se presenta Daniel, afirmando: "hay un Dios en el cielo que revela los secretos y que ha anunciado al rey Nabucodonosor lo que sucederá al final de los tiempos". El texto continúa con estas palabras:

Este es el sueño que tuviste estando acostado. Te pusiste a pensar en lo que iba a suceder, y el que revela los secretos te comunicó lo que va a suceder. En cuanto a mí, no es que yo tenga una sabiduría superior a la de todos los vivientes; si me han revelado el secreto es para que le explique el sentido al rey y así puedas entender lo que pensabas.

Tú rey, viste una visión: una estatua majestuosa, una estatua gigantesca y de un brillo extraordinario; su aspecto era impresionante. Tenía la cabeza de oro fino, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro y los pies de hierro mezclado con barro. En tu visión una piedra se desprendió sin intervención humana, chocó con los pies de hierro y barro de la estatua y la hizo pedazos. Del golpe se hicieron pedazos el hierro y el barro, el bronce, la plata y el oro, triturados como tamo de una era en verano, que el viento arrebata y desaparece sin dejar rastro. Y la piedra que deshizo la estatua creció hasta convertirse en una montaña enorme que ocupaba toda la tierra.

Este es el sueño; ahora explicaremos al rey su sentido: Tú, majestad, rey de reyes, a quien el Dios del cielo ha concedido el reino y el poder, el dominio y la gloria, a quien ha dado poder sobre los hombres dondequiera que vivan, sobre las fieras agrestes y las aves del cielo, para que reines sobre ellos, tú eres la cabeza de oro. Te sucederá un reino de plata, menos poderoso. Después un tercer reino, de bronce, que dominará todo el orbe. Vendrá después un cuarto reino, fuerte como el hierro. Como el hierro destroza y machaca todo, así destrozará y triturará a todos.

Los pies y los dedos que viste, de hierro mezclado con barro de alfarero, representan un reino dividido; conservará algo del vigor del hierro, porque viste hierro mezclado con arcilla. Los dedos de los pies, de hierro y barro, son un reino a la vez poderoso y débil. Como viste el hierro mezclado con la arcilla, así se mezclarán los linajes, pero no llegarán a fundirse, lo mismo que no se puede alear el hierro con el barro. Durante esos reinados, el Dios del cielo suscitará un reino que nunca será destruido ni su dominio pasará a otro, sino que destruirá y acabará con todos los demás reinos, pero él durará por siempre; eso significa la piedra que viste desprendida del monte sin intervención humana y que destrozó el barro, el hierro, el bronce, la plata y el oro. Este es el destino que el Dios poderoso comunica a su majestad. El sueño tiene sentido, la interpretación es esta

La identificación de los imperios resulta bastante fácil: el oro, como indica el mismo texto, se refiere al Imperio babilónico. La plata, al Imperio medo-persa. El bronce, a Alejandro Magno, "que dominará todo el orbe". El hierro, a Tolomeos y

Seléucidas, sucesores de Alejandro en Egipto y Siria respectivamente; aunque intentaron superar sus disensiones mediante alianzas matrimoniales, nunca lo consiguieron.

Esta visión no subraya el aspecto cruel de los Imperios, sino su simple poder. La del capítulo 7 será muy distinta en este aspecto. Pero lo más interesante del texto es la referencia a esa "piedra", que se desprende "sin intervención humana" y termina arrollando a la gran estatua. El autor de Daniel no cree que la lucha armada de los Macabeos sea el mejor método para terminar con una historia de opresión e imperialismo. Prefiere los métodos de Dios, y está convencido de que el Señor actuará. Llevaba razón al desconfiar de los Macabeos; la historia demostrará una vez más que "la revolución es como Saturno, que devora a sus propios hijos" (BŸchsel, La muerte de Dantón).

Pero, más interesante que su polémica con este movimiento armado, es advertir como desarrolla el tema en la segunda visión, la del capítulo 7.

El reino de los santos del Altísimo

(Daniel 7)

El punto final de la reflexión profética sobre el imperialismo podemos situarlo en este capítulo de Daniel. Final, cronológicamente, porque es el último texto de todos los seleccionados. Final, teológicamente, porque se llega a la visión culminante, en que los imperios humanos, simbolizados por fieras, dan paso al imperio de Dios, representado por "el reino de los santos del Altísimo". Lo bestial cede el puesto a lo humano. El plan de Dios termina triunfando. La identificación de las fieras es cuestión debatida, pero la teoría más probable las interpreta del modo siguiente:

El león alado representa a Nabucodonosor como cabeza de Babilonia. Es un animal superior. Cortados los vuelos de su soberbia, puede erguirse en posición humana: concuerda con las actitudes más benévolas y razonables del rey y con sus confesiones del Dios verdadero en otros pasajes del libro.

El oso, medio tumbado, medio alzado, puede indicar que, mientras devora, está dispuesto a atacar; no descansa del todo su voracidad. Las tres costillas simultáneas parecen sugerir también su voracidad. Esta bestia representa al Imperio medo, famoso por su ferocidad.

La pantera, con cuatro alas y cuatro cabezas, representa el Imperio persa, universal en movilidad y poder, atento a las cuatro direcciones y capaz de trasladarse rápidamente.

La cuarta fiera no es identificable, sobrepasa en ferocidad a todas las conocidas. Se trata de Alejandro Magno y del Imperio macedonio, visto por el autor judío quizá a través de la experiencia de una parte de sus sucesores, los Seléucidas, que heredaron el dominio sobre Siria-Palestina, y cuyo principal representante será Antíoco IV Epífanes, "que luchó contra los santos y los derrotó".

El año primero de Baltasar, rey de Babilonia, Daniel tuvo un sueño, visiones de su fantasía, estando en la cama. Al punto escribió lo que había soñado:

Tuve una visión nocturna: los cuatro vientos agitaban el océano. Cuatro fieras gigantescas salían del mar, las cuatro distintas.

La primera era como un león con alas de águila; mientras yo miraba, le arrancaron las alas, la alzaron del suelo, la pusieron en pie como un hombre y le dieron mente humana.

La segunda era como un oso medio erguido, con tres costillas en la boca, entre los dientes. Le dijeron: "¡Arriba! Come carne en abundancia".

Después vi otra fiera como un leopardo, con cuatro alas de ave en el lomo y cuatro

cabezas. Y le dieron el poder.

Después tuve otra visión nocturna: una cuarta fiera, terrible, espantosa, fortísima; tenía grandes dientes de hierro, con los que comía y descuartizaba, y las sobras las pateaba con las pezuñas. Era diversa de las anteriores, porque tenía diez cuernos. Miré atentamente los cuernos y vi que entre ellos salía otro cuerno pequeño; para hacerle sitio, arrancaron tres de los cuernos precedentes. Aquel cuerno tenía ojos humanos y una boca que profería insolencias.

Durante la visión vi que colocaban unos troncos,
y un anciano se sentó.
Su vestido era blanco como nieve,
su cabellera como lana limpísima;
su trono, llamas de fuego; sus ruedas, llamaradas.
Un río impetuoso de fuego brotaba delante de él.
Miles y miles le servían, millones estaban a sus órdenes.
Comenzó la sesión y se abrieron los sellos.

Yo seguía mirando, atraído por las insolencias que profería aquel cuerno; hasta que mataron a la fiera, la descuatizaron y la echaron al fuego. A las otras les quitaron el poder, dejándolas vivas una temporada.

Seguí mirando, y en la visión nocturna vi venir en las nubes del cielo una figura humana, que se acercó al anciano y fue presentada ante él. Le dieron poder real y dominio: todos los pueblos, naciones y lenguas lo respetarán. Su dominio es eterno y no pasa, su reino no tendrá fin.

Yo, Daniel, me sentía agitado por dentro y me turbaban las visiones de mi fantasía. Me acerqué a uno de los servidores y le pedí que me explicase todo aquello. El me contestó explicándome el sentido de la visión:

Esas cuatro fieras gigantescas representan cuatro reinos que surgirán en el mundo. Pero los santos del Altísimo recibirán el reino y lo poseerán por los siglos de los siglos.

Yo quería saber lo que significaba la cuarta fiera, diversa de las demás; la fiera terrible, con dientes de hierro y garras de bronce, que devoraba y pateaba las sobras con las pezuñas; lo que significaban los diez cuernos de su cabeza y el otro cuerno que salía y eliminaba a otros tres, que tenía ojos y una boca que profería insolencias, y era más grande que los otros.

Mientras yo seguía mirando, aquel cuerno luchó contra los santos del Altísimo y los derrotó. Hasta que llegó el anciano para hacer justicia a los santos del Altísimo y empezó el imperio de los santos.

Después me dijo:

La cuarta bestia es un cuarto reino que habrá en la tierra, diverso de todos los demás; devorará toda la tierra, la trillará y triturará. Sus diez cuernos son diez reyes que habrá en aquel reino; después vendrá otro, diverso de los precedentes, que destronará a tres reyes; lo blasfemará contra el Excelso, perseguirá a los santos del Altísimo e intentará cambiar el calendario y la ley. Dejarán en su poder a los santos durante un año y otro año y otro año y medio. Pero cuando se siente el tribunal para juzgar, le quitará el poder y será destruido y aniquilado totalmente. El poder real y el dominio sobre todos los reinos bajo el cielo serán entregados al pueblo de los santos del Altísimo. Será un reino eterno, al que temerán y se somteterán todos los soberanos.

Fin del relato. Yo, Daniel, turbando con mis pensamientos, palidecí; pero me lo guardé todo dentro.

El autor de Daniel, como gran parte de los escritores apocalípticos, intenta ofrecer consuelo y esperanza a sus lectores en medio de la persecución. Si lo interpretamos literalmente, pecó de optimista. Porque Dios no vino a establecer su reinado ni puso fin

a los imperios terrenos. Hubo un período de independencia, pero las revueltas internas terminaron provocando la intervención de Roma.

Sin embargo, el libro de Daniel conserva valor actualmente en cuanto condena radical del imperialismo, en cuanto denuncia de su carácter bestial. El Apocalipsis de san Juan, cuando ataque al Imperio romano, adoptará la misma actitud y la misma clave.

4.5. Conclusión

A lo largo del capítulo, el lector habrá encontrado posturas muy distintas dentro de los mismos profetas. Una antología no equivale a un estudio minucioso. Por ello considero interesante añadir algunas conclusiones que se derivan del estudio atento de los textos.

a) Existe una línea profética que intenta compaginar la existencia de los imperios con la voluntad de Dios. Comienza con Isaías, continúa en Ezequiel, Jeremías y el Deuteroisaías. La relación se expresa con criterios de instrumentalidad (vara, bastón: Isaías), servicio (Jeremías) o intimidad ("mi amigo", refiriéndose a Ciro: Deuteroisaías)! Pero nunca se da en estos autores una aceptación acrítica del imperio. La experiencia lleva a Isaías a rechazarlo. La revelación divina comunica a Jeremías desde el principio que Babilonia será condenada.

b) Otra línea profética se opone decididamente al imperio, cualquiera que sea, por considerarlo incompatible con la voluntad de Dios. Nahún, Ageo, Zacarías, los profetas anónimos antibabilónicos, representan esta corriente. En general se mueven dentro de coordenadas muy nacionalistas. Como excepción podemos mencionar a Habacuc y el poema de Isaías 14, donde la perspectiva universal es la que justifica la condena del imperio.

c) En líneas generales, podemos decir que los intentos de aceptar el imperio se producen cuando éste surge. En los primeros años de Asiria es cuando Isaías lo acepta. Lo mismo ocurre a Jeremías con Babilonia y al Deuteroisaías con Ciro. Sin embargo, los profetas que han vivido una larga etapa de opresión parecen inclinados a condenarlo sin remedio. Esta es la perspectiva que se impondrá en los últimos siglos de la historia de Israel.

d) Comentando las palabras de Pablo a los romanos: "No existe autoridad que no venga de Dios" (Rom 13,1), escribe D. Bonhoeffer: "Esta frase se dirige al cristiano, no a las autoridades" (El precio de la gracia, pág. 296). Pienso que este mismo principio es aplicable a los profetas de la primera línea. Aunque sus frases resulten a veces muy tajantes, no creo que pretendan justificar al imperio sino indicar la conducta que los israelitas deben adoptar ante él, acatando la voluntad de Dios.

5. El Imperialismo Económico

En nuestra época, junto a los grandes imperios militares existen los grandes imperios económicos. Las empresas multinacionales son ejemplo patente de este influjo y poderío. Pero hay también países de pequeña extensión geográfica que han logrado un inmenso poder económico. Suiza es quizá el caso más llamativo. Y el que mejor nos ayuda a entender la denuncia profética contra este tipo de imperialismo. No les preocupa ahora la fuerza militar representada por carros y caballos, que permiten la conquista de extensos territorios. Les preocupa esa obsesión por la riqueza, conseguida con una actividad comercial incesante, que lleva a la soberbia.

En la época de los profetas, quien mejor encarnaba este imperialismo económico era Tiro. Construida sobre una isla rocosa, apenas distante de la costa, casi inexpugnable, ofrecía su puerto a las naves y mercancías de todos los países

mediterráneos. Por sus ciudades costeras se mantiene en contacto con los reinos del continente asiático, con los que también comercia. Es como una mediadora mercantil entre el continente y el mar, camino, casi puente, de muchas costas.

Debemos reconocer que son relativamente pocos los textos proféticos dedicados a Tiro. Pero los cuatro poemas del libro de Ezequiel y uno del libro de Isaías son de una fuerza y belleza apasionantes. A veces plantean serias dificultades de carácter histórico: cuando hablan del castigo de Tiro no sabemos con exactitud a qué asedio se refieren. Pero esta cuestión es secundaria en el conjunto. Lo importante es advertir cómo la palabra de Dios se yergue enérgicamente contra la riqueza y el orgullo.

En esta antología me limito a recoger los poemas contenidos en Ez 27,1-28,19. Pueden completarse con el c. 26 del mismo Ezequiel y con Is 23.

Contra Tiro

(Ezequiel 27,1-36)

Este poema presenta a Tiro en figura de una nave, contando su historia en clave alegórica,pero con riqueza de aciertos descriptivos y en un proceso emotivo auténtico. La construyen, entra la tripulación, la llenan, se hunde, le celebran ritos fúnebres. En medio del poema, cuando la nave se llena de mercancías, Ezequiel o un discípulo ha aprovechado el momento para introducir una larga enumeración: el texto prosaico y prolijo contrasta con la tensión lírica del resto, es como un registro comercial.

Suministra información interesante sobre el comercio internacional de aquellos tiempos; más aún, logra agobiar al lector bajo el peso y variedad de las mercancías; pero para el hundimiento poético de la nave no hacía falta tanta prosa. Una primera lectura, saltándose esa sección central, permitirá captar la belleza del poema primitivo.

Me dirigió la palabra el Señor:
Hijo de Adán, entona una elegía a Tiro. Di:
¡Oh Tiro, princesa de los puertos,
mercado de innumerables pueblos costeros!,
esto dice el Señor:
Tiro, tú decías: "Soy la belleza acabada".
tu territorio era el corazón del mar,
tus armadores dieron remate a tu belleza;
con abetos de Senir armaron todo tu maderaje;
cogieron un cedro del Líbano para erigir tu mástil;
con robles de Basán fabricaron tus remos;
tus bancos son de boj de las costas de Chipre,
taraceado de marfil
tus velas, de lino bordado de Egipto,
eran tu estandarte;
de grana y púrpura de las costas de Elisa
era tu toldilla.
Príncipes de Sidón y Arvad eran tus remeros,
sabios de Tiro eran tus timoneles;
senadores y sabios de Biblos tenías de calafateadores;
todas las naves del mar y sus marineros
traficaban contigo,
tenías alistados en tu ejército
guerreros persas, lidios y libios
escudo y yelmo colgaban en ti,
te engalanaban con ellos.

Los de Arvad y Jelec estaban en tus murallas,
los de Gamad en tus baluartes;
en tus murallas colgaron sus rodelas,
dando remate a tu belleza.

Tarsis comerciaba contigo, por tu opulento comercio: plata, hierro, estaño y plomo te daba a cambio. Grecia, Tubal y Mosoc comerciaban contigo; con esclavos y objetos de bronce te pagaban. Los de Bet Togarma comerciaban contigo; muchos pueblos costeros negociaban contigo en colmillos de marfil y madera de ébano. Aram negociaba contigo por tu abundante manufactura: granate, púrpura, bordados, hilo, corales y rubíes te daba a cambio.

Judá y la tierra de Israel comerciaban contigo; con trigo de Menit, rosquillas, miel, aceite y bálsamo te pagaban. Damasco acudía a tu mercado por tu abundante manufactura, por tu opulento comercio con vino de Jelbón y lana de Sajar y cántaros de vino de Izal te daba a cambio; con hierro forjado, canela y caña aromada te pagaba. Dedán comerciaba contigo con mantas de montar.

Arabia y los príncipes de Cadar negociaban contigo; en borregos, carneros y machos cabríos negociaban. Los mercaderes de Sabá y Ramá comerciaban contigo; te daban a cambio los mejores perfumes, piedras preciosas y oro. Jarrán, Canné y Edén, Asiria y Kilmud comerciaban contigo; comerciaban en objetos primorosos, mantos bordados de granate, tejidos preciosos, recias maromas retorcidas; en esto comerciaban contigo.

Naves de Tarsis transportaban tus mercancias;
te henchiste y pesabas demasiado
en el corazón del mar;
en alta mar te engolfaron tus remeros;
viento solano te desmanteló
en el corazón del mar; tu riqueza, tu comercio, tus mercancías,
tu marinería y tus pilotos, tus calafateadores y tus mercaderes
y tus guerreros, toda la tripulación de a bordo,
naufragarán en el corazón del mar,
el día de tu naufragio.
Al grito de auxilio de tus pilotos
retumbará el espacio;
saltarán de sus naves cuantos empuñan remo,
marineros y capitanes, para quedarse en tierra.
Se escucharán sus gritos, gimiendo amargamente por ti;
se echarán ceniza en la cabeza,
se revolcarán en el polvo.
Se raparán por ti, se vestirán de sayal;
llorarán por ti amargamente con duelo amargo.
Te entonarán una elegía fúnebre, te cantarán lamentos:
"¿Quién como Tiro, sumergida en el seno del mar?".
al desembarcar tus mercancías
hartabas a muchos pueblos;
con tu opulento comercio
enriquecías a reyes de la tierra.
Ahora estás desmantelada en los mares,
en el hondo del mar;
cargamento y tripulación naufragaron a bordo.

Los habitantes de las costas se espantan de ti,
y sus reyes se consternan, demudado el rostro.
los mercaderes de los pueblos silban por ti;
¡siniestro desenlace!,
dejarás de existir para siempre.

Contra el rey de Tiro

(Ezequiel 28,1-19)

El poema anterior se dirigía a toda Tiro. Este interpela a su principal representante, el príncipe. Y ofrece una variante curiosa del tema que tratamos. En este caso, la riqueza va unida a la sabiduría. Pero como la que pidió Salomón al Señor, "para gobernar a tu pueblo y saber distinguir el bien del mal" (1 Re 3,9), sino una sabiduría entendida como habilidad en los negocios, capacidad de acumular oro y plata y acrecentar la fortuna. Esta falsa ciencia lleva al príncipe de Tiro a considerarse un dios, comparándose con un personaje mítico, Daniel, famoso por su sabiduría.

Me dirigió la palabre el Señor:
Hijo de Adán, di al príncipe de Tiro:
Esto dice el Señor:
Se hinchó tu corazón y te dijiste:
"Soy dios, entronizado en solio de dioses,
en el corazón del mar".
Tú que eres hombre y no dios
te creías listo como los dioses.
¡Si eres más sabio que Daniel,
ningún enigma se te resiste!
Con tu talento, con tu habilidad,
te hiciste una fortuna;
acumulaste oro y plata en tus tesoros.

Con agudo talento de mercader
ibas acrecentando tu fortuna,
y tu fortuna te llenó de presunción.
Por eso, así dice el Señor:
Por haberte creído sabio como los dioses,
por eso traigo contra ti bárbaros pueblos feroces;
desnudarán la espada
contra tu belleza y tu sabiduría,
profanando tu esplendor.
Te hundirán en la fosa,
morirás con muerte ignominiosa en el corazón del mar.
Tú que eres hombre y no dios,
¿osarás decir: "Soy dios",
delante de tus asesinos,
en poder de los que te apuñalen?
Morirás con muerte de incircunciso,
a manos de bárbaros.
Yo lo he dicho -oráculo del Señor-.

Este poema es como una segunda parte del anterior (vv. 11-19) y su propósito es cantar al rey de Tiro como el hombre primordial que, colocado en el jardín de los dioses, peca y es expulsado; conocemos el argumento porque lo recoge también el libro

del Génesis en los capítulos 2-3. Por motivos funcionales, el presente poema amplifica la descripción del esplendor primitivo y el castigo, mientras el pecado se sitúa en una línea muy distinta a la de Adán y Eva: aquí se denuncia el comercio lleno de atropellos. Curiosa inserción de un tema cotidiano dentro de un cuadro con carácter mítico.

Me dirigió la palabra el Señor:
Hijo de Adán, entona una elegía al rey de Tiro.
Así dice el Señor: Eras cuño de perfección,
colmo de sabiduría, de acabada belleza;
estabas en un jardín de dioses,
revestido de piedras preciosas;
cornalina, topacio y aguamarina,
crisólito, malaquita y jaspe,
zafiro, rubí y esmeralda;
de oro afiligranado tus zarcillos y dijes,
preparados el día de tu creación.
Te puse junto a un querube protector
de alas extendidas.
Estabas en la montaña sagrada de los dioses,
entre piedras de fuego paseabas.
Era irreprensible tu conducta
desde el día de tu creación
hasta que se descubrió tu culpa.
A fuerza de hacer tratos,
te ibas llenando de atropellos, y pecabas.
Te desterraré entonces de la montaña de los dioses
y te expulsó el querube protector
de entre las piedras de fuego.
Te llenó de presunción tu belleza
y tu esplendor te trastornó el sentido;
te arrojé por tierra,
te hice espectáculo para los reyes.
Con tus muchas culpas, con tus sucios negocios,
profanaste tu santuario;
hice brotar de tus entrañas fuego que te devoró;
te convertí en ceniza sobre el suelo,
a la vista de todos.
Tus conocidos de todos los pueblos se espantaron de ti;
¡siniestro deselance.,
para siempre dejaste de existir.

3ª Parte

«PARA EDIFICAR Y PLANTAR»

EL ANUNCIO

Si la profecía anterior al destierro de Babilonia (año 586 a.C.) se caracteriza principalmente por su aspecto de denuncia, el mensaje de los profetas posteriores tiene un marcado acento de esperanza. La terrible tragedia con que sus predecesores amenazaron al pueblo si no se convertía ya ha tenido lugar. Ahora el problema es distinto. Se trata de animar a la fe en Dios, que no ha cortado definitivamente con su pueblo. Esta esperanza abarca aspectos muy distintos, porque los judíos lo han perdido todo: patria, capital, monarquía, bienes económicos, gran número de habitantes. Sobre todo, creen haber perdido la relación con Dios. Por consiguiente, las promesas formuladas por los profetas de esta época debe incluir todos los aspectos indicados. Nosotros quizá nos hubiésemos contentado con un restablecimiento de la unión con Dios, concibiéndola muy espiritualmente. Para un judío de aquel tiempo, tal concepción es insuficiente. La cercanía de Dios debe repercutir necesariamente en una mejora de las condiciones de vida a todos los niveles: religioso, político, económico, social.

El mayor problema consiste en el modo de presentar los textos proféticos relativos a esta esperanza. Porque el contenido de la misma varía de profeta a profeta y de época a época, aunque muchos aspectos sean comunes: restauración, prosperidad de Jerusalén, paz y seguridad.

Tras pensarlo detenidamente (y no estoy convencido de haber acertado) decidí organizar esta segunda parte en torno a dos grandes temas: «La esperanza futura» y «El rey ideal», siguiendo cronológicamente las afirmaciones de los profetas sobre estas cuestiones. Un primer esbozo, en el que agrupé textos de distinto origen según el contenido de las promesas (prosperidad de Jerusalén, independencia política, etc.) terminé rechazándolo por simplificar los puntos de vista de cada autor.

1. La esperanza futura

Como acabo de indicar, para hacerse una idea de conjunto y no traicionar demasiado la mentalidad de los autores, parece preferible presentar los distintos enfoques, que llevan desde Ezequiel y su escuela hasta la concepción apocalíptica. Sin embargo, como punto de partida nos remontaremos a la época de Jeremías, cuando anuncia la vuelta de los desterrados del Reino Norte. Lo que él dijo entonces es como semilla de futuras esperanzas para el Reino Sur.

Luego nos fijaremos en Ezequiel, el Deuteroisaías y Zacarías, que suponen un desarrollo y aplicación concreta de la esperanza a los distintos momentos históricos. Un problema especial lo constituye la corriente apocalíptica.

Ya que la misión de una antología no es tratar todos los temas de manera exhaustiva, me limitaré a recoger unos capítulos de Joel que considero de especial valor.

1.1. La vuelta de los desterrados del Reino Norte

(Jeremías 31,1-22)

El capítulo 31 de Jeremías es uno de los más importantes del libro, cumbre del mensaje de la esperanza. Leído en su totalidad abarca múltiples temas: repatriación, restauración de la fraternidad entre el Norte (Israel) y el Sur (Judá), prosperidad económica, nueva alianza, reconstrucción de Jerusalén. Se dan por supuestas situaciones históricas muy distintas, desde la deportación de Jerusalén en el VI. Lo cual demuestra que el capítulo es resultado de relecturas y reelaboraciones continuas.

Ahora nos fijaremos solamente en lo que pudo constituir su núcleo primitivo: la vuelta de los desterrados del Reino Norte. En tiempos de Jeremías, el problema seguían siendo de gran actualidad. Y parece que el profeta, en sus primeros años, proclamó entre aquellas tribus un mensaje de conversión y de esperanza. Los oráculos relativos a la conversión se encuentran actualmente en el capítulo segundo, que hemos incluido en otro apartado de esta antología. El mensaje de esperanza se formula en el 31 con estos términos:

En aquel tiempo -oráculo del Señor- seré el Dios
de todas las tribus de Israel y ellas serán mi pueblo.
El pueblo escapado de la espada
alcanzó favor en el desierto:
Israel camina a su descanso,
el Señor se le apareció desde lejos.
Con amor eterno te amé, por eso prolongué mi lealtad;
te reconstruiré y quedarás reconstruida,
capital de Israel.
De nuevo saldrás enjoyada
a bailar con panderos en corros;
de nuevo plantarás viñas en los montes de Samaría,
y los que las plantan las cosecharán.
«¡Es de día!», gritarán los centinelas
en la sierra de Efraín,
«en pie, a Sión, a visitar al Señor, nuestro Dios».
Así dice el Señor: Griten jubilosos por Jacob,
regocíjense por el primero de los pueblos,
pregonen, alaben, digan: El Señor ha salvado
a su pueblo, al resto de Israel.
Yo los traeré del país del norte,
los reuniré de los rincones del mundo.
Qué gran multitud retorna; entre ellos
hay ciegos y cojos, preñadas y paridas;
si marcharon llorando, los conduciré entre consuelos,
los guiaré hacia torrentes,
por vía llana y sin tropiezos.
Seré un padre para Israel,
Efraín será mi primogénito.
Escuchen, pueblos, la palabra del Señor,
El que dispersó a Israel, lo reunirá,
lo guardará como el pastor a su rebaño;
El Señor redimió a Jacob,
lo rescató de una mano más fuerte,
y vendrán entre aclamaciones a la altura de Sión,
afluirán hacia los bienes del Señor:
trigo y vino y aceite y rebaños de ovejas y vacas;
serán como huerto regado, no volverán a desfallecer;
entonces la muchacha gozará bailando
y los ancianos igual que los mozos;
convertiré su tristeza en gozo,
los consolaré y aliviaré sus penas.

Oigan, en Ramá se escuchan gemidos y llanto amargo:

es Raquel que llora inconsolable a sus hijos
que ya no viven.
Pues así dice el Señor: Reprime tus sollozos,
enjuga tus lágrimas -oráculo del Señor-,
tu trabajo será pagado, volverán del país enemigo.
Hay esperanza de un porvenir -oráculo del Señor-
volverán los hijos a la patria.

Estoy escuchando lamentarse a Efraín:
Me has corregido
y he escarmentado como novillo indómito;
vuélveme y me volveré,
que tú eres el Señor, mi Dios;
si me alejé, después me arrepentí,
y al comprenderlo me di golpes de pecho;
me sentía corrido y avergonzado
de soportar el oprobio de mi juventud.
¡Si es mi hijo querido, Efraín,
mi niño, mi encanto!
Cada vez que lo reprendo me acuerdo de ello,
se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión
-oráculo del Señor-.

Coloca mojones, planta señales,
fíjate bien en la calzada por donde caminas,
vuelve, doncella de Israel, vuelve a tus ciudades,
¿hasta cuándo estarás indecisa, muchacha esquiva?,
que el Señor crea algo nuevo en el país,
y la hembra abrazará al varón.

El poema comienza hablando de la restauración de la alianza («seré el Dios de todas las tribus de Israel y ellas serán mi pueblo»), para centrarse luego en el tema de la repatriación, presentándolo como resultado del «amor eterno» de Dios. Es importante advertir el vínculo entre restauración del Norte y unión de estas tribus con el Sur. No se limitan a reconstruir su capital y plantar sus antiguas viñas. En el aspecto religioso, deciden unirse a los judíos, peregrinando a Sión «a visitar al Señor, nuestro Dios». Pero esto no deben interpretarlo los del Sur como victoria para ellos o humillación para los del Norte. Al contrario, deben reconocer que Jacob es «el primero de los pueblos», «Efraín será mi primogénito». La fraternidad, la ausencia de envidias y antiguos rencores regionalistas, es elemento esencial en la esperanza del profeta. Pero sus palabras de consuelo chocan con la dura realidad, simbolizada en la figura de la matriarca, Raquel, llorando a sus hijos muertos. Jeremías no se arredra por ello, y enuncia su verdad capital: «hay esperanza de un porvenir, volverán los hijos a la patria».

El episodio siguiente presenta un fuerte influjo de Oseas (11,1-9) y encontrará su culmen en la parábola de los dos hermanos (más conocida como la del «hijo pródigo»: Lucas 15). Es uno de esos textos capitales del Antiguo Testamento, tantas veces ignorado, en que se nos habla de un Dios lleno de amor, más dispuesto al perdón que al castigo: «se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión».

El poema termina invitando una vez más a volver a la patria, asegurando que Dios garantiza la creación de algo nuevo en el país. La frase final («la hembra abrazará al varón») se ha prestado a múltiples interpretaciones, pero su sentido es obvio en el contexto del poema: la acción creadora de Dios es fuerza que se comunica en forma de fecundidad, en el abrazo conyugal. La «mujer» es cada

mujer israelita, llamada a ser madre en la patria, y es todo el pueblo, como matrona que se abraza otra vez con su esposo. Así culmina el tema del amor y de la fecundidad.

1.2 Ezequiel y su escuela

Uno de los libros proféticos en que ha quedado mejor plasmada la esperanza con sus distintos contenidos es el de Ezequiel, especialmente en los capítulos 34-48. No son textos formulados en un mismo momento, ni todos proceden de Ezequiel. Visiones de gran fuerza poética se mezclan con monótonas descripciones del futuro templo, normas culturales e indicación de los límites de las tribus. Y en medio de todo el bloque, amenazando que el magnífico futuro se convierta en realidad, la irrupción misteriosa de Gog, «adalid y caudillo de Mesec y Tubal» (capítulos 38-39), al que Dios deberá derrotar antes de implantar su victoria.

No podemos tener en cuenta todos estos aspectos. Selecciono los textos que considero más importantes y asequibles. Ante todo, un discurso que habla del castigo pasado y la reconciliación sirve como base para captar la multiplicidad de temas subrayando al mismo tiempo la importancia capital del aspecto religioso. Luego hablaremos de la liberación de Babilonia, la restauración política, la bendición de la tierra, la desaparición de las injusticias, la vuelta de la Gloria de Dios. Cambio algo el orden en que el libro presenta estos temas para que resulten más fáciles de entender.

CASTIGO Y RECONCILIACION

(Ezequiel 36,16-38)

Me vino esta palabra del Señor:

Hijo de Adán, cuando la casa de Israel habitaba en su tierra, la contaminó con su conducta y sus malas obras; para mí fue su proceder inmundo como sangre inmunda. Entonces derramé mi cólera sobre ellos por la sangre que habían derramado en el país y por haberlo contaminado con sus ídolos. Los esparcí por las naciones y anduvieron dispersos por los países; según su proceder y sus malas obras los juzgué. Al llegar a las diversas naciones profanaron mi santo nombre, pues decían de ellos; "Estos son el pueblo del Señor, han tenido que salir de su tierra". Entonces sentí lástima de mi nombre santo, profanado por la casa de Israel en las naciones adonde fue. Por eso, di a la casa de Israel:

Esto dice el Señor: No lo hago por ustedes, casa de Israel, sino por mi santo nombre, profanado por ustedes en las naciones adonde fueron. Mostraré la santidad de mi nombre ilustre profanado entre los paganos, que ustedes profanaron en medio de ellos, y sabrán los paganos que yo soy el Señor cuando les muestre mi santidad en ustedes. Los recogeré por las naciones, los reuniré de todos los países y los llevaré a su tierra. Los rociaré con una agua pura que los purificará, de todas sus inmundicias e idolatrías los he de purificar. Les daré un corazón nuevo y les infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Les infundiré mi espíritu y haré que caminen según mis preceptos y que pongan por obra mis mandamientos. Habitaran en la tierra que di a sus padres; ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios.

Los libraré de sus inmundicias, llamaré al grano y lo haré abundar no les dejaré pasar hambre; haré que abunden los frutos de los árboles y las cosechas de los campos, para que no los insulten los paganos llamándolos ‘muertos de hambre’. Al acordarse de su conducta perversa y de sus malas acciones, sentirán asco de ustedes mismos por sus culpas y abominaciones. Sépanlo bien, no lo hago por ustedes -oráculo del Señor-; avergüéncense y sonrójense de vuestra conducta, casa de Israel.

Esto dice el Señor: Cuando los purifique de sus culpas, haré que se repueblen las ciudades y que las ruinas se reconstruyan. Volverán a labrar la tierra asolada, después de haber estado baldía a la vista de los caminantes. Dirán: ‘ Esta tierra desolada está hecha un paraíso, y las ciudades arrasadas, desiertas, destruidas, son plazas fuertes habitadas’. Y los pueblos que queden en su contorno sabrán que yo, el Señor, reedifico lo destruido y planto lo arrasado. Yo, el Señor, lo digo y lo hago.

Esto dice el Señor: Me dejaré suplicar por la casa de Israel y le concederé esto: acrecentaré su población como un rebaño. Como rebaño de ovejas consagradas, como ovejas en Jerusalén durante la fiesta, así rebosarán de gente las ciudades arrasadas. Y sabrán que yo soy el Señor.

En este extenso discurso es posible que se hayan fundido distintos oráculos independientes, como sugiere el triple comienzo «así dice el Señor». Pero, en la mentalidad del redactor del libro, todos estos temas debían ir juntos: vuelta a la tierra, purificación y renovación interior mediante el agua pura y el corazón nuevo, infusión de un nuevo espíritu, restauración de la alianza, abundantes cosechas, repoblación de la ciudades, crecimiento del número de habitantes.

En esta diversidad de temas, el más desarrollado es sin duda el espiritual. Por otra parte, el texto ofrece un detalle interesante, poco frecuente en las promesas de salvación que encontraremos más adelante: la salvación de Dios no está motivada por el amor al pueblo, porque Dios siente lástima de sus sufrimientos, sino porque Dios siente lástima de sí mismo, despreciado por los paganos al ver la desgracia de Israel. Si tan mal le va a este pueblo, es porque su Dios carece de poder para salvarlo, sería el argumento lógico. Esta interpretación resulta poco agradable para nuestra sensibilidad cristiana. Nos atrae más la frase: «De tal manera amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único» (Juan 3,16). Y la mayoría de los textos proféticos que hablan de esperanza se insertan en esta misma línea del cuarto evangelio, del Dios bondadoso, que se compadece del sufrimiento de su pueblo, igual que siglos antes se compadeció de que estaban esclavizados en Egipto. por eso, lo que debemos subrayar en este discurso no es ese matiz concreto, sino las diversas promesas que se hacen para el futuro.

Entre todas ellas, la primera en orden lógico es la liberación de Babilonia. Sin esto no puede haber repatriación ni restauración. Ezequiel va a tratarlo en la visión de los huesos, uno de los pasajes más famosos de su libro. Aunque el tema central es la resurrección a la esperanza de un pueblo que se considera perdido, tal resurrección es interpretada como liberación, no de un sepulcro real, sino de la tumba de la esclavitud.

RESURRECCION DEL PUEBLO

(Ezequiel 37,1-14)

La mano del Señor se posó sobre mí y el Señor me llevó en espíritu, dejándome en un valle todo lleno de huesos. Me los hizo pasar revista: eran muchísimos los que había en la cuenca del valle; estaban calcinados. Entonces me dijo:

¿Hijo de Adán, ¿podrán revivir esos huesos?

Contesté:

Tú lo sabes, Señor.

Me ordenó:

Conjura a esos hueso: Huesos calcinados, escuchen la palabra del Señor. Esto dice el Señor a esos huesos: Yo les voy a infundir espíritu para que reviváis. Les injertaré tendones, los haré criar carne; tensaré sobre ustedes la piel y les infundiré espíritu para que revivan. Así sabrán que yo soy el Señor.

Pronuncié el conjuro que se me había mandado, y mientras lo pronunciaba resonó un trueno, luego hubo un terremoto y los huesos se ensamblaron, hueso con hueso. Vi que habían prendido en ellos los tendones, que habían criado carne y tenían la piel tensa. Pero no tenían aliento.

Entonces me dijo:

Conjura al aliento, conjura, hijo de Adán, diciendo al aliento: Esto dice el Señor: Ven aliento de los cuatro vientos y sopla en estos cadáveres para que revivan.

Pronuncié el conjuro que se me habían mandado. Penetró en ellos el aliento, revivieron y se pusieron en pie era una muchedumbre inmensa.

Entonces me dijo:

Hijo de Adán, esos huesos son toda la casa de Israel. Ahí los tienes diciendo: Nuestros huesos están calcinados, nuestra esperanza se ha desvanecido. Estamos perdidos. Por eso, profetiza diciéndoles: Esto dice el Señor: Yo voy a abrir sus sepulcros, los voy a sacar de sus sepulcros, pueblo mío, y los voy a llevar a la tierra de Israel. Sabrán que yo soy el Señor cuando abra sus sepulcros, cuando los saque de sus sepulcros, pueblo mío. Infundiré mi espíritu en ustedes para que revivan, los estableceré en su tierra y sabrán que yo, el Señor, lo digo y lo hago -oráculo del Señor-.

Aunque la liturgia aplica este pasaje a la resurrección individual, proponiéndolo como posible lectura en las misas de difuntos, ya hemos visto que su sentido originario no es éste. Pero Ezequiel ha creado un símbolo que se impone y desborda la intención de su autor. Bajando a una visión biológica de la muerte, remontándose a motivos de creación, operando con el elemento dinámico del viento (= espíritu), el profeta ha dado expresión a las ansias más radicales del hombre, al mensaje más gozoso de la revelación. La victoria de la vida sobre la muerte es el mensaje de Pascua: es legítimo que los cristianos lean esta página como símbolo perenne de la resurrección.

La salida de Babilonia supone volver a la patria. ¿para qué? ¿Para encontrar unos montes todavía calcinados por la guerra, sin pastos ni ganados, poblados solamente por ruinas y vestigios de la pasada tragedia? Ezequiel, al comienzo de su libro, cuando anunciaba la inminente destrucción del país, había profetizado «a los montes y a los collados, a las torrenteras y a las vaguadas», anunciándoles un castigo de muerte y desolación. Pero ha pasado el momento de la cólera, y ahora anuncia a esa misma naturaleza la bendición de Dios.

BENDICION DE LOS MONTES DE ISRAEL

(Ezequiel 36,1-12)

Y tú, hijo de Adán, profetiza así a los montes de Israel: Montes de Israel, escuchen la palabra del Señor. Esto dice el Señor: Por haber dicho su enemigo: '¡Bien! los cerros antiguos son propiedad nuestra'; por eso profetiza así:

Esto dice el Señor: Porque los han arrasado y pisoteado y conquistado los restantes pueblos; porque han andado en boca de deslenguados y les ha difamado la gente; por eso, montes de Israel, escuchen la palabra del Señor:

Esto dice el Señor a los montes y a los collados, a las torrenteras y a las vaguadas, a las ruinas desoladas y a las ciudades abandonadas, que fueron botín y burla del resto de los pueblos vecinos: Porque han cargado con el sarcasmo de las naciones, juro con la mano en alto que los pueblos que los rodean cargarán con sus sarcasmos. Y ustedes, montes de Israel, echarán frondas y darán fruto para mi pueblo, Israel, que está para llegar. Porque yo estoy con ustedes y me vuelvo hacia ustedes; los labrarán y los sembrarán. Acrecentaré su población, toda la casa de Israel; serán repobladas las ciudades y las ruinas serán reconstruidas. Acrecentaré su población y su ganado y haré que los habiten como antaño y les concederé más bienes que al principio, y sabrán que yo soy el Señor. Haré que los transite la gente de mi pueblo, Israel; tomarán posesión de ustedes y serán su heredad y no volverán a quedarse sin hijos.

En la visión de Ezequiel y de su escuela no sólo importa la vuelta de los desterrados a una tierra fecunda. También es capital que desaparezcan las antiguas disensiones entre el Norte y el Sur, Israel y Judá, cada vez más profundas desde la muerte de Salomón (hacia el año 931 a.C.). Un solo rey, una sola dinastía, es el contenido esencial de la visión de las dos varas, al que se han ido añadiendo otra serie de promesas, entre las que destaca la restauración del templo.

LA VUELTA A LA UNIDAD POLITICA
(Ezequiel 37,15-28)

Me dirigió la palabra el Señor:

Y tú, hijo de Adán, coge una vara y escribe en ella ‘Judá’; coge luego otra vara y escribe en ella ‘José’. Empálmalas la una con la otra de modo que formen una sola vara y queden unidas en tu mano. Y cuando te pregunten tus paisanos: ‘Explícanos lo que quieres decir’, responde:

Esto dice el Señor: Voy a coger la vara de José y a empalmarla con la vara de Judá, de modo que formen una sola vara y queden unidas en mi mano.

Toma en la mano las varas escritas, y enseñándoselas, diles:

Esto dice el Señor: Yo voy a recoger a los israelitas por las naciones adonde marcharon, voy a congregarlos de todas partes y los voy a repatriar. Los haré un solo pueblo en su país, en los montes de Israel, y un solo rey reinará sobre todos ellos. No volverán a ser dos naciones ni a desmembrarse en dos monarquías. No volverán a contaminarse con sus ídolos y fetiches y con todos sus crímenes. Los libraré de sus pecados y prevaricaciones, los purificaré: ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios. Mi siervo David será su rey, el único pastor de todos ellos. Caminarán según mis mandatos y cumplirán mis preceptos, poniéndolos por obra. Habitarán en la tierra que le di a mis siervo Jacob, en la que habitaron sus padres; allí vivirán para siempre. Haré con ellos una alianza de paz, alianza eterna pactaré con ellos. Los estableceré, los acrecentaré y pondré entre ellos mi santuario para siempre; tendré mi morada junto a ellos, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las naciones que yo soy el Señor, que consagra a Israel, cuando esté entre ellos mi santuario para siempre.

Muy vinculada a la promesa de unidad política está la promesa de una sociedad justa. Este tema lo desarrolla el capítulo 34, interesante en sí mismo y para comprender el discurso de san Juan en el que Jesús se presenta como Buen Pastor. Se entremezclan en él distintos temas y el proceso de redacción fue probablemente muy complejo. pero aquí sólo nos interesa entrar en contacto con el texto (para un análisis más detenido me remito a mi obra “Con los pobres de la tierra”, 395-401).

El punto de partida es la imagen del pueblo como un rebaño, frecuente en la Biblia y en el Antiguo Oriente. Este rebaño ha padecido, por una parte, la injusticia de sus malos pastores, los reyes, que lo han maltratado, se han aprovechado de él, y en los momentos difíciles lo han abandonado, provocando su dispersión (el destierro). Es lo que comentan los primeros versos. Si nos limitásemos a esto no habría motivo para incluir el texto entre las promesas de salvación. Pero la denuncia precedente abre paso al anuncio de que Dios mismo buscará a sus ovejas y las cuidará. De este modo, es parte esencial en la visión del futuro.

LOS MALOS PASTORES Y EL BUEN PASTOR
(Ezequiel 34,1-16)

Me dirigió la palabra el Señor:
Hijo de Adán, profetiza contra los pastores de Israel,
profetiza diciéndoles: ¡Pastores!, esto dice el Señor:
¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos!
¿No son las ovejas lo que tienen que apacentar los pastores?
ustedes se comen su enjundia, se visten con su lana,
matan las más gordas, y las ovejas no las apacientan.
No fortalecen a las débiles, ni curan a las enfermas,
ni vendan a las heridas;
no recogen las descarriadas,
ni buscan a las perdidas

y maltratan brutalmente a las fuertes.
Al no tener pastor, se desperdigaron
y fueron pasto de las fieras salvajes.
Mis ovejas se desperdigaron y vagaron sin rumbo
por montes y altos cerros;
mis ovejas se dispersaron por toda la tierra,
sin que nadie las buscara siguiendo su rastro.
Por eso, pastores, escuchen la palabra del Señor:
¡Lo juro por mi vida! - oráculo del Señor-.
Mis ovejas fueron presa, mis ovejas fueron pasto
de las fieras salvajes por falta de pastor;
pues los pastores no las cuidaban
los pastores se apacentaban a sí mismos.
Por eso, pastores, escuchen la palabra del Señor:
Esto dice el Señor:
Me voy a enfrentar con los pastores:
les reclamaré mis ovejas,
los quitaré de pastores de mis ovejas
para que dejen de apacentarse
a sí mismos los pastores,
libraré a mis ovejas de sus fauces
para que no sean su manjar.
Así dice el Señor:
Yo mismo en persona buscaré a mis ovejas
siguiendo su rastro.
Como sigue el pastor el rastro de su rebaño
cuando las ovejas se le dispersan,
así seguiré yo el rastro de mis ovejas
y las libraré sacándolas de todos los lugares
por donde se desperdigaron
un día de oscuridad y nubarrones.
Los sacaré de entre los pueblos,
los congregaré de los países,
los traeré a su tierra,
los apacentaré en los montes de Israel,
en las cañadas y en los poblados del país.
Los apacentaré en ricos pastizales,
tendrán sus prados en los montes más altos de Israel;
se recostarán en fértiles prados
y pastarán pastos jugosos en los montes de Israel.
Yo mismo apacentaré mis ovejas,
yo mismo las haré sestear -oráculo del Señor-.
Buscaré las ovejas perdidas,
recogeré a las descarriadas;
vendaré a las heridas, curaré a las enfermas;
a las gordas y fuertes las guardaré
y las apacentaré como es debido.

Pero la imagen del rebaño sirve también al profeta para recordar otro tipo de injusticias de siglos anteriores: el de las diferencias entre animales fuertes y débiles, con grave perjuicio para los últimos. Dios promete defender a sus ovejas. Es el tema de los versos 17-22:

Y a ustedes, mis ovejas, así dice el Señor:
Voy a juzgar el pleito de mis ovejas.
¡Carneros y machos cabríos!
¿No les basta pacer el mejor pasto,
que huellan con las pezuñas el resto del pastizal?
¿Ni beber el agua clara,
que enturbian la restante con las pezuñas?
Y luego mis ovejas tienen que pacer
lo que hollaron sus pezuñas
y tienen que beber
lo que sus pezuñas enturbiaron.
Por eso, así les dice el Señor:
Yo mismo juzgaré el pleito
de las reses flacas y las gordas.
Porque embisten de soslayo, con la espadilla,
y cornean a las débiles,
hasta desperdigarlas en desbandada;
yo salvaré a mis ovejas y no volverán a ser botín;
yo juzgaré el pleito de mis ovejas.

En estas dos secciones del capítulo, la solución al problema era siempre la intervención directa de Dios, que reúne y protege a su rebaño, o que defiende a los animales más débiles del mismo. Pero más tarde se añadió la referencia a David como nuevo pastor del pueblo. Discuten los autores si piensa el profeta en un descendiente de David o en un personaje más sublime, una especie de «David redivivo». En cualquier caso, la promesa empalma con la del capítulo 37,24, que habla de David como único pastor de todo el pueblo.

EL PASTOR UNICO
(Ezequiel 34,23-24)

Les daré un pastor único que las pastoree:
mi siervo David;
él las apacentará, él será su pastor.
Yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David,
príncipe en medio de ellos.
Yo, el Señor, lo he dicho.

Quien no conozca a fondo la obra de Ezequiel puede pensar que esta serie de promesas bastan para configurar el futuro: liberación del destierro, vuelta a la tierra, fecundidad de la naturaleza, unidad política, desaparición de las injusticias, vinculada a la imagen de Dios como pastor o de David como su representante terreno. ¿Cabe esperar más? Quien conoce el libro de Ezequiel sabe que falta casi lo más importante. Desde el comienzo del libro el profeta, que es también sacerdote, ha experimentado con dolor la profanación del templo, que provocó la desaparición de la Gloria de Dios. Su obra terminará volviendo precisamente sobre este tema. El texto ha sufrido numerosos añadidos de los discípulos, resultando ahora mismo una de las secciones más cansadas del Antiguo Testamento. Pero podemos entresacar algunos de los aspectos más importantes y de gran fuerza poética.

EL NUEVO TEMPLO Y LA VUELTA DE LA GLORIA DE DIOS

(Ezequiel 40,1-43,7)

El año veinticinco de nuestra deportación, el diez del mes, día de año nuevo, el año catorce de la caída de la ciudad, ese mismo día vino sobre mí la mano del Señor, y el Señor me llevó en éxtasis a la tierra de Israel, dejándome en un monte muy alto, en cuya cima se erguía una mole con traza de ciudadela. Me llevó allí y vi junto a la puerta a un hombre que parecía de bronce: tenía en la mano un cordel de lino y una caña de medir. Este hombre me dijo:

Hijo de Adán, mira y escucha atentamente, fíjate bien en lo que voy a enseñarte, porque has sido traído aquí para que yo te lo enseñe. Anuncia a la casa de Israel todo lo que veas» (40,1-4).

Sigue una descripción pormenorizada de la muralla, la puerta oriental, el atrio exterior, la puerta septentrional, la meridional, el atrio interior, el vestíbulo del templo, la nave, etc. (40,5-42,20), que culmina con el principal aspecto de la visión:

Me condujo a la puerta oriental: vi la Gloria del Dios de Israel que venía de oriente, con estruendo de aguas caudalosas, la tierra reflejó su gloria. La visión que tuve era como la que había contemplado a orillas del río Quebar (en el momento de su vocación como profeta). Y caí rostro en tierra. La Gloria del Señor entró en el templo por la puerta oriental. Entonces me arrebató el espíritu y me llevó al atrio interior. La Gloria del Señor llenaba el templo.

Entonces oí a uno que me hablaba desde el templo y me decía:
Hijo de Adán, éste es el sitio de mi trono,
el sitio de las plantas de mis pies,
donde voy a residir para siempre
en medio de los hijos de Israel (Ez 43,1-7)

Y de este templo consagrado por la presencia de la Gloria de Dios brota un manantial que crece de forma sorprendente y maravillosa fecundando toda la tierra.

EL MANANTIAL DEL TEMPLO

(Ezequiel 47,1-12)

Me hizo volver a la entrada del templo. Del zaguán del templo manaba agua hacia levante. El agua iba bajando por el lado derecho del templo, a mediodía del altar. Me sacó por la puerta septentrional y me llevó a la puerta exterior, que mira a levante. El agua iba corriendo por el lado derecho. El hombre que llevaba el cordel en la mano salió hacia levante. Midió quinientos metros, y me hizo atravesar las aguas: ¡agua hasta los tobillos! Midió otros quinientos, y me hizo cruzar las aguas: ¡agua hasta las rodillas! Midió otros quinientos, y me hizo pasar: ¡agua hasta la cintura! Midió otros quinientos: era un torrente que no pude cruzar, pues habían crecido las aguas y no se hacía pie; era un torrente que no se podía vadear.

Me dijo entonces:

- ¿Has visto, hijo de Adán?

A la vuelta me condujo por la orilla del torrente.

Al regresar, vi a la orilla del río una gran arboleda en sus dos márgenes. Me dijo:

- Estas aguas fluyen hacia la comarca levantina, bajarán hasta la estepa, desembocarán en el mar de las aguas salobres (el Mar Muerto) y lo sanearán. Todos los seres vivos que bullan allí donde

desemboque la corriente tendrán vida y habrá peces en abundancia. Al desembocar allí estas aguas quedará saneado el mar y habrá vida dondequiera que llegue la corriente. Se pondrán pescadores a su orilla: desde Engadí hasta Eglain habrá tendederos de redes; su pesca será variada, tan abundante como la del Mediterráneo. Pero sus marismas y esteros no serán saneados; quedarán para salinas. A la vera del río, en sus dos riberas, crecerá toda clase de frutales; no se marchitarán sus hojas ni sus frutos se acabarán; darán cosecha nueva cada luna, porque los riegan aguas que manan del santuario; su fruto será comestible y sus hojas medicinales.

Estos son los contenidos básicos de Ezequiel y de sus discípulos. Y surge una pregunta inevitable: ¿en qué medida se cumplieron las promesas? Hubo repatriación, los montes de Israel volvieron a ser cultivados y poblados, se reconstruyó el templo. Pero poco más. Ni unidad política, ni monarca davídico, ni desaparición de las injusticias, por no hablar de ese manantial maravilloso que sanea las aguas del Mar Muerto y hace fecundas las zonas más estériles.

Sin embargo, para los cristianos, ese mensaje del libro de Ezequiel conserva gran parte de su valor. Ante todo, como llamada radical a la esperanza. Y luego, las promesas concretas del espíritu nuevo, el agua purificadora y Dios como pastor que por sí mismo (o a través de un nuevo David) reúne a su pueblo.

Tenemos aquí símbolos de lo que ocurrirá en Pentecostés, en el bautismo y en toda la actividad de Jesús. es cierto que las promesas superan a la realidad. Porque el Espíritu no nos cambia radicalmente, el agua purificadora no impide que sigamos cayendo en el pecado, y los pastores de la Iglesia no siempre imitan el ejemplo del Buen Pastor, que «da la vida por sus ovejas». Por eso, las promesas de Ezequiel siguen esperando su cumplimiento pleno, igual que las del Nuevo Testamento. Esto no es motivo para desanimarnos ante ellas, sino para confrontar nuestra actitud con el ideal que Dios nos propone.

1.3. El Deuteroisaías
EL SEGUNDO EXODO
(Isaías 40-55)

Ezequiel habla de una vuelta de los desterrados a su patria. Quien mejor ha cantado este acontecimiento y alentado esta esperanza es el gran profeta anónimo que conocemos como Deuteroisaías o Segundo Isaías. Si hubo una primera esclavitud (Egipto) y una intervención liberadora de Dios (el Exodo), la historia va a repetirse, pero de forma más prodigiosa aún. A la nueva esclavitud (Babilonia) corresponderá una segunda liberación y vuelta a la tierra prometida. Resulta imposible exponer en pocas páginas la diversidad de temas que este profeta entremezcla en perfecta sinfonía: victoria de Dios sobre los dioses paganos, proclamación de Ciro como libertador, caída de Babilonia, marcha del pueblo por el desierto, restauración y reconstrucción de Jerusalén. Y, en medio de ellos, resonando de forma cada vez más potente, esos misteriosos «Cantos del Siervo de Yahvé», que consideraremos en otro apartado.

Para facilitar al lector la comprensión de estos poemas nos limitaremos a dos temas capitales: la marcha por el desierto y la gloria futura de Jerusalén, enmarcados desde el comienzo de la obra en la idea del consuelo que Dios trae a su pueblo y que ha valido a los capítulos 40-55 de Isaías el título de «Libro de la consolación».

Consuelen, consuelen a mi pueblo,
dice su Dios;
hablen al corazón de Jerusalén, grítenle:
que se ha cumplido su servicio
y está pagado su crimen,
pues de mano del Señor ha recibido
doble castigo por sus pecados.

Una voz grita:
En el desierto preparen un camino al Señor;
allanen en la estepa una calzada para nuestro Dios:
que los valles se levanten,
que montes y colinas se abajen,
que lo torcido se enderece y lo escabroso se nivele;
y se revelará la gloria del Señor
y la verán todos los hombres juntos
-ha hablado la boca del Señor- (...).
Súbete a un monte elevado, heraldo de Sión;
alza fuerte la voz, heraldo de Jerusalén;
álzala, no temas, di a las ciudades de Judá:
«Aquí está su Dios».
Miren, el Señor Dios llega con poder, y su brazo manda.
Miren, viene con él su salario,
y su recompensa lo precede.
Como un pastor que apacienta el rebaño,
su brazo lo reúne, toma en brazos los corderos
y hace recostar a las madres (Is 40,1-5.9-11).

(Falta una parte)

2.5. Ezequiel

Entre el nuevo David y los modestos príncipes

La tensión entre un monarca ideal y una pluralidad de reyes que constatamos en Jeremías se acentúa en el libro de Ezequiel. Ya hemos hablado de su capítulo 34, donde presenta a Dios como buen pastor que reúne a su rebaño disperso y defiende la causa de las ovejas débiles frente a los poderosos carneros que las oprimen. Estas dos escenas terminan con una afirmación inesperada:

Les daré un pastor único
que las pastoree: mi siervo David;
él las apacentará, él será su pastor.
Yo, el Señor, seré su Dios,
y mi siervo David, príncipe en medio de ellos.
Yo, el Señor, lo he dicho. (Ez 34,23-24).

A primera vista, esta presentación de David como pastor contradice a la de Dios como pastor, formulada antes. Sin embargo, «en la mentalidad de Israel y del Antiguo Testamento no existe oposición entre la soberanía regia de Yahvé y la del Mesías» (Mowinckel). Por su parte, Caquot indica que las funciones son distintas: Dios pastor reúne al rebaño y lo conduce a Palestina; David pastor cuida del rebaño tras la vuelta.

El tema mesiánico reaparece en 37,15-28, cuando habla el profeta del nuevo reino unido:

Mi siervo David reinará sobre ellos
y será para ellos el único pastor (v. 24).
Mi siervo David será su príncipe eternamente (v. 25).

Si pasamos a los capítulos finales del libro (40-48), donde se describe la restauración definitiva, advertimos con sorpresa que la figura del príncipe ocupa un papel muy modesto. Casi se limita a proveer los sacrificios para el culto. Y se da por supuesto que no es ningún ser sobrehumano, sino un simple mortal, como todos los monarcas preexílicos.

En definitiva, Ezequiel acepta la monarquía como institución válida para el futuro, a pesar de los numerosos fallos de los reyes. Pero esto no significa que conceda especial atención al tema. Como afirma acertadamente Meulenbelt, las declaraciones del profeta «insisten más en la salvación que en el salvador». Y Zimmerli saca el siguiente balance; «... la figura del rey futuro nunca aparece como una personalidad llena de vida y queda muy lejos de lo que leemos en Is. 9,5-6; 11,1-9, e incluso en Miq 5,1-3 y Zac 9,9. El príncipe es pastor, representante de la unidad de Israel, objeto de una gloria a través de la cual reconocen los pueblos cómo Yahvé humilla y exalta. Pero en ningún sitio se dice que actúe positivamente (...). Lo único concreto es el nombre, David, al que Yahvé añade el epíteto tradicional 'mi siervo'».

Quizá por eso Becker se niega a interpretar mesiánicamente las afirmaciones de Ezequiel sobre el rey futuro. Según este autor, para el profeta y sus discípulos lo realmente importante es la teocracia y el sacerdocio. El príncipe no desempeña una función salvífica, y en los capítulos 43,46 y 48 es «un comparsa tristemente manipulado por la hierocracia». Becker no admite distinción entre este príncipe de los capítulos finales y el que aparece en 34,23-24; 37,22.24-25. Para él se trata del mismo personaje, sin relieve ni especial prestigio. si en algún momento parece adquirir un matiz más privilegiado se debe simplemente al contexto. Su postura puede resultar demasiado negativa. Los textos que hablan del nuevo David se insertan en una tradición común a los libros de Oseas y Jeremías, y esto subraya su valor. Pero hemos de reconocer que Ezequiel no figura entre los profetas entusiasmados con el mesianismo.

2.6. Ageo

Este profeta, preocupado sobre todo por la reconstrucción del templo, sólo trata el tema en un breve oráculo dirigido a Zorobabel, gobernador de Judá:

Haré temblar cielo y tierra, volcaré los tronos reales, destruiré el poder de los reinos paganos, volcaré carros y aurigas, caballos y jinetes morirán a manos de sus camaradas. Aquel día, oráculo del Señor de los ejércitos, te tomaré, Zorobabel, hijo de Sealtiel, siervo mío; te haré mi sello, porque te he elegido -oráculo del Señor de los ejércitos- (Ag 2,21-23).

El oráculo, fechado a finales del año 520 a.C., desarrolla dos temas muy relacionados entre sí: la destrucción del poder pagano (en este caso concreto, de Persia) y la restauración de la monarquía davídica. Con esto último, Ageo elimina la amenaza formulada por Jeremías contra Jeconías, abuelo de Zorobabel: «Inscribid a ese hombre como estéril, como varón malogrado en la vida, porque de su estirpe no se logrará ninguno que se siente en el trono de David para reinar en Judá» (Jr 22,30). Recordando esta condena es como mejor se entiende el oráculo de Ageo. No va dirigido al pueblo, sino al descendiente de David. No anuncia a la gente un beneficio divino, subraya que Dios vuelve a mirar con agrado a un heredero de David: «te tomaré», «te haré mi sello», «te he elegido», «siervo mío». Lo importante no es lo que Zorobabel hará por el pueblo, sino lo que Dios hace por Zorobabel.

Ageo repite, con palabras distintas, el núcleo de la profecía de Natán a David: «Yo te construiré una casa, tu casa y tu reino permanecerán por siempre en mi presencia». Dios es fiel a su antigua promesa. Y se da por supuesto que Zorobabel será un buen rey, pero esto resulta secundario en el contexto y el profeta no trata el tema. Por lo demás, Ageo no concibe a Zorobabel como un rey sobrehumano, dotado de cualidades excepcionales. Con otras palabras, Ageo promete la restauración de la dinastía davídica, pero no propugna un auténtico mesianismo.

2.7. Zacarías

Este profeta concibe el futuro gobierno del pueblo de Dios como un régimen teocrático con dos representantes supremos: Zorobabel y Josué: el rey y el sumo sacerdote (6,13). De Zorobabel se habla en dos ocasiones. La primera, en relación con la reconstrucción del templo (4,6-10). La segunda, con motivo de su coronación:

El Señor me dirigió la palabra:

Pide dones a los exiliados que han vuelto de Babilonia: a Jelday, Tobías y Yedayas; después vete a casa de Josías, hijo de Sofonías. Toma oro y plata, haz una corona y ponla en la cabeza a Zorobabel, hijo de Sealtiel. Y le dirás:

Así dice el Señor de los ejércitos:
Ahí está el hombre llamado Germen,
que construirá el templo
-su descendencia germinará-;
él construirá el templo, él asumirá la dignidad
y se enaltecerá en el trono para gobernar;
mientras el sumo sacerdote se sentará en el suyo,
y reinará la concordia entre los dos.
La corona quedará en el templo del Señor
como recordatorio para Jelday, Tobías,
Yedayas y Josías, hijo de Sofonías (Zac 6,9-14).

En el texto hebreo se da un cambio significativo. La corona se pone sobre la cabeza «del sumo sacerdote Josué, hijo de Josadac». Pero esto resulta incomprensible, porque el oráculo distingue claramente entre la figura regia, a la que se le ha impuesto la corona, y el sumo sacerdote. Algunos atribuyen este cambio a un error del copista. Quizá se trate de un cambio intencionado. El texto original debía decir como hemos traducido: «pon la corona en la cabeza de Zorobabel, hijo de Sealtiel», expresando con ello la esperanza de que este personaje restauraría la dinastía davídica, garantizando con ello la independencia del país. Nada de esto ocurrió. Zorobabel desapareció de forma misteriosa, sin dejar rastro. La independencia política no llegó. Entonces, cuando el sacerdocio alcanzó cada vez más prestigio y el sumo sacerdote adquirió un matiz cada vez más político, la antigua promesa dirigida a Zorobabel fue aplicada a Josué.

Zacarías tiene la misma visión realista de Ageo. No espera un personaje excepcional. Ni siquiera espera. Ve realizada en su momento histórico la antigua promesa. Se contenta con que Zorobabel reconstruya el templo y se siente en su trono para gobernar. Imposible pedir menos. Por eso, si hablamos de mesianismo en sentido estricto, tampoco Zacarías aporta nada al tema. Tanto él como Ageo se limitan a alentar en el pueblo una esperanza que, dicho sea de paso, no se cumplió.

En la última parte del libro de Zacarías, que no procede de este profeta, sino de autores anónimos, se encuentra un último oráculo que será de gran importancia para las esperanzas mesiánicas (concretamente para los cristianos).

Alégrate, ciudad de Sión; aclama, Jerusalén;
mira a tu rey que está llegando;
justo, victorioso, humilde,
cabalgando un asno, una cría de borrica.
Destruirá los carros de Efraín
y los caballos de Jerusalén;
destruirá los arcos de guerra
y dictará paz a las naciones;
dominará de mar a mar,
del Gran Río al confín de la tierra. (Zac 9,9-10).

Nos encontramos ante un texto plagado de sorpresas. Porque, leído en conjunto, nos habla de un rey futuro cuyo dominio es tan extenso o más que el de David. pero se presenta de forma humilde y, lo que es más importante, no destruye las armas enemigas, sino las armas del mismo pueblo de Dios, anulando la confianza idolátrica en los ejércitos, que tantos perjuicios trajo a Israel durante su historia.

Así, de forma humilde y nada bélica «dictará la paz a las naciones». Esta idea nos trae a la memoria un famoso oráculo que se conserva por duplicado en los libros de Isaías y Miqueas:

Al final de los tiempos estará firme
el monte de la casa del Señor,
en la cima de los montes,
encumbrado sobre las montañas.
Hacia él confluirán las naciones,
caminarán pueblos numerosos.
Dirán: Vengan, subamos al monte del Señor,
a la casa del Dios de Jacob:
él nos instruirá en sus caminos
y marcharemos por sus sendas,
porque de Sión saldrá la ley;
de Jerusalén, la palabra del Señor.
Será el árbitro de las naciones,
el juez de pueblos numerosos.
De las espadas forjarán arados;
de las lanzas, podaderas.
No alzará la espada pueblo contra pueblo,
no se adiestrarán para la guerra.
(Is 2,2-4; Miq 4,1-3, con pequeños cambios).

Las diferencias entre el oráculo de Zac 9,9-10 y el que acabamos de citar son evidentes. Este último no habla en ningún momento del rey futuro; quien impone la paz entre las naciones es el mismo Dios desde su monte santo. Pero las coincidencias son notables, en lo que respecta a la paz mundial y a la desaparición de las armas. El texto de Zacarías ofrece una visión como más realista (dentro de la utopía): es un personaje elegido por Dios el que lleva a cabo esta misión en la tierra.

2.8. Conclusión

Muchos cristianos piensan que la mayor aportación de los profetas consiste en haber anunciado la aparición futura de un rey ideal, el Mesías (=Ungido) del Señor, que identifican con Jesús de Nazaret. Y quien no conozca los libros proféticos quizá piense encontrar anuncios de este tipo en cada página. La realidad es muy distinta. Numerosos profetas no hicieron ninguna afirmación mesiánica (Amós, Oseas, Joel, Abdías, Sofonías, Malaquías), otros concedieron al tema mucha menos importancia de lo que podríamos imaginar (Jeremías, Ezequiel).

Esta conclusión se impone cuando evitamos el confusionismo terminológico. El anuncio de un rey justo y salvador no significa que este texto sea mesiánico en sentido estricto. Tampoco las afirmaciones de Ageo y Zacarías, cuando ven realizadas en su tiempo las antiguas promesas. Como afirma Mowinckel, los términos «Mesías» y «mesiánico» debemos aplicarlos sólo a un personaje escatológico, del fin de los tiempos. Y son muy poco los textos que se orientan en esta línea: cualidades y dones que a primera vista parecen sobrenaturales y típicos del salvador definitivo se revelan como algo normal dentro de la concepción del Antiguo Oriente sobre la monarquía.

En líneas generales debemos aceptar que durante el período monárquico no existen oráculos mesiánicos en sentido estricto. Sólo a partir del exilio surge en ciertos ambientes (no en todo el pueblo) la esperanza de una restauración de la dinastía davídica. Esta esperanza tampoco es estrictamente mesiánica. Pero, cuando pasen los siglos sin cumplirse, tales expectativas irán creciendo y transformándose en la espera de un salvador escatológico. Entonces, textos que originalmente no eran mesiánicos fueron releídos y utilizados para describir la persona y la obra de este futuro y decisivo salvador. Es lo que hicieron diversos grupos judíos y los primeros cristianos. Pero también en este punto debemos andarnos con cuidado. Los autores del Nuevo Testamento no usan los textos

proféticos «científicamente»; no les preocupa la adecuación perfecta entre lo anunciado y la realidad. Ni siquiera les interesa el sentido literal, exacto, de las palabras del profeta. Las utilizan como punto de apoyo, alusión literaria, cita poética, idealizando y espiritualizando lo dicho en épocas pasadas.

Por lo demás, no olvidemos que los textos mesiánicos, al referirse a un rey, tienen necesariamente un marcado matiz político.

Esto impedía su aplicación demasiado estricta a la persona de Jesús. Porque, aunque él fuese rey y descendiente de David (Lc 1,32), no orientó su actividad en este sentido político. Más aún, humanamente hablando terminó en un terrible fracaso. Las esperanzas puestas en él como salvador nacional se hundieron por completo (Lc 24,21; Hch 1,6-7). Por eso, en la Iglesia primitiva adquirieron mayor importancia otros textos, como el cuarto canto del Siervo de Yahvé (Is 52,13-53,12), que ayudaban a comprender el misterio de la salvación a través del sufrimiento y de la muerte.

Esto no significa que los textos anteriores carezcan de sentido. Pero, más que como profecía cumplida debemos considerarlos anuncio de algo por llegar. O, si queremos, primicia de una realidad que aún no se ha manifestado plenamente. Como los pastores, sabemos que «nos ha nacido un salvador, el Mesías, el Señor». Pero debemos aceptar que este Mesías no ha terminado con las guerras, los ejércitos, las opresiones e injusticias. Lo cual no significa su fracaso absoluto. Algo ha comenzado y está germinando de forma escondida, misteriosa. Y el pueblo que caminaba en tinieblas ha visto una gran luz (Mt 4,15-16). Nos gustaría que fuese más esplendorosa y radiante. Pero ahora es el momento en que nos toca a nosotros coger el relevo y procurar que esa luz, aunque pequeña, no quede escondida bajo el perol. Y mientras crece, ilumina toda la casa y se difunde a todo el mundo, las palabras de los profetas nos animan a esperar y a creer que un día nuestros sueños e ilusiones se harán realidad.

EPILOGO
LOS CANTOS DEL SIERVO DE YAHVE

Un cristiano no puede terminar un libro sobre el profetismo sin hacer mención expresa de Jesús de Nazaret, el mayor de los profetas, más que un profeta. El capítulo sobre «El rey ideal» nos ha puesto en contacto con bastantes textos que se le aplicaron de forma más o menos directa posteriormente. He reservado para este epílogo unos pasajes del libro de Isaías, por considerarlos de sumo interés. Me refiero a los llamados «Cantos del Siervo de Yahvé», aunque interpretaré esta idea de forma algo libre.

La teoría más difundida tiene su origen en el comentario a Isaías escrito por Bernhard Duhm en 1982. En él afirma que los capítulos 40-55 contienen cuatro «cantos» centrados en la figura del «Siervo de Yahvé» (42,1-4; 49,1-6; 50,4-9; 52,13-53,12), que originariamente nada tenían que ver con el contexto actual ni fueron escritos por el Deuteroisaías. Desde entonces se ha discutido mucho sobre el número de limitación de los cantos, autor de los mismos, relación con el contexto, identidad del misterioso protagonista, etc. En nada se ha llegado a un acuerdo. Y cuando recordamos la sencilla postura del diácono Felipe, que, a partir de Is 53, anuncia el eunuco etíope la buena noticia de Jesús (ver Hch 8,34s), tenemos la impresión de que la ciencia bíblica ha gastado inútilmente demasiados litros de tinta y kilos de papel.

Dejándonos de disputas entre comentaristas, nos atendremos a los datos del Nuevo Testamento. Mt 12,18-21 aplica a Jesús el llamado «primer canto»; y Mt 8,17; Lc 22,37; Hch 8,32ss; 1 Pe 2,22.24 diversas frases del cuarto. Ya esto debe ponernos en guardia contra una aceptación rápida de la teoría de Duhum para aplicarla sin más al Nuevo Testamento. Tampoco podemos perder de vista los siguientes datos:

1) Por lo que respecta a Jesús, parece que no vio especialmente reflejada su misión y su conducta en los tres primeros cantos; para él, los textos más importantes serían el «cuarto canto» y otros fragmentos isaianos como 43,4; 44,26; 50,10; 59,21; 61,1-3.

2) Parece que el mismo Jesús aplicó a sus discípulos ideas del segundo y del tercer cantos (ver Mt 5,14.16.39, comparándolos con Is 49,3.6; 50,6).

3) La Iglesia primitiva consideró, sin duda, a Jesús como el Siervo de Dios; lo demuestran, además de los textos citados anteriormente, los episodios del bautismo y de la transfiguración.

4) Esto no impidió que se siguiese considerando Siervo de Dios a todo el pueblo de Israel (Lc 1,54), ni que se aplicasen a los discípulos algunos de los rasgos capitales del Siervo. Es curioso que el libro de los Hechos cita en tres ocasiones estos poemas: en una de ellas (8,34s) lo aplica a Jesús y en dos a Pablo (14,37; 26,17s).

5) En consecuencia, para ser fieles al Nuevo Testamento, la interpretación mesiánica de los cantos debe ir acompañada de la interpretación eclesial.

6) Al presentar la persona y la misión de Jesús no debemos exagerar la importancia de estos cuatro cantos ni situarlos al mismo nivel; otros textos del libro de Isaías, especialmente 61,1-3, adquieren más relieve dentro del Nuevo Testamento.

Con estos presupuestos, recogeré en esta antología los cantos primero y cuarto, a los que añadiremos Is 61,1-3.

MISION Y ACTITUD DEL SIERVO
(Isaías 42,1-4)

Miren a mi siervo, a quien sostengo;
mi elegido, a quien prefiero.
Sobre él he puesto mi espíritu,
para que promueva el derecho en las naciones.
No gritará, no clamará, no voceará por las calles.
La caña cascada no la quebrará,
el pabilo vacilante no lo apagará.
Promoverá fielmente el derecho,
no vacilará ni se quebrará,
hasta implantar el derecho en la tierra,
y sus leyes que esperan las islas.

Se trata de un «oráculo de presentación» en el que Dios habla en primera persona, presentando a un personaje, al que denomina «mi siervo» y «mi elegido». ¿De quién se trata? ¿De un rey? ¿De un profeta? No podemos decirlo con seguridad, porque el título de «siervo» se aplica en el antiguo testamento tanto a unos como a otros. La investidura del «espíritu» tampoco decide la cuestión, ya que es el espíritu de Dios viene indistintamente sobre profetas y reyes. No sabemos, pues, con exactitud, de que tipo de personaje se habla. Lo único claro es que se encuentra en íntima relación con Dios. Por otra parte, lo que el texto subraya es la misión del Siervo y su forma de llevarse a cabo.

La misión tiene un ámbito universal (naciones, tierra, islas; no se menciona a Israel) y un contenido: el mispat, que hemos traducido por «derecho», pero se ha interpretado también como «ley», «religión», «verdad», «revelación», «justicia», «juicio». Todas ellas se resumen en dos líneas principales: una piensa que la misión del Siervo consiste en traer a los hombres el conocimiento de Dios (interpretación dogmática) y otra cree que esta misión consiste en implantar una forma recta de conducta (interpretación ética).

En resumen, si la figura del siervo no era clara (profeta o rey), tampoco queda claro el contenido de su misión. Sí resulta evidente, en cambio, el modo en que actuará, tema muy desarrollado en el oráculo y, curiosamente, de forma negativa, con siete noes. Las tres primeras oraciones se refieren a su conducta pública: «no gritará, no clamará, no voceará por las calles». Es decir, en una

interpretación bastante probable, el Siervo no repetirá la predicación profética de los siglos anteriores, clamando y denunciando. Las dos oraciones siguientes se refieren a su actitud con las personas concretas, especialmente débiles, simbolizadas por la caña cascada y el pabilo vacilante: actuará con misericordia y compasión (la conducta de Jesús con los publicanos, los descreídos, las prostitutas, es el mejor comentario de estas frases). las dos últimas se refieren a su actitud interior de constancia y fortaleza («no vacilará ni se quebrará»). Esto nos hace ver que la misión del siervo representa un beneficio para la humanidad, no un castigo, pero que al mismo tiempo exige un esfuerzo de su parte.

Quienes aceptan la teoría de Duhn sobre la relación entre los cuatro cantos pueden ver cómo los enigmas planteados en el primero se desvelan poco a poco en los siguientes. La figura se orienta con claridad en la línea profética y el contenido de su misión es salvar: «Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra» (Is 49,6). pero también le irá quedando claro el esfuerzo del Siervo y las numerosas dificultades que encuentra en el cumplimiento de su misión. Esto alcanza su punto culminante en el cuarto canto, que habla al mismo tiempo de la victoria del protagonista.

PASION Y GLORIA DEL SIERVO
(Isaías 52,13-53,12)

(Habla Dios)
Miren, mi siervo tendrá éxito,
subirá y crecerá mucho.
Como muchos se espantaron de él,
porque desfigurado no parecía hombre
ni tenía aspecto humano;
así asombrará a muchos pueblos;
ante él los reyes cerrarán la boca,
al ver algo inenarrable y contemplar algo inaudito.
(Coro)
¿Quién creyó nuestro anuncio?
¿A quién se reveló el brazo del Señor?
Creció en su presencia como brote,
como raíz en el páramo:
no tenía presencia ni belleza
que atrajera nuestras miradas
ni aspecto que nos cautivara.
Despreciado y evitado de los hombres,
un hombre hecho a sufrir
curtido en el dolor;
al verlo se tapaban la cara;
despreciado, lo tuvimos por nada;
a él, que soportó nuestros sufrimientos
y cargó con nuestros dolores;
lo tuvimos por un contagiado,
herido de Dios y afligido.
El en cambio, fue traspasado por nuestras rebeliones,
triturado por nuestros crímenes.
Sobré él descargó el castigo que nos sana
y con sus cicatrices nos hemos curado.
Todos errábamos como ovejas,
cada uno por su lado,

y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes.
Maltratado, aguantaba, no abría la boca:
como cordero llevado al matadero,
como oveja muda ante el esquilador, no abría la boca.
Sin arresto, sin proceso, lo quitaron de en medio,
¿quién meditó en su destino?
Lo arrancaron de la tierra de los vivos,
por los pecados de mi pueblo lo hirieron.
Le dieron sepultura con los malvados
y una tumba con los malhechores,
aunque no había cometido crímenes
ni hubo engaño en su boca.
El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento:
si entrega su vida como expiación,
verá su descendencia, prolongará sus años,
y por su medio triunfará el plan del Señor.
Por los trabajos soportados verá la luz,
se saciará de saber;
mi siervo inocente rehabilitará a todos
porque cargó con sus crímenes.

(Dios)
Mi siervo justificará a muchos,
porque cargó con los crímenes de ellos.
Le daré una multitud como parte,
y tendrá como despojo una muchedumbre.
Porque expuso su vida a la muerte
y fue contado entre los pecadores.
El cargó con el pecado de muchos
e intercedió por los pecadores.

Sin entrar en un estudio detallado del poema, que exigiría mucho espacio, indico algunos aspectos importantes para su interpretación:

a) Ante todo debemos subrayar que se trata de una noticia inaudita, increíble, como indican las palabras iniciales de Dios y del coro. En otras palabras, es una noticia escandalosa, porque choca con nuestra mentalidad que la humillación y el sufrimiento sean camino de salvación. La prueba más clara la tenemos en el Targum (traducción aramea), que modifica el texto profundamente, para convertir al Siervo sufriente en un Siervo glorioso. Es interesante conocer esta versión. La tomo del libro de S. Mowinckel.

«He aquí que mi Siervo Mesías prosperará; será alto y aumentará, y será extremadamente fuerte. Como la casa de Israel le esperó durante muchos días, porque su semblante estaba oscurecido entre los pueblos y su complexión más allá de los hijos de los hombres, así dispersará a muchas gentes: los reyes callarán ante él y se pondrán las manos en la boca, porque habrán visto lo que no se les había dicho, y habrán observado lo que no habían oído.

»¿Quién ha creído esta nuestra alegre nueva, y la fuerza del poderoso brazo del Señor, sobre quién así se ha revelado? Los justos crecerán ante él, verdaderamente, como brotes floridos, y como un árbol que lleva sus raíces a arroyos de agua aumentarán, una generación santa en la tierra que le necesitaba. Su rostro no será profano, y el terror hacia él no será el miedo a un hombre ordinario; su semblante será santo, y todos los que lo vean lo mirarán anhelantes. Luego se le despreciará, y él interrumpirá la gloria de todos los reinos; éstos quedarán abatidos y desconsolados, como un hombre doliente o destinado a la enfermedad; y como si se nos hubiese retirado la presencia de la Chekiná,

serán despreciados y no estimados. Entonces orará por nuestros pecados, y nuestras iniquidades nos serán perdonadas gracias a él, aunque se nos tenía por heridos, alejados del Señor y abatidos. Mas él reconstruirá el Lugar Santo, que se había contaminado por nuestros pecados y entregado al enemigo por nuestras iniquidades, y por su enseñanza la paz se desarrollará entre nosotros y por la devoción a sus palabras nuestros pecados serán perdonados.

» Todos nosotros habíamos sido dispersados como ovejas, cada cual había tomado su propio camino; mas complació al Señor perdonar los pecados de todos nosotros por amor de él. Oró, y recibió respuesta, y aun antes de que abriera la boca ya estaba aceptado. Entregará a los poderosos de los pueblos como una oveja a la matanza y como un cordero mudo ante sus trasquiladores; no habrá nadie ante él que abra la boca o diga una palabra. Sacará a nuestros cautivos de las penas y los castigos y los acercará: ¿quién podrá contar las maravillosas cosas que nos sucederán en sus días, Pues hará desaparecer de la tierra de Israel el imperio de los gentiles y transferirá a éstos los pecados cometidos por mi pueblo. Entregará a los malvados a Gehinnon (Gehenna) y a los ricos en posesión de la muerte total, de modo que los que cometen pecado no puedan subsistir ni hablar falsedades con su boca. Mas place a Dios probar y purificar al resto de su pueblo, con el fin de limpiar sus almas de pecado; verán el reino de su Mesías, sus hijos e hijas se multiplicarán, prolongarán sus días, y los que obedecen la ley del Señor prosperarán en su complacencia.

» Liberará sus almas del dominio de las naciones, verán el castigo de los que les odian y estarán satisfechos con la presa de sus reyes: por su sabiduría dejará a los inocentes libres de culpa, con el fin de someter a muchos a la ley, e intercederá por sus pecados. Entonces dividirá para él la presa de muchos pueblos, y él dividirá las posesiones de fuertes ciudades como botín, porque entregó su alma a la muerte y sometió a los rebeldes a la ley: intercederá por muchos pecados, y los rebeldes serán perdonados por amor de él».

Tras estos cambios tan profundos, el texto deja de contener esa noticia «inaudita», «increíble». Todo se vuelve «humano, demasiado humano», sin novedad esencial con respecto a otros textos del Antiguo Testamento.

b) La obra y el destino del Siervo sólo los comprenden quienes admiten que son pecadores y que su pecado merecía un castigo. Parece que los miembros del coro que entona la sección central se consideraban buenos; pero, al reflexionar en el destino del Siervo, descubren sus rebeldías y pecados, reconocen que iban descarriados. Y también admiten que ese pecado merecía un castigo, que estaban enfermos y necesitaban curación.

La relación entre pecado y castigo no supone ninguna novedad. Es típica de Israel (y de otros países) en todos los tiempos. La novedad radica en que el castigado es inocente y los que se encuentran bien se reconocen culpables. También este elemento forma parte de la noticia «inaudita» e «increíble».

c) Este poema, que insiste en los sufrimientos del Siervo, es, sin embargo, un canto de victoria y alegría: por el triunfo personal del protagonista y por el éxito que ha tenido su misión. Subraya esa relación estrecha entre muerte y resurrección de la que hablará Jesús siglos más tarde y es tema central de la teología neotestamentaria.

Cerramos este epílogo con el texto de Isaías que se aplica a sí mismo Jesús en la sinagoga de Nazaret. Un breve poema que podemos considerar comentario al primer canto, con sus temas del Espíritu y la misión.

El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque el Señor me ha ungido.
Me ha enviado a dar la buena noticia a los que sufren,
para vendar los corazones desgarrados,
para proclamar la amnistía a los cautivos
y a los prisioneros la libertad,
para proclamar el año de gracia del Señor,
el día del desquite de nuestro Dios;

para consolar a los afligidos,
los afligidos de Sión;
para cambiar su ceniza en corona,
su traje de luto en perfume de fiesta,
su abatimiento en traje de gala. (Is 61,1-3)

Según el relato de Lc 4,14-30, cuando Jesús toma el volumen de Isaías en la sinagoga de Nazaret, sólo lee las palabras iniciales del poema, hasta «el año de gracia del Señor», omitiendo lo siguiente. En esta omisión es esencial la referencia a «el día del desquite de nuestro Dios». El «desquite» es como el reverso de la «gracia». Favor para Israel, castigo para los paganos. El texto original hace concesiones, aunque pequeñas, al espíritu nacionalista y de venganza contra los países enemigos. Jesús, no. Le basta anunciar el perdón, aunque esta actitud moleste a sus paisanos.

En la interpretación que Joachim Jeremías ha hecho de este pasaje (recogida por Nueva Biblia Española) queda clara la reacción del público. Al oír a Jesús se extraña de que sólo mencione las palabras sobre la gracia (suprimiendo la continuación del texto sobre el desquite), y así surgirá el enfrentamiento que lleva al deseo de despeñar a Jesús.

Termino con este pasaje porque la actitud de Jesús deja clara nuestra postura ante los antiguos profetas de Israel: aceptación y libertad. Ellos son la base, el punto de partida para muchas de nuestras reflexiones. Desconocerlos u olvidarlos equivale a empobrecer trágicamente nuestro mensaje. pero no se trata de repetir mecánicamente lo que dijeron, convirtiéndonos en «papagayos de la tradición». Es precisa una libertad cristiana para alterar o mutilar un texto, no a impulsos del capricho, sino a la luz del evangelio, proclamado por el que es la Palabra definitiva de Dios.

En múltiples ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a nuestros padres por los Profetas. Ahora, en esta etapa final, nos ha hablado por un Hijo (Heb 1,1-2).

El profesor José L. Sicre es discípulo de L. Alonso Schökel y con él colaboró en los dos volúmenes sobre los profetas del *Comentario teológico y literario del AT*. Individualmente ha publicado dos libros importantes sobre *Poder y riqueza en los profetas preexílicos* (1979) y sobre *La justicia social en los profetas de Israel* (1984). Se trata, por tanto, de un especialista al más alto nivel sobre los profetas bíblicos, habituado a métodos rigurosos en el planteamiento crítico de los problemas y en el análisis lingüístico y hermenéutico de los textos.

Este nuevo libro es buena muestra de todo eso. En él ofrece Sicre el mensaje de los profetas bíblicos utilizando sus propios oráculos y discursos. No existirá comentario alguno comparable a la belleza de los versos de Isaías o de Oseas. Puede, por tanto, juzgarse este libro la mejor aproximación a los profetas bíblicos leyendo sus propios textos, soberbiamente traducidos en el mejor lenguaje actual. Esos oráculos dejan así de ser historia y se
Esos oráculos dejan así de ser historia y se
convierten en voz viva para cuantos braceamos hoy en defensa contra la tiranía social y contra fuerzas políticas tan inhumanas como las asirias o egipcias de entonces. Por eso este libro, al igual que los anteriores de Sicre, resulta un libro comprometido, pues, para él «una presentación no comprometida de los profetas equivale a traicionarlos», ya que «no pretendían que los estudiásemos, sino que escuchemos su voz y la pongamos en práctica».

El libro ha sido escrito para círculos de lectura bíblica, comunidades de base, de catecumenado y neocatecumenado y para cuantos sientan curiosidad por los encendidos versos de Oseas o Isaías.

En la portada:
Estatuilla de un Baal ugarítico,
II milenio a. C. Museo del Louvre.